

Hicimos un jardín

Margery Fish

Traducción de Blanca Gago

NARRATIVAS GALLO NERO

90

Hicimos un jardín

Margery Fish

Traducción de

Blanca Gago Domínguez


Gallo Nero
www.gallonero.es

Título original:
We made a garden

Primera edición: mayo 2024

First published in the United Kingdom in 1956 by W. H. and L. Collingridge Limited, an imprint of B.T. Batsford Holdings Limited, 43 Great Ormond Street, London WC1N 3HZ

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro
Corrección: Chris Christoffersen
Maquetación: David Anglès
Conversión a formato digital: Ingrid J. Rodríguez

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-53-5









Proyecto financiado por la Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte Financiado por la Unión Europea-Next Generation EU

Hicimos un jardín

Prólogo

Este libro fue el origen de todo lo que vendría luego para Margery Fish y para muchos jardineros del mundo que se inspiraron en su trabajo. En la década de 1930, cuando la guerra ya se cernía sobre ellos, Margery y su marido Walter se marcharon de Londres y compraron una casa en East Lambrook, Somerset, con la intención de rehabilitarla y hacer un jardín. Este libro es el relato de su aventura.

Durante los primeros años en East Lambrook Manor vivieron a caballo entre Somerset y Londres, pues Walter trabajaba como editor en el *Daily Mail* y Margery había sido asistente de lord Northcliffe, el propietario del periódico. El jardín, por tanto, tenía que ser fácil de cuidar, y ambos creían que debía estar presentable todo el año y en armonía con la casa de piedra. Esas ideas inspiraron tanto la forma de cultivar como la escritura de Margery, y a través de este libro, de otros siete y de sus numerosos artículos para revistas, las difundió entre un público cada vez más amplio.

Margery y Walter tenían caracteres muy distintos. Uno de los temas recurrentes de *Hicimos un jardín* —cuyo título original, y no muy atractivo, era *Cultivar el jardín con Walter*— es la compleja relación horticultora que ambos establecieron desde el principio: Walter prefería las plantas coloridas y llamativas, y emprendió una larga batalla —no siempre con buen humor— contra su mujer para dar protagonismo a sus dalias. Margery odiaba las dalias y estaba más interesada en las prímulas, las margaritas dobles, los eléboros y otras variedades menos ostentosas. Sin embargo, la profunda devoción que sentían el uno por el otro trascendió esas diferencias de gustos pese al desprecio —a veces inconsciente— de Walter hacia las flores favoritas de Margery, sobre las que escribe en estas páginas con tanto amor.

Al principio, Margery declaró a Walter que sus queridas dalias eran «de circo», pero más tarde, cuando él se quedó sin fuerzas para dedicarse al jardín, ella siguió cultivándolas —aunque sentía un secreto alivio cada vez que alguna no lograba sobrevivir a un invierno guardada en el interior—. Tras la muerte de Walter, Margery dejó unas pocas variedades que crecían año tras año. Además de un relato sobre el jardín, este libro también cuenta la relación entre ambos, como bien indica su título.

Desde la muerte de Margery Fish en 1969, su jardín ha corrido distintas suertes, pero en los últimos años se ha restaurado y cuidado con gran empeño, y ahora está abierto al público a diario durante buena parte del año. El vivero en el que Margery diseminó tantas plantas diversas vuelve a florecer, y las variedades que descubrió y dio a conocer a tantos jardineros cada vez son más populares y accesibles. Su escritura evocadora y entusiasta, así como sus agudas observaciones sobre las plantas, han inspirado y siguen inspirando a muchos jardineros, y han contribuido a que nuestros jardines sean como son.

Graham Rice
2002

En 1937, cuando mi marido decidió que la guerra era inminente, nos dispusimos a comprar una casa en el campo. Todos nuestros amigos pensaron que elegiríamos una casa decente y rehabilitada, con un bello y ordenado jardín, todo listo para entrar a vivir. Cuando elegimos, en cambio, una casa destartalada y vieja que había que derribar para que fuera habitable y con una jungla en lugar de jardín, todos nos compadecieron. El jardín, en concreto, les producía una pena enorme: rehabilitar una casa podía llegar a ser divertido, pero ¿cómo iban dos londinenses a hacer un jardín a partir de un corral y montones de chatarra?

Nunca he lamentado nuestra temeridad. Por supuesto que cometimos errores, errores infinitos, pero al menos fueron nuestros, como nuestro era el jardín. Por muy imperfecto que sea el resultado, hacer un jardín conlleva una satisfacción que no se parece a nada más, lo mismo que saber que somos responsables de todas las piedras y las flores del lugar. Es muy agradable conocer cada una de las plantas que lo componen de forma íntima, puesto que nosotros mismos las hemos elegido y plantado. Con el paso del tiempo se convierten en verdaderas amigas y establecen vínculos muy bellos con las personas que las trajeron y los jardines de donde vinieron.

Walter y yo teníamos unas pocas cosas muy claras cuando empezamos a hacer el jardín. La primera, que debía ser tan modesto y humilde como la casa, un típico jardín de campo con caminos tortuosos y rincones inesperados. La segunda era que debía ser fácil de mantener. Cuando compramos la casa, vivíamos en Londres, y pasamos los dos primeros años a caballo entre Londres y Somerset, de manera que el jardín tenía que arreglárselas por sí solo la mayor parte del tiempo. Nosotros lo diseñamos con la idea de cuidarlo sin ninguna clase de asistencia, y aunque en algunos momentos sí dispusimos de ayuda regular, esta era breve e incierta, y siempre supimos que pronto volveríamos a la situación de la mayoría de gente hoy en día, esto es, a disponer de mano de obra solo ocasional e improvisada.

Desde que murió Walter, he tenido que simplificar aún más las tareas, pues solo puedo dedicarme al jardín en las escasas horas que me quedan de una vida bastante ajetreada. Él me hizo darme cuenta de que el propósito de todos los jardineros pasa por construir un jardín que siempre luzca presentable, no un jardín como el de Ruth Draper,[1] que había estado en su esplendor o iba a estarlo muy pronto, pero nunca lo estaba. Al igual que no pedimos disculpas por no decorar nuestra casa con regularidad, no veo por qué no sentimos lo mismo por nuestro jardín.

Otra cosa que Walter me enseñó fue a no depender de las flores para convertir el jardín en un lugar hermoso. Lo primero es conseguir una buena estructura de base, con un uso inteligente de las plantas perennes para que el jardín siempre esté bien ornado, sea la estación que sea. Las flores son un placer añadido, pero un buen jardín puede

admirarse incluso en lo más crudo del invierno; en ningún momento debería dejar de resultar interesante y agradable. Para conseguirlo son necesarias grandes dosis de esfuerzo y reflexión, pero se trata de un propósito asequible.

La casa era baja y larga con forma de ele y construida con la piedra típica color miel de Somerset, compuesta por pizarra, limonita y arenisca. En algún momento debió de tener un techo de paja, pero, por desgracia, este se había remplazado tiempo atrás por uno de tejas rojas ya muy viejas. Estaba justo en el centro del pequeño pueblo de Somerset, en la esquina de una carretera secundaria que se desviaba de la calle principal. Solo contaba con una estrecha franja de jardín delante y otro poco detrás, pero compramos un huerto con varias dependencias adyacentes hasta reunir un terreno de casi una hectárea. Un alto muro de piedra nos resguardaba de la calle del pueblo, y en el terreno colindante había un cobertizo con otro huerto.

Es imposible hacer un jardín con prisas, sobre todo en una casa antigua. La casa y el jardín deben dar la impresión de haber crecido juntos, y la única manera de conseguirlo es vivir en la casa, hacernos a ella y sentirla como nuestra, y entonces, poco a poco, la idea del jardín irá tomando forma.

No empezamos a trabajar fuera hasta el año siguiente de instalarnos, cuando ya nos sentíamos arraigados en aquel lugar y teníamos algunas nociones de lo que queríamos hacer con él.

Visitamos la casa por primera vez en un cálido día de septiembre, pero esta mostraba un aspecto tan ruinoso que Walter se negó a traspasar la entrada, pese a la imponente chimenea que se veía al fondo. El largo tejado estaba remendado con trozos de chapa ondulada, el jardín delantero era una jungla de viejos laureles llenos de moho y el interior apestaba a creosota recién puesta para combatir la humedad y el olor a tumba de la casa deshabitada. «Está podrida de moho —dijo Walter—. Ni regalada», y dio media vuelta.

Estuvimos tres meses intentando encontrar lo que queríamos. Visitamos cabañas y mansiones, adustas casas victorianas encaramadas en incómodas colinas y casas pequeñas y acogedoras enclavadas en valles olvidados. Algunas eran muy grandes y la mayoría muy pequeñas, algunas no tenían bastante jardín y otras tenían demasiado, algunas estaban muy aisladas y otras tan rodeadas de casas que la intimidad era imposible. Nos perdimos muchas veces y tuvimos amargas discusiones, pero acabamos descubriendo lo que no queríamos. No me imaginaba a Walter en una cabaña de cuatro habitaciones, con la cocina encajada en un extremo y el baño en otro, y tampoco estaba dispuesta a enterrarme en un caserón con varios sirvientes para poder mantenerlo.

En noviembre aún seguíamos buscando, y un día nuestro camino nos llevó muy cerca de la vieja casa que habíamos descartado en septiembre de manera tan abrupta. Así, doblamos por la carretera que indicaba «East Lambrook, dos kilómetros» solo para ver qué había sucedido en ese par de meses.

Lo cierto es que habían sucedido cosas importantes. El jardín delantero estaba limpio

de laureles y la casa tenía mucho mejor aspecto. Las viejas tejas ocupaban el tejado, sin rastro de los remiendos de chapa ondulada, las paredes interiores se habían lavado con crema y la madera lucía una buena capa de barniz.

La casa, típica de Somerset, tenía un pasillo central con una puerta en cada extremo, lo cual le concedía un gran atractivo y buenas corrientes de aire. Ese día la contemplamos con una mirada estética. Ya era tarde y el sol empezaba a ponerse. A través de las dos puertas abiertas, vislumbramos un árbol y un fondo verde a contraluz.

Ese día arrastré a Walter más allá del pasillo y exploramos el antiguo horno, con la enorme chimenea en un rincón, las vigas bajas y el suelo embaldosado, y un alegre saloncito contiguo. Al otro lado había una amplia habitación, también con suelo de piedra y una chimenea aún más grande, y al fondo una preciosa estancia con las paredes forradas de madera. Ambos supimos que la búsqueda había acabado: estábamos en casa.

No recuerdo lo que pasó después, pero nunca olvidaré el día en que el inspector vino a hacer el informe de la casa. Era uno de esos días horribles de principios del invierno, con frío y lluvia que cala hasta los huesos. La casa estaba helada y oscura y el olor a humedad sepulcral había vuelto, pese a las recientes manos de pintura a la cola. El pobre inspector acababa de perder a su mujer y estaba tan deprimido —cosa muy natural— como el día. Nunca olvidaré la indignación de Walter cuando nos llegó el informe. La casa, aunque estaba en buen estado y disponía de una ventilación adecuada, se calificaba de lugar «sin personalidad». Nosotros estábamos convencidos de que, si algo tenía, era precisamente eso. Quizá fuera un poco siniestra, pero sin duda no le faltaba personalidad. Desde entonces, he descubierto que la casa es de naturaleza amable, pues nunca entro en ella sin sentirme bienvenida.

Así, una vez adquirida, tuvimos que entregarla de nuevo para que fuera habitable. Estuvo en manos de los albañiles durante muchos meses, y lo único que se nos permitía era una apresurada visita de vez en cuando para supervisar las obras, durante la que apartábamos la vista del jardín ruinoso y abandonado. A veces yo me escapaba de las conversaciones en que nos consultaban esto y lo otro y, durante unos instantes, mientras me dejaban, me ponía a arrancar la hierba cana con frenesí. Walter nunca quiso quedarse ni un momento más de lo requerido, y yo salía preocupada por los tallos de hierba que florecerían en mitad de aquel pródigo abandono. Mis breves y arrebatados esfuerzos apenas causaban impresión en aquella tierra salvaje, pero me hacían sentir un poco mejor.

Ya era bien entrado el verano cuando pudimos instalarnos en la casa, y aún tuvo que pasar un tiempo hasta que empezamos a salir de verdad al jardín. Pasamos muchos días limpiando y despejando, aprovechando cualquier momento para abrirnos camino entre la maraña de zarzas, laureles y saúcos, sin dejar de cavilar sobre lo que podríamos hacer con aquel trozo de tierra. Ambos sabíamos que había que abordarlo en su conjunto, a partir de un diseño definido para todo el jardín, y tuvimos la suerte de tener muchísimo



que hacer mientras las ideas ardían y hervían a fuego lento en nuestro interior.

El jardín trasero que venía con la casa estaba dividido en dos jardines minúsculos, rodeados de muros y dispuestos en pequeñas parcelas cubiertas de hierba. Supusimos que tal arreglo se remontaba a la época en que había dos casas independientes.

Además de los muros que separaban los dos pequeños jardines del fondo, otro muro nos separaba del antiguo corral, y al pie de todos ellos, alguien se había entretenido excavando y clavando piedras verticales, como almendras en un bizcocho decorado. Eso nos dio la idea de construir una bonita rocalla donde entretenernos. Cuando de verdad nos consagramos a trabajar en el jardín, lo primero que hicimos fue derribar los muros y las piedras y apilarlos para posibles usos futuros. Todos esos montones de piedras supusieron un gran problema, pues teníamos que moverlos de un sitio a otro mientras acondicionábamos el suelo, y yo no veía la manera de poder darles algún uso.

El alto muro que nos separaba de la carretera lucía unos acabados al más puro estilo de Somerset, con piedras colocadas en vertical, una más alta y otra más corta, así alternadas. Nunca he llegado a descubrir la razón de esos muros irregulares, y sigo sin verles el atractivo por ningún lado. Pregunté al constructor local y lo único que supo decirme fue que así se conseguía un buen acabado, pero se me ocurren mejores maneras de resolver el problema sin tener que usar semejante cantidad de piedras enormes.

Aún quedaba mucho espacio para plantar entre los montones de piedras, por lo que Walter sugirió que podía empezar a ocuparme de la parte alta de los muros mientras decidíamos qué hacer con el resto del jardín. Compré unas plantas de roca que no requirieran muchos cuidados y planté unas semillas de valeriana, aliso, aubrieta y arabis para revestir aquellas almenas de tres al cuarto. Por entonces, las enormes pilas de piedras estaban pegadas al muro, de modo que trepé por ellas para plantar, y luego también cuando quería regar a mi pequeña familia. Casi siempre regaba después de la cena, y para este acto social —cuando no había que cocinar— en aquella época una debía llevar vestido largo y zapatillas de satén. No alcanzo a entender cómo no me torcí el tobillo, pues tenía que sujetar la falda con una mano y la regadera con otra mientras las piedras se inclinaban y balanceaban bajo mi peso.

Poco a poco, claro está, conseguimos librarnos de las piedras. Regalamos carros llenos a quien quisiera venir a buscarlas, en su mayoría agricultores que los vaciaban a las puertas de las granjas para tratar de contener el barro de Somerset. Nos quedamos con las mejores, sin reparar en el hecho de que, a medida que íbamos fraguando nuestros planes, acabaríamos comprando muchas más de las que teníamos al principio.

Desde entonces, he ido quitando todas las piedras verticales de la parte alta de los muros y poniendo en su lugar otras planas en horizontal. En momentos de prisas y estrés, cuando buscaba piedras para terminar algo que tenía a medias, miraba con fastidio las que había allí puestas en balde, tan anchas y regulares, hasta que, poco a

poco, todos esos tesoros en lo alto del muro desaparecieron. Ahora las clemátides y las rosas trepan hasta traspasarlo para que el mundo exterior también pueda deleitarse con las flores. Las plantas de roca, o sus descendientes, ya crecen entre los resquicios. Si las hundo entre las grietas que lo permiten, puedo dar vida al muro antes de que las plantas salgan retozando por el borde de abajo. Así, largas cascadas de color blanco, lila, amarillo y rosa impiden que el muro luzca frío y desnudo a comienzos de la primavera.

Una vez derribados todos los pequeños muros y obstáculos para poder conformar una visión del lugar sin ellos, la siguiente labor fue despejar el patio situado frente a las dependencias, entre la casa y el huerto. La tarea habría asustado a cualquiera, pero no a Walter. Cualquiera con unas mínimas nociones agrícolas puede imaginar los montones de hierro y basura que se habían acumulado con los años. Las dependencias que habíamos comprado, así como el patio y el huerto, pertenecían a un pequeño granjero que criaba pollos, por lo que además del legado agrícola, nos había dejado las reliquias de los animales. Para rizar el rizo, también había camastros viejos, estufas de petróleo oxidadas, corsés antiguos, ollas, sartenes, latas, porcelana, botellas, jarras de vidrio y algunos pedruscos que tal vez, en algún momento, se usaron para moler grano.

En mitad de toda aquella desolación, encendimos una hoguera que estuvo ardiendo varias semanas, hasta que un día Walter decretó que había llegado el momento de allanar el terreno para construir un camino hasta la antigua maltería, que hacía las veces de garaje. Se me indicó que debía encontrar otro sitio para quemar las carretilladas de barro y maleza que recogía a diario. Recuerdo haber discutido, sin ningún resultado, para que la hoguera siguiera ardiendo mientras acometíamos el resto del patio. Ahora creo que Walter estuvo acertado al mostrarse tan firme. La única manera de avanzar en esta clase de tareas es abordarlas con una determinación despiadada.

En aquellos años no había servicio de recogida de basuras, lo cual, sin duda, era el motivo de aquella horrible colección de enseres que encontramos. Recogimos los más pequeños (porcelana, frascos de vidrio, latas…) con carretillas y Walter, para ganar tiempo, cavó varios agujeros y enterró allí los desechos. Con el paso del tiempo, a medida que he ido removiendo la tierra para el cultivo, me he topado con varios de esos escondites, y he llegado a la conclusión de que las prisas siempre son malas compañeras. Por suerte, ahora tenemos un servicio de recogida regular y todos esos recuerdos espeluznantes que fueron surgiendo han desaparecido para siempre.

Entre el patio y el huerto había dos muros, y Walter pensó que podíamos aprovecharlos para hacer sendas rocallas que quedarían bastante bonitas, y así darle un toque colorido e interesante al patio. Solo después de haber aceptado la propuesta con entusiasmo me di cuenta de que, en realidad, quería deshacerse de la chatarra más grande que no podíamos enterrar. Así, todas las viejas estufas de petróleo, armazones de camas, trozos de hierro y rollos de tela metálica se distribuyeron aquí y allá, contra los diversos muros, y yo tuve que hacerme cargo del resto de la tarea.

Por suerte, en esa época teníamos a un jardinero trabajando con nosotros, y entre los dos cubrimos todo aquello con tierra y rebuscamos entre los montones de piedras para elegir las más bonitas. Ninguno de los dos habíamos hecho nunca nada semejante, pero lo cierto es que construimos dos jardines que nos parecieron muy bonitos.

Después de todo ese periplo, empezaron a llegar las visitas. Una de ellas era una experta jardinera que no pasó de la primera rocalla. Pensé que estaba embargada por la emoción al contemplar nuestra destreza y esperé el merecido aplauso, pero luego descubrí que, de hecho, estaba reuniendo valor para decirme que todas esas piedras estaban colocadas en el ángulo equivocado. En lugar de inclinarse un poco hacia dentro para formar un bloque compacto capaz de retener la lluvia, mi rocalla estaba ladeada hacia fuera, de modo que el primer aguacero se llevaría toda la tierra y arrasaría con todo lo que quedara.

Las piedras siguieron ahí varios meses, como un monumento a mi ignorancia, pero un afortunado día nos visitó un primo con un gran talento para la jardinería, y recompuso los jardines. Pese a la clara pendiente en descenso hasta la puerta, colocó las piedras para que produjeran un efecto de estratos nivelados y salientes, algo que yo ni siquiera podría haber soñado y nunca he dejado de admirar. Desde la casa, el efecto es un suntuoso despliegue de plantas de roca que crecen entre un muro uniforme.

Al principio, tenía muy pocas de esas plantas, y las que tenía eran muy pequeñas, así que la primera temporada logré una sucesión de efectos coloridos gracias a las plantas anuales. No sé si fue porque el suelo era idóneo o porque, como principiante, seguí las instrucciones al pie de la letra, o quizá fue la suerte, el caso es que nunca he vuelto a tener unos *Phlox drummondii*, bocas de dragón enanas, resedas, zinnias, clarkias o godetias tan superlativas, por mencionar solo unas cuantas.

Por una sola vez, logré un despliegue floral que parecía una foto de las que vienen en los paquetes de semillas, y pensé que todo sería muy fácil. Como no soy una jardinera ortodoxa, nunca me he limitado a poner plantas de roca en este tipo de jardines, aunque son las que más abundan. Prefiero darle un aspecto un poco más generoso a la rocalla, de modo que también hay hisopos, ceratos, pies de Cristo, campanitas y unos arbustos enanos para dar cuerpo al conjunto; contra el muro crecen verónicas, coronillas, salvia de Graham, salvia de otoño y fabianas.

Walter tuvo la idea de poner unas piedras planas delante de las rocallas, pues pensó que quedarían mejor que llenarlo todo de gravilla hasta las primeras piedras. Al principio solo eran piedras planas, pero pronto empecé a plantar entremedias, y probé con unas margaritas Dresden China que me habían regalado. Estas pequeñas flores enseguida adquirieron un aspecto esplendoroso, puesto que sus raíces se beneficiaron del espacio entre las piedras, y creo que también debieron encontrar muy nutritiva esa tierra sobre la que antes corrían los pollos. Así, crecieron tan rápido que enseguida empezaron a cubrir todos los resquicios, y en primavera, cuando estaban en plena floración, la

estampa era preciosa.

Walter nunca mostró un gran entusiasmo por las pequeñas plantas que yo cuidaba con tanto cariño, pero las margaritas eran una excepción. Las quería por todas partes: en franjas a la orilla del camino, y más tarde, cuando plantamos árboles en flor, me pidió que los rodeara de margaritas. Me temo que, para entonces, el legado de estiércol que dejaron los pollos debía de haber desaparecido, pero las margaritas han seguido creciendo magníficas, y creo que es porque las divido con frecuencia. Regalo cientos de ellas cada año y luego las encuentro en los jardines de mis amigos. Solo hay que recordar una cosa al manejar estas pequeñas margaritas: asegurarse de que los pájaros no arrancan las partes recién sembradas. Nada excita más su curiosidad o su codicia, salvo los chalotes. Si estoy trabajando en una zona amplia del jardín, me ahorra mucho tiempo y muchas pérdidas cubrirlas hasta que están bien asentadas.

Una vez que nos desembarazamos de toda la chatarra, por fin pudimos considerar la distribución del jardín trasero de la casa. Queríamos que fuera lo más sencillo posible, con mucha hierba y un trayecto vistoso hasta la maltería reconvertida en garaje. Tuvimos que dejar espacio suficiente para hacer un camino empedrado desde la casa hasta el patio, y el resto del terreno sería de césped y se extendería hasta la puerta del patio. Sabíamos que cuanta más hierba creciera, más amplio sería nuestro jardín. Así como una sencilla alfombra aleja las paredes y hace que una habitación parezca más espaciosa, una franja de hierba amplia y continua brinda una sensación de amplitud y sosiego. ¡Ay! ¿Por qué la gente fragmenta el césped de sus jardines con un montón de horribles parterres? En general, cuanto más pequeño es el jardín, más repleto está de pequeños parterres que dividen el césped y hacen que el conjunto parezca aún más pequeño. Puedo entender el deseo de cultivar más flores, pero en un macizo largo caben tantas flores como en varios pequeños, y eso evita el desasosiego y la inconsistencia que supone una extensión de hierba salpicada de parterres.

El asunto enfurecía a Walter, que nunca dejaba de replicar a las tonterías de ciertos conocidos. En concreto, había un jardín que a los dos nos gustaba mucho cuando lo vimos por primera vez. Luego se convirtió en el jardín de la rectoría, y lucía justo como tal. Un ancho camino embaldosado conducía a la casa trazando una curva a la derecha de la puerta. El resto del jardín estaba cubierto de hierba, con amplios macizos al pie de los altos muros. No era un jardín cuidado con gran esmero, ni tenía plantas muy interesantes en los parterres, puesto que los párrocos nunca tienen tiempo para esas cosas, pero era agradable y apropiado como escenario de las fiestas del pueblo y las reuniones veraniegas de las asociaciones benéficas.

Pasado un tiempo, dejó de ser el jardín de la rectoría, pues la casa salió a la venta. El siguiente propietario lo mantuvo como estaba, tal vez por falta de interés. Luego volvió a cambiar de manos y los nuevos dueños se creyeron en la obligación de mejorarlo. Walter y yo pensamos que podrían lograrlo si se concentraban en lo que ya tenían. Podían haber

replantado los amplios parterres con plantas mejores y haber puesto algunas trepadoras en los muros, pero ellos creían que un jardín debía tener una serie de elementos indiscutibles, fuera cual fuera su tamaño. Así, trabajaron muy duro para dividir el espacio del antiguo y tranquilo jardín mediante setos. Dividieron el césped por la mitad, pusieron macizos a lo largo de los setos y llenaron una parte de árboles que rodeaban un pequeño monumento de piedra, con breves senderos entrecruzados. Al otro lado, unas pequeñas rocallas surgían de la hierba entre un estanque, un sauce llorón, más parterres y más tramos empedrados. Nunca hubo jardín más malogrado que este, y los nuevos dueños se pasaron la vida recortando setos y podando esos horribles parterres.

Otro jardín que conocíamos se desfiguró, según Walter, porque los senderos eran demasiado estrechos y del todo desproporcionados con respecto a los demás elementos. A él le gustaba la amplitud, la generosidad, la sensación de holgura tanto en la casa como en el jardín y la ausencia de todo detalle superfluo.

Una de nuestras principales aspiraciones fue que el jardín formara parte de la casa en la medida de lo posible. Para nosotros resultó más fácil que para otros porque hicimos el jardín alrededor de la casa, y la estructura de esta nos ayudó mucho en el proceso. La puerta grande de la sala donde siempre nos sentábamos se abría directa al jardín. Pusimos las mismas baldosas del suelo de la sala en el jardín, al mismo nivel, de modo que era difícil distinguir dónde empezaba una y acababa el otro. De hecho, buena parte del jardín solía entrar conmigo a la casa ¡y el raspador de zapatos y el felpudo eran elementos esenciales que siempre merecían la mayor atención! En verano, la puerta del jardín siempre estaba abierta, y nos pasábamos el día entrando y saliendo. También empedramos el jardín delantero, y como la única manera de llegar a él era atravesando la casa o bien dando un rodeo por la calle, me gané más de una buena reprimenda por cruzar la casa cargada de cestos llenos de plantas o semillas. En invierno siempre hay una lumbre ardiendo en la chimenea abierta de la entrada, que constituye una maravillosa pila funeraria para la maleza perniciosa y una cómoda fuente de suministro cuando las operaciones del jardín requieren carbón o potasa.

Llevamos el césped hasta el muro alto y, a regañadientes, se me permitió un estrecho macizo donde poner unas cuantas plantas perennes y unas trepadoras para cubrir el muro, con la advertencia de que no debía invadir demasiado el preciado césped verde.

Tuvimos la suerte de que el jardín contara con un árbol, un sicómoro abigarrado, el árbol que atisbamos a través de la puerta el día que decidimos comprar la casa, y hoy en día es el único elemento del jardín que pervive de aquella época. Está en mitad del césped, cerca de la casa, cuyo aspecto sería muy sombrío sin él. Una de las tragedias de los nuevos jardines es que los árboles, por fuerza, deben ser muy pequeños, y creo que fuimos muy afortunados al encontrar uno ya crecido en nuestro jardín.

Arreglar el césped nos llevó varias semanas, pues no era solo una cuestión de rastrillar el suelo y plantar semillas de pasto. En nuestro caso, al menos, no fue así. En primer lugar, el terreno estaba lleno de desniveles, por lo que tuvimos que nivelarlo con la ayuda de estacas con las que delimitábamos la zona de trabajo. Así, colocábamos una larga tira de madera con un nivel atado encima de las estacas para conseguir la horizontalidad, y nivelábamos la zona delimitada.

Como teníamos prisa por acabar la tarea, cometimos todos los errores imaginables en el proceso, el peor de los cuales fue no poner ningún tipo de drenaje. En arenas blancas o terrenos de gravilla no es necesario, pero en suelos arcillosos y pesados como el nuestro sí. Una manera sencilla de hacerlo consiste en cavar una zanja diagonal a través del césped con un leve descenso de unos centímetros hasta una esquina, donde se hace un pozo y se llena de escoria de hulla —los ladrillos restantes de la casa podrían habernos servido—. Se colocan unas tuberías en la zanja y se cubren de escoria de hulla, luego de gravilla y, por último, de tierra. Esas tuberías desembocan en los desagües principales, uno a cada extremo del césped, también cubiertos de escoria de hulla, gravilla y tierra. He pensado muchas veces en drenar nuestro césped, pero parece que nunca es un buen momento para una operación tan importante. Así, siempre tenemos charcos en un rincón donde el musgo crece exuberante.

Otro error que cometimos fue no quitar toda la capa superior de tierra antes de empezar a nivelar. Walter creyó que bastaba con poner un poco de tierra tamizada encima del terreno nivelado, pero estoy segura de que una de las razones por las que tenemos un césped tan pobre y escaso es que, durante el proceso de nivelación, gran parte del subsuelo estéril salió a la superficie, mientras que la capa superior, repleta de preciosas bacterias y humus, quedó enterrada debajo. Es verdad que en nuestro césped florecen excelentes margaritas y llantenes, pero estoy segura de que la tierra fértil no es lo bastante profunda como para producir un pasto de esa textura aterciopelada que siempre caracteriza un buen césped.

La siembra se realiza en abril o en septiembre. Fijamos la fecha a finales de

septiembre, pero deberíamos haber esperado, dar tiempo al suelo para asentarse hasta la primavera. Tuvimos que esperar varios días a que hiciera buen tiempo. No conviene sembrar pasto con viento fuerte ni después de grandes lluvias. El momento ideal es cuando el suelo no está demasiado seco y se espera una lluvia fina al acabar la siembra.

Hay que dejar que la capa superior y nivelada del suelo se asiente antes de rastrillarla para un buen cultivo. A continuación debe afirmarse la superficie, para lo cual usamos un rodillo ligero, que funciona siempre y cuando el suelo no esté lo bastante húmedo como para adherirse a él. He oído que hay quien pone un saco de arena sobre una tabla plana y lo arrastra por toda la superficie, y creo que antaño los jardineros se ataban unos tablones a los pies con unas correas de cuero, como si fueran raquetas de nieve, y así procedían a la tarea.

Lo más importante es sembrar de manera uniforme, y por ello es recomendable hacer una siembra en dos etapas. Mediante unas líneas, se divide el césped en secciones de un metro cuadrado, y se calculan unos treinta gramos de semillas en cada sección. La primera siembra se realiza caminando a lo largo del terreno, y la segunda, a lo ancho. Walter y yo decidimos que el modo más fácil de sembrar era midiendo las cantidades de semillas, y encontré para ello un vaso de vino en el que solo cabían treinta gramos.

Después hay que rastrillar bien para que las semillas queden cubiertas de tierra, y a continuación reafirmar la superficie con el rodillo. Lo ideal entonces es una lluvia suave, pero si no se prevé que caiga, debemos remplazarla por un riego artificial con un aspersor o una roseta fina. La idea es que la semilla quede lo más cerca posible de la tierra húmeda para que, cuando se produzca la germinación, no haya bolsas de aire que puedan desalentar a las pequeñas raíces que se abren camino. A veces los pájaros se dan un buen festín con estas semillas, por lo que es aconsejable tapar el suelo después de la siembra.

Una vez crecido el césped, no suele requerir mucha atención si se corta con regularidad. Para mantenerlo en buen estado, hay que ponerle una ligera capa de turba granulada mezclada con harina de hueso y sangre seca en invierno. Si detectamos la presencia de malas hierbas, debe aplicarse un herbicida selectivo a finales de marzo, y una capa de arena de sílice en abril para que crezca mejor. El musgo se quita con el rastrillo, y para airear el suelo debe emplearse un rodillo de púas, pues uno normal no le hará ningún bien, sobre todo si es un suelo pesado. De todos modos, el uso regular del cortacésped ya sirve para airearlo todo lo necesario.

La cuestión de cómo tratar las lindes del césped siempre es peliaguda. Si en el borde hay un camino asfaltado, no hay problema, siempre que este sea un poco más bajo que el césped y el cortacésped no lo toque al alcanzar el borde. En cambio, si el camino es de gravilla, siempre surgen dificultades porque la tierra del césped acaba sin remedio entre la gravilla, por mucho cuidado que se tenga al cortarlo, y crecen matojos de malas hierbas en el borde. Los grandes jardines antiguos que se construían sin mirar los costes

solían exhibir una piedra de albardilla en el borde, con una pequeña zanja cavada entre esta y el césped, de modo que el cortacésped podía llegar al borde sin problema. Así, por ejemplo, los jardines de la cercana Montacute House exhiben unos bellos bordillos redondeados de piedra típica local entre el césped y los senderos. También pueden hacerse unos bordillos muy limpios con cemento —un material no tan feo como pueda parecer si se tiñe del color de la piedra local, y, si aún luciera demasiado nuevo y brillante, una aplicación de agua de estiércol le dará un aspecto desgastado muy resultón—.

Nosotros pusimos piedras entre el césped y el camino de entrada, pero ni siquiera eran vistosas. Como aún conservábamos pilas enormes de piedra local en bruto procedente de los varios muros que habíamos echado abajo, pensamos que sería buena idea construir un muro bajo entre el césped y el camino de entrada. Teníamos piedras de todos los tamaños y formas, pero elegimos las más grandes y planas y las pusimos unas encima de las otras, con tierra entremedias, hasta levantar un muro de unos cuarenta centímetros de alto.

Ese fue mi primer intento de construir una pared de piedra en seco, y me pareció tan fascinante que lo repetí en otras partes del jardín. Entre las piedras y en cada grieta que encontraba escondí plantas alpinas. Al principio, no tenía muchas, aparte de las arabis y las uvas de gato, junto con alguna campanilla de roca, pero ahora el pequeño muro resulta mucho más interesante con sus grandes matas de aliso amarillo limón, jara, lavanda, helicriso, erigeron, alhelí y algunos ramilletes sueltos de lirios enanos y farolillos de los Cárpatos en las partes bajas. A Walter le encantó nuestro primer muro y me animó a hacer otros, pero fue perdiendo el entusiasmo porque, en su opinión, pasaba demasiado tiempo «hurgando en las ratoneras llenas de lombrices» en lugar de ocuparme de otras tareas que él creía más importantes.

Cavé una zanja bastante profunda entre el césped y el muro bajo para dar espacio al cortacésped, y siempre trato de mantenerlo libre de malas hierbas, bien cortado y con los bordes arreglados. Por mucho que insista, nunca haré justicia a la importancia de un césped bien cortado, unos caminos en buenas condiciones y unos setos arreglados. Con la legendaria terquedad de la esposa, me temo, solía discutir al respecto con mi marido en vida de este, resentida por su reiterada afirmación de que mi parte del jardín —esto es, las flores— no tenía mucha importancia. Ahora sé que tenía razón cuando decía que los cuatro puntos esenciales de un jardín son el césped, los senderos, los setos y los muros, que siempre deben estar perfectos. Por muy bellas que sean las flores, si su entorno se descuida, no proporcionarán placer alguno, mientras que siempre es posible tener un jardín decente y agradable sin una sola flor. Antes discutíamos a menudo acerca de ese punto, pero con el tiempo he llegado a estar de acuerdo con él. Todos sabemos cuán tranquilo y hermoso puede ser un jardín sencillo y cuidado a base de césped y árboles bien definidos. Los jardines italianos son encantadores, y ciertos jardines formales que

rodean las mansiones señoriales de nuestro país se arruinarían con la introducción de macizos florales. Todos conocemos la frustración que nos embarga al ver un jardín repleto de plantas maravillosas y exóticas pero estropeado por la maleza, el césped abandonado y los caminos descuidados. Walter nunca dejaba de cortar el césped o podar los setos, del mismo modo que nunca olvidaba afeitarse. No penséis que no le gustaban las flores: le encantaban, si estaban bien cuidadas y en un entorno limpio. Sin embargo, él siempre contemplaba el jardín como un conjunto, y la perfección de una planta nunca compensaba un descuido en otro sitio.

Cuando llegó el momento de abrir caminos, descubrí que Walter tenía convicciones muy férreas al respecto, y recibí varias lecciones sobre el modo de alcanzar la perfección en este asunto. Estaba convencido de que no había nada mejor que un buen sendero de gravilla, y un buen sendero de gravilla era una estructura consistente cuya superficie nunca se veía dañada y donde las malas hierbas jamás podrían arraigar.

Convertir el patio en un recinto transitable con cabida para una docena de coches fue una operación de envergadura. Tuvimos la suerte de evitar problemas de drenaje porque hay una buena pendiente desde la maltería hasta la puerta, ¡tal y como constataron algunos amigos que olvidaron poner el freno de mano!

Lo primero fue nivelar el terreno y, a continuación, excavar los cimientos. Unos buenos cimientos son el secreto de un buen patio, y una vez que lo conseguimos, no hemos tenido ningún problema. Ojalá nos hubiéramos esforzado tanto con el césped.

Tuvimos que excavar hasta una profundidad de veinticinco centímetros. Pudimos reutilizar parte de la tierra que extrajimos, pero había que tamizarla y llevarla en carretilla a otros sitios del jardín. La primera capa estaba formada por unos diez centímetros de ladrillos rotos y toda clase de escombros que teníamos a nuestra disposición. El jardinero pasaba el rodillo, Walter compactaba la tierra y yo la rociaba con la regadera. Pasamos el rodillo y compactamos una infinidad de veces, hasta que la superficie lució firme y lisa como una mesa de billar. Lo más delicado y trabajoso fueron las orillas del camino porque, como por ahí apenas hay tráfico, la maleza crece con la menor excusa.

La siguiente capa que pusimos era de un material más fino a base de cenizas y escoria de hulla y tenía un grosor de unos ocho centímetros. De nuevo, pasamos el rodillo una y otra vez hasta que quedó suave y firme. No hay atajo posible en estas operaciones, pero cuanto más pesado sea el rodillo, más rápido se alcanzará la perfección.

Para la capa superior, tuvimos que poner más de tres centímetros de gravilla, y colocarla fue lo más pesado de todo, pero el resultado final compensó todo el tiempo y los esfuerzos empleados en la operación.

Primero, Walter mandó arrojar varios montones de gravilla en el camino, dispuestos a intervalos regulares, y luego empezó el trabajo en equipo: él la extendía, yo la regaba bien y el jardinero pasaba el rodillo. Así procedimos con todo el camino, metro a metro: pasábamos el rodillo y luego la regadera una y otra vez hasta el final. Según la teoría de Walter, cuanto más y con más fuerza se pasara el rodillo, más compacta sería la superficie y menos maleza crecería después. De nuevo nos esmeramos, sobre todo, en las orillas, pues es donde la gravilla suele soltarse y, en realidad, nadie puede reprochar a la maleza que crezca ahí.

Es importante procurar que el color de la gravilla combine con el de la casa y los

alrededores, pues hay algunos tonos estridentes que resultan muy chillones. Sin embargo, a poco que nos molestemos en buscar, enseguida hallaremos una gravilla o viruta que armonice con el diseño del jardín. La primera vez que contemplamos el camino, llamamos al constructor local y le preguntamos si podría conseguir viruta fina típica de la zona a juego con la casa. Aunque al final no fue posible, sí logramos que nos trajeran un tipo de gravilla que combinaba muy bien con la casa.

Cada vez que caía un buen aguacero, teníamos que volver a pasar el rodillo por el camino de entrada y todos los demás. A muchos jardineros les cuesta asumirlo, sobre todo en esta zona rural donde los cultivos, en la mayoría de los pueblos, está basado en las hortalizas, y los caminos y el césped en un terreno son conceptos bastante novedosos. Tuvimos un jardinero que disfrutaba de verdad pasando el rodillo. Decía que era una tarea muy agradable porque no tenía que pensar, y como era muy fuerte, no le costaba ningún esfuerzo pasar el rodillo una y otra vez muy despacio, y ese es el secreto para un buen resultado. Por desgracia, nos dejó al empezar la guerra y nunca más volvimos a tener un camino tan presentable. Todos los demás trataban de zafarse de la tarea, y cuando no les quedaba más remedio, pasaban el rodillo muy rápido, arrastrando la tierra y cuidando muy mucho de mantenerlo bien alejado de las orillas.

Incluso cuando nos esforcemos en hacerlo todo bien, saldrán malas hierbas que deberán eliminarse, exterminarse, por lo que debe tratarse toda la superficie con herbicida un par de veces al año. Para ello, nosotros usábamos una solución de clorato de sodio o bien un herbicida arsénico —no teníamos animales—. El clorato de sodio actúa sobre las hojas, de modo que es mejor aplicarlo un día seco, pero los herbicidas con arsénico deben filtrarse hasta las raíces y hay que elegir con mucho cuidado el momento idóneo: cuando el camino está bastante mojado pero no hay riesgo de más lluvias que puedan diluir el brebaje.

Walter siempre hacía la mezcla y supervisaba la operación mientras el jardinero de turno sostenía las regaderas. A mí siempre me parecía que habían elegido un día muy ventoso para la tarea, y me angustiaba observando cómo las volutas de veneno rozaban las preciosas plantas que crecían en los muros a los lados del camino. Al final decidí encargarme yo misma de la tarea para elegir mejor los días.

Mi lucha con los caminos de gravilla surge del hecho de que exigen mayor atención de la que casi todos nosotros podemos prestarles en las actuales condiciones de vida. Mantenerlos firmes requiere pasar el rodillo con gran asiduidad y de forma exhaustiva, y una vez alcanzado un modesto umbral de perfección, el orgulloso propietario pasa los días en vilo por temor a que algo los estropee. Walter se enfadaba mucho si las visitas tomaban el camino hasta la maltería en sentido contrario al que nosotros habíamos dispuesto, pues había una pendiente escarpada que necesitaba un buen acelerón para rodear el altozano de hierba que tenía en medio. Así, cada vez que dábamos una fiesta, había inspección a la mañana siguiente y el rodillo entraba en acción. Otra fuente

constante de inquietud era la posible presencia de tierra en el camino. Yo siempre esperaba que Walter no asomara por el jardín cuando intercambiaba plantas con mis amigos, pues la mayoría ni se daban cuenta de que estaban esparciendo un montón de tierra por la sacrosanta senda. En vano ofrecía las plantas en una cesta y las entregaba en un cuerpo a cuerpo para que no cayera ni una pizca: lo cierto es que nunca funcionó, y el intercambio solía acabar en un terrible desastre para la gravilla y una mirada reprobatoria para mí.

Tras la muerte de Walter, me rendí en esa lucha desigual. Me fue imposible mantener el camino en buenas condiciones y, a mi modo de ver, la gravilla solo servía como terreno para que las semillas extraviadas pudieran arraigar. Así, siempre contaba con una cosecha de selectos plantones en los caminos. Pensé que perdería esa rica fuente de nuevas plantas cuando cubrí el de entrada con un producto bituminoso y decidí asfaltar los demás, pero sigo encontrando plantones, aunque menos que antes. Las plantas pequeñas de rocalla siguen autosembrándose en la dura superficie de las virutas mezcladas con la sustancia alquitranada, lo cual me lleva a preguntarme si acaso sería mejor disponer una superficie aún más inhóspita donde plantar las semillas. Quizá así responderían mejor a esa pequeña muestra de resistencia. Hay varias plantas de tomillo congregadas junto a mi muro bajo, siempreviva azul y mosca del otoño *(Silene schafta)* en otra parte, y una mina de plantones diminutos de prímulas junto a los estrechos macizos bajo los muros del norte, donde cultivo las *Primula prolifera*. Crecen muchos más plantones de prímulas en el camino que en los macizos, un hábito de lo más irritante, pues cuesta mucho cortarlas en esa superficie dura como el hierro sin dañar la raíz.

En esta parte del mundo, muchos han resuelto el problema cubriendo la superficie de los caminos con virutas de piedra caliza o grava gruesa. Esa solución no me sirve porque nunca me ha gustado caminar por las playas de piedras y tampoco creo que ahorre mucho trabajo. Hay que rastrillar con regularidad para mantener un aspecto uniforme, la maleza crece a sus anchas bajo las virutas y hay que echar veneno de vez en cuando, o bien quitarla con la azada. Probablemente, el hormigón es el único material fiable para no tener que ocuparse de los caminos, pero habría que incrustar un poco de virutas o gravilla en la superficie para que la visión no resultara fulminante y desalmada.

Pusimos adoquines en la parte trasera de la casa y en el sendero que conducía al patio. Para que un camino de adoquines se mantenga en buen estado, hay que colocarlos muy bien. Con nuestro terreno de arcilla pesada, tuvimos que poner una base de ladrillos rotos, pero en suelos arenosos o de grava no sería necesario. Después de compactar y nivelar la superficie, se disponen los adoquines, reservando los grandes con bordes rectos para las orillas del camino y los más pequeños y desiguales para el medio. A fin de mantenerlos firmes y evitar que se muevan, hay que unirlos con argamasa —tres o cuatro emplastos por cada piedra, a menos que queramos plantar algo entremedias—. El aspecto final será mucho mejor, con diferencia, si se deja la lechada hasta que el mortero

esté casi fraguado y luego se extrae una pequeña cantidad para que los contornos de los adoquines queden bien definidos. Walter supervisó el trabajo de los hombres que empedraron la parte trasera para asegurarse de que así lo hacían. Si se los deja a su aire, a la mayoría les encanta untar en abundancia hasta cubrir buena parte de las piedras.

Yo habría preferido rellenar las grietas con una mezcla de arena y tierra fina para que las plantas crecieran entre los adoquines, pero Walter no estaba dispuesto a tolerarlo. Aun así, me permitió excavar unos cuantos hoyos minúsculos en los que planté tomillo y margaritas Dresden, y el efecto fue limpio e impecable. El tiempo ha ido mejorando las cosas y el mortero de Somerset se ha soltado poco a poco —debo confesar que, en ocasiones, la ayuda de una palanca ha contribuido a ello en gran medida—; así, ahora se ven plantitas arrastrándose alrededor de casi cada grieta. En teoría, solo mis plantas tienen permitido el acceso a las grietas, pero de vez en cuando también aparecen malas hierbas. Aun así, no dan tanta guerra como Walter auguró.

Vivíamos rodeados de altos muros y en ninguno de ellos crecía vegetación. La antigua maltería de tres pisos y el establo de las vacas, al ser edificios funcionales, tenían un aspecto de lo más austero, y nada crecía en el alto muro que bordeaba la calle excepto alguna mata de arabis y un par de alhelíes sueltos. Walter tenía muchas ganas de revestir el fondo de la casa, donde las piedras estaban demasiado deterioradas como para repararlas y la superficie se había cubierto con estuco.

Así, me envió al vivero del pueblo a por unas docenas de ampelopsis y también compramos rosales, espinos de fuego, *Cotoneaster* y clemátides. Mi hermana nos dio un *Ceanothus veitchianus* para la parte frontal, que en muy pocos años se cubrió de una sábana azul.

Con respecto al asunto de las clemátides, Walter estaba convencido de que la ordinaria variedad *jackmanii*, de color azul, era la única que valía la pena cultivar. Un día me envió al vivero a por media docena. Yo había visto otra variedad roja que me fascinaba, así que compré seis azules para Walter y una Ville de Lyon para mí. Cuando regresé a casa, hubo muchas sacudidas de cabeza, y se me avisó de que estaba perdiendo el tiempo, pues mi pequeña nunca obtendría los mismos resultados que su familia.

Decidí plantar mi clemátide en el muro, cerca de la puerta, y la puse con mucho cuidado en la terraza superior de la rocalla. Coloqué unos preciosos trocitos de piedra caliza en el suelo alrededor, planté un pequeño arbusto de lavanda delante para proteger del sol su frágil tallo y nunca dejé que se secara. Sin embargo, pese a todos mis mimos, no se la veía muy robusta en sus comienzos y tuvo que pasar un tiempo antes de que empezara a disfrutar de la vida. Por supuesto, las *jackmanii* de Walter crecieron sin ninguna complicación, tal y como él había presagiado, y la del muro sur era en verdad espectacular. A veces, los desconocidos me preguntaban si mi casa era la de la maravillosa clemátide azul que caía sobre la puerta principal. Al final compré dos Ville de Lyon más que crecieron bien, y con el tiempo llegaron a conocerse como «nuestras clemátides rojas» en lugar de «tus pobres clemátides» en tono altanero.

Walter no escatimó esfuerzos a la hora de educar a sus clemátides. Cada día indicaba a las hojas por qué alambres debían pasar, y estas obedecían. Había dispuesto el trazado de las seis plantas por separado, de modo que cada una cubría una vasta superficie de muro y cada flor lucía en todo su esplendor. Cuando un día lo vi de pie en la rocalla convenciendo a mi Ville de Lyon para que extendiera sus alas, no dije ni palabra, pero supe que era un triunfo decisivo.

Ahora que debo educar yo misma a estas hermosas pero temperamentales plantas, me maravillo al recordar la paciencia que tuvo y los magníficos resultados que logró. Trato de que el camino de cada planta empiece un poco lejos del tallo principal, pero en cuanto les doy la espalda, se sueltan de los alambres en un férreo abrazo con sus

hermanas. Así, es casi imposible desenmarañarlas para que retomen su camino por separado. Los tallos son quebradizos y se rompen con la mínima excusa. Incluso cuando separo un tallo de los demás, es para descubrir que al día siguiente ha dejado de aventurarse por lo desconocido para echarse de nuevo en brazos de su familia. La consecuencia de todo ello es que, en lugar de amplios espacios cubiertos de flores bien adiestradas, tengo una enorme maraña de hojas demasiado pesada para entrelazarse con los alambres de soporte —pues se trata de un contacto frágil y delicado— que, en cuanto sopla un poco de viento, sale volando por los aires.

Una red de alambres bien distribuida por la pared donde crecen las clemátides es un buen modo de enseñarlas a expandirse, mucho mejor que el gurruño que tengo yo. Ya que hablamos de clemátides, aprovecho para mencionar lo bonitas que lucen en un muro bajo, como una hermosa alfombra oriental arrojada a la pared; en este caso, la presencia de la tela metálica es esencial para indicarles qué parte del muro queremos que cubran. Aunque suelen aferrarse a ella con gran naturalidad, ayuda mucho sujetar los zarcillos a unas tiras de alambre recubierto de papel verde para marcar los puntos elegidos —como los aprestos de la ropa—, de esas que venden en cualquier tienda de jardinería.

Los rosales de la fachada de la casa crecieron exuberantes y Walter los enseñó a acercarse a las ventanas, de modo que podíamos ver a las Madame Abel Chatenay y las Lady Hillingdon asomándose a fisgonear mientras comíamos.

Uno de los aspectos que más nos atrajo cuando buscábamos casa por aquí fue la visión de las rosas rojas en contraste con las suaves paredes típicas de la zona. Así, nos hicimos con una buena cantidad de rosas trepadoras Paul's Scarlet y General MacArthur para la fachada y los lados de la casa. Las nuevas rosas multiflora Frensham crean un efecto maravilloso, formando un arbusto con el muro de piedra color miel de fondo, y tienen una floración intensa y duradera.

Walter se dio cuenta de que haría falta un tiempo para que las flores trepadoras empezaran a poblar los muros desnudos, de modo que un día, sin decirme nada, compró una colección de cabezas disecadas y cuernos montados en una subasta de Londres. Muy pronto las cabezas, las astas y los cuernos empezaron a brotar de todos los rincones, tanto fuera como dentro de la casa. La maltería albergó las piezas más imponentes de la colección, y muy pronto nuestra casa dejó de conocerse como «la de las bonitas clemátides azules» y pasó a ser «la de las cabezas disecadas». En una comunidad compuesta en buena parte de militares retirados, el despliegue de tales artilugios no dejaba de ser sorprendente e incluso rayaba lo impresionante. En general, algunos hombres adornaban sus casas con trofeos cobrados en alguna cacería, pero era bastante extraño comprarlos al por mayor. Walter se reía por lo bajinis contemplándolos y le encantaba decir a quien le preguntaba que todos eran comprados, ¡en modo alguno los había cazado él!

Por suerte, los de fuera duraron poco. Como no estaban hechos para estar a la

intemperie, a merced de la lluvia y la nieve, la piel empezó a desgarrarse y abrirse antes de caer a jirones por el suelo, los rellenos se desintegraron, las bocas pintadas y los hocicos rojos se deslavaron; entonces, lo único que quedó fueron los cuernos montados sin parafernalia alguna en una estrecha estaca. Una vez llegados a este punto, se me permitió echarlos a la hoguera, pero aún hoy los recuerdo a veces, cuando estoy cavando y se me aparece un enorme ojo marrón líquido clavándome la vista. Desde que murió Walter, he cortado las ampelopsis porque durante estos quince años han crecido con tanta fuerza que trataban de invadir el techo y agarrarse a todas las ventanas. Para llenar esos huecos, una pasiflora corona ahora el barril con agua de lluvia que hay junto a la maltería, y una *Forsythia suspensa* trepa por el otro muro. Nunca logré convencer a Walter de poner una glicinia porque decía que tardaría demasiado en florecer. Ahora tengo dos, y ambas florecieron un par de años después de plantarlas. Otra trepadora que siempre quise tener es la bignonia, pero, en este caso, Walter hizo bien en no querer complacerme: puse una y creció con tanto ímpetu que no pude frenarla, y me pasaba el día dándole hachazos para poder ver algo por la ventana de mi habitación. Como además no florecía, tuvo que irse. Sin embargo, aún no se ha ido del todo, puesto que sigue reapareciendo con bastante descaro, y yo sigo desenterrándola cada vez que la atisbo. Puse un quimonanto *(Chimonanthus praecox)* en el lugar de la bignonia, y es mucho más agradecido: floreció al cabo de dos años, y a cada invierno las flores, de un perfume embriagador, son un poco más abundantes. No hay jardín completo sin este maravilloso arbusto invernal, que debe plantarse lo más cerca posible de la casa para poder disfrutar de su aroma sin tener que aventurarse muy lejos y coger frío. Otro arbusto de invierno muy interesante es la variedad lútea del quimonanto, con una flor totalmente amarilla y un tono muy delicado. Ver las flores cerosas bajo la gélida luz invernal nos lleva a preguntarnos si son reales. Creo que esta variedad tiende a expandirse mucho menos que la otra más común, por lo que resulta muy cara, pero qué bella extravagancia la suya.

Otra recién llegada al frente de la casa es la *Stauntonia*, que espero que arraigue en el rincón que he elegido para ella, a buen resguardo, pues ansío contemplar sus fragantes flores verdes. En el muro norte, del lado de la casa, he puesto una *Garrya elliptica*, con sus pulcras hojas perennes y sus graciosas borlas oscilantes verde pálido, que siempre traen la mayor felicidad en invierno. Merece la pena armarse de una lupa para poder admirar la exquisita destreza de sus soberbios amentos.

Contra el muro de ladrillo rosa que hay detrás de la maltería crece otro arbusto de flores invernales: la madreselva fragante *(Lonicera fragantissima)*. Sus flores blancas y cerosas desprenden un aroma maravilloso, pero es difícil cortarlas porque siempre se anegan en la exuberancia del verde follaje. Cuando logro recogerlas, me parecen mucho más atractivas si quito las hojas de los tallos y junto las flores con un ramito de hojas sueltas.

Otra planta que me gusta y tengo en varios rincones del jardín es la fucsia del Cabo *(Phygelius capensis)*, también de hoja perenne, oscura y brillante. Suele plantarse como arbusto, pero en mi opinión no es nada práctico porque crece de manera desigual y exige una constante vigilancia. Sin embargo, plantada contra un muro y bien resguardada puede alcanzar los dos metros. Sus grandes ramilletes de flores tubulares de color rojo ladrillo aparecen en profusión a finales del verano y en otoño, cuando el jardín está lleno de tonos amarillos y lavanda. Si es feliz, esta planta tiende a invadir el espacio de otras menos asertivas, por lo que hay que frenarla. No tan invasiva y más refinada es su hermana, la variedad *Phygelius aequalis*, que crece más despacio y exhibe unas flores más largas y pálidas, con un delicado tono verde.

El eucalipto de Gunn *(Eucalyptus gunnii)* crece adornando la pared sur del establo. Se trata de la especie más robusta de eucalipto, que ya ha resistido bien unos cuantos inviernos muy duros, pero hay que atarlo fuerte para evitar sorpresas como la que me llevé yo al descubrir horrorizada que un vendaval había quebrado toda la copa. Bajo la luz del sol brillante, las hojas revolotean creando delicados efectos de sombra en el muro. Su follaje verde grisáceo es un ornamento delicioso y dura mucho tiempo si lo ponemos en agua. Cuando las flores escasean a primeros de año, uso las hojas nuevas de esta planta, con puntas de color rosa claro, para adornar la casa.

Los setos

Una vez revestidos los muros, Walter se concentró en los setos. Teníamos un muro alto en un lado y queríamos algo impenetrable y de la misma altura en el otro, y a lo largo del muro bajo detrás de la casa, por la cara sur. Pensamos en poner un seto de cedros de Monterrey *(Cupressus macrocarpa)*, pero nos advirtieron de su corta vida, y justo cuando empezábamos a considerar las posibilidades, el médico del pueblo nos mostró el magnífico seto que había plantado detrás de su pista de tenis el año en que nació su hijo. El niño ya tenía trece años, y el seto daba muestras de estar muriéndose. Al final, no hicimos caso y plantamos cedros de Monterrey por el lado que nos separaba de la casa vecina. El seto floreció, lo recortábamos cada mes de agosto y no nos dio ningún problema hasta que, en 1951, trece años después de plantarlo, empecé a notar que varios árboles se estaban muriendo. No era una visión tan catastrófica como la del médico, pero quedaron un par de huecos muy feos después de extraer cuatro o cinco árboles moribundos. Ahora he empezado a cultivar otro seto de *Lonicera nitida* para no tener que esperar demasiado a ver una masa opaca tras la muerte de los cedros restantes.

He oído muchos argumentos que explican el comportamiento de los cedros de Monterrey. Antes pensaba que su corta vida se debía a que las raíces encontraban un entorno desagradable una vez que superaban una cierta profundidad. Por fin, el dueño de un vivero me iluminó: lo que les causa la muerte es la poda regular. El cedro de Monterrey, a diferencia del tejo, necesita respirar a través del tronco para sobrevivir. Si la poda de pinzamiento deja el follaje muy compacto, impide que el aire llegue al centro del árbol. La forma correcta de podar un cedro es reduciendo el follaje, haciendo unos recortes estratégicos aquí y allá de pequeños matojos con las tijeras —como bien sabe el jardinero experto— para permitir el paso del aire. Todos los cedros deben tratarse del mismo modo, y su respuesta al tratamiento es bastante notable.

Lo primero que hice al comprar la casa fue plantar un seto paralelo a la pared de atrás para esconder la puerta trasera y la cocina de la vista exterior. Mi hermana me dio unos ejemplares de *Lonicera nitida*, los suficientes para empezar, y los planté con la idea de cubrir la parte de atrás entera. Me resulta difícil comprender nuestra manera de pensar en aquella época, y me sorprende lo rápido que han cambiado las cosas, que ahora son muy distintas. Por entonces, me parecía impensable que los hombres y las mujeres ocupados en la noble tarea de cultivar el jardín se vieran perturbados por los vendedores que venían a hacer una entrega. Incluso pusimos un cartel que rezaba «Entregas» en la parte de atrás. Otro ejemplo atañe a la mitad inferior de la ventana del fregadero de la despensa, que daba al jardín y estaba acristalada con un discreto vidrio esmerilado. Nadie debía ver a la criada fregando los platos, pero ni nosotros ni el albañil ni el arquitecto pensamos en lo duro y aburrido que sería para la pobre chica verse enclaustrada de ese modo. Cuando llegó la guerra, tuve que pasar muchas horas junto al

fregadero, tantas que acabé aceptando la sugerencia de mi hermana y puse un cristal transparente en la ventana. Así, mientras aclaraba los platos del desayuno, disfrutaba de las vistas y planeaba mi próxima tarea en el jardín. Ahí se me ocurrieron un montón de ideas, ¡qué más daba acabar la guerra sin un solo plato o taza de los que me había llevado a la casa!

El pequeño seto tuvo una infancia difícil. Mi generosa hermana nos había dado unos esquejes que ella misma cortó, y a mí me parecían demasiado pequeños para exponerlos a esos peligros vitales. A principios de la primavera, los albañiles tomaron posesión de la casa y tuvimos que irnos. Tubos de calefacción, tablas, ladrillos y materiales de toda clase se amontonaban por todas partes, y ahora, en retrospectiva, nunca dejo de maravillarme por la tenacidad con la que el pequeño seto se adhirió a la vida. Aquellos de mis amigos que practican una jardinería aristocrática se refieren a él como «el seto común», pero no conozco ninguna otra planta capaz de sobrevivir y prosperar como esa. De vez en cuando veníamos desde Londres para ver cómo avanzaban las obras, y lo primero que hacía al llegar al escenario era acercarme al seto y quitarle los escombros más inverosímiles que le habían caído encima. Muy pronto, los albañiles se dieron cuenta de mis prioridades afectivas, y en cuanto traspasábamos la entrada, todos ellos se apresuraban a liberar el seto de la carga de escombros que pesaba sobre él.

Con esquejes de ese pequeño seto hice todos los demás. Para romper la monotonía del jardín, plantamos setos en varios sitios. Uno atravesaba el jardín de arriba, entre los macizos de flores y el pequeño huerto; otro formaba un ángulo recto siguiendo la esquina del terreno de cultivo, y detrás de la maltería, dos setos rectangulares y cerrados ocultaban pilas de abono, estiércol, turba y hojas secas.

Los intelectuales de la jardinería pueden burlarse del «seto común», pero sin duda es el material de cobertura más fácil y adaptable que conozco. Cada vez que decidíamos que queríamos un nuevo seto, lo único que tenía que hacer era preparar la tierra, extender una cuerda —a la que había hecho unos nudos cada veinte centímetros, que me venían muy bien para sembrar habas y setos— y luego ir plantando los esquejes. Al parecer, no importa en qué época del año se pongan los esquejes, pero el tallo debe estar duro. Yo suelo hacerlos de unos veinte centímetros de largo, lo más rectos posible, y una vez quitadas todas las ramas laterales de la mitad inferior, los hundo en la tierra. Lo más importante a la hora de plantar esquejes es comprobar que la tierra está bien firme y compacta alrededor, sobre todo en la base, donde no tardarán en brotar unas diminutas raíces. Si encuentran una tierra madre cálida y preparada para acogerlas, las raicillas se animan y se aventuran un poco más lejos, pero si se topan con el vacío, se desaniman. En suelos pesados o granulosos, siempre es más seguro emplear arena o arena y turba, una mezcla que consigue crear un terreno propicio para las raicillas, pero hay que presionarla con fuerza en torno al esqueje y apretarla bien, empezando desde la base. Hay quien se ayuda de un plantador pequeño para esta tarea, pero a mí me parece más

seguro usar las manos, porque así sé mejor lo que hago. Para obtener un seto compacto de protección, como el que me sirve para disimular las pilas de abono, planté una sola fila de esquejes, a una distancia de veinte centímetros, pero si queremos un seto más ancho y extenso, por ejemplo para cubrir el frente del jardín, lo mejor es poner una doble fila de esquejes intercalados a treinta centímetros de distancia. Después de regar, se presiona la tierra en la base y se corta el extremo superior de los esquejes para alentar el crecimiento lateral.

Creo que a la *Lonicera nitida* le basta la menor excusa para arraigar en un terreno, lo cual, de hecho, puede ser muy molesto, porque si queda algún trocito en el parterre después de podar el seto, seguro que acaba enraizando. Yo sufrí mucho por este motivo hasta que empezamos a poner un saco de arpillera grande a cada lado para que los restos de la poda no cayeran al suelo. Cometimos un error con nuestro primer seto porque no hicimos una poda radical. Estábamos tan impacientes por verlo crecer muy alto y tapar esa vergonzosa puerta trasera que pasó mucho tiempo sin recibir una buena poda, solo simples recortes de mantenimiento. En consecuencia, creció muy ralo por abajo. Al cabo de doce años, medía más de un metro de ancho en la punta y apenas treinta centímetros en la base. Aunque ya lo podábamos bien, la naturaleza de la planta no es la misma al tener que soportar tanta tensión del follaje de arriba. Así, se agitaba con el viento y temblaba como gelatina, y cuando no soplaba viento alguno, se veía flojo y ondulante. Para enderezarlo, tuvimos que reducirlo a una altura de poco más de medio metro y podarlo hasta que la parte superior fue más estrecha que la base. Habrá que seguir podándolo de ese modo con regularidad, por muy desagradable que sea dejarlo tan pequeño. Durante varios meses, solo se veían las ramas desnudas con unos horribles tocones mutilados, y recibí varios pésames por la muerte del seto. Tuve que explicar muchas veces que lo había desfigurado de ese modo yo misma, y estaba segura de que sería algo temporal. Durante todo ese invierno mantuvimos un tratamiento tan radical que, al llegar la primavera, empezaron a brotar unas hojitas en las ramas desnudas y muy pronto recuperó su color verde habitual y volvió a necesitar una poda. Ninguno de los otros setos lo pasó tan mal como ese, puesto que empezaron a podarse bien cuando aún eran muy jóvenes, pero todos tienden a ensanchar demasiado la copa y, de vez en cuando, hay que ponerse firme con ellos.

Las fuertes nevadas pueden causar estragos temporales en la *Lonicera nitida* y hay quien, para ahorrarse las molestias, poda los setos como en escalones, evitando las superficies planas.

La vida siempre nos da una de cal y otra de arena, y en el caso de los setos, la ventaja del crecimiento rápido tiene su contrapartida en la poda constante. El mínimo requerido es cuatro veces al año, y entremedias pueden necesitar un recorte somero si se pretende lucirlos para una ocasión especial. Si solo tenemos un seto pequeño, una buena forma de conservarlo en buen estado es cubriendo la copa y los lados con una malla de alambre

que haga de tope al podar. Como en este caso no sería posible usar una podadora eléctrica, solo es un método factible con setos pequeños y poda manual. Una podadora eléctrica es un artilugio muy práctico para setos como el mío, hasta el punto de que ya no podría vivir sin ella. La verdad es que hace un buen trabajo, pues marca las líneas rectas y deja los bordes muy limpios.

La *Lonicera nitida* es el material más útil cuando se trata de obtener una protección tupida. Resiste muy bien la poda en forma de tejo, y he visto bellas figuras de aves y animales con su follaje. Es un seto mejor que el boj y puede conservarse igual de bien incluso con un tamaño pequeño. Algunas casas del pueblo lo han convertido en un elemento esencial del porche gracias a una poda esmerada y asidua, y conozco una casa donde se erige como un sólido bloque verde y denso de dos metros de altura que separa dos terrenos. De hecho, podemos asignarle la función que queramos, siempre y cuando lo podemos con regularidad.

Un seto de lavanda puede cultivarse con la misma facilidad, pero no crece tan rápido como la *Lonicera nitida*. Los esquejes arraigan en el suelo sin ninguna dificultad. Al emprender la tarea de cultivar cualquiera de los dos, es buena idea tener un pequeño acervo de plantas de repuesto en algún que otro rincón, pues a veces los esquejes son tercos y se niegan a enraizar. Así, con las plantas de repuesto pueden llenarse los huecos. Otra opción es la santolina, que puede cultivarse para obtener un precioso seto plateado y se poda igual que la lavanda.

Algunos jardines requieren un seto natural, y aquí el abanico de posibilidades es maravilloso. Las fucsias, muy resistentes, se ven preciosas cayendo en cascada de una pared. La rosa japonesa *(Kerria japonica)* nos regala unas flores doradas y brillantes, y si buscamos un seto más alto, tenemos el durillo, el ciprés o el rosal, una opción a la vieja usanza. En los jardines muy grandes, los cipreses, que no necesitan poda al crecer, componen un fondo encantador y ahorran mucho trabajo.

Logré convencer a Walter para que también pusiera un seto de hayas alrededor del huerto. Me costó muchísimo porque él se había quejado durante años de que, cuando todos los árboles hacían sus primeros y delicados alardes del nuevo verde primaveral, las hayas seguían vistiendo sus tonos marrones del invierno. Al final accedió a plantar las hayas solo porque no queríamos espino, el tejo era prohibitivo y no se nos ocurría otra cosa más apropiada para un huerto; luego, con los años, tomó un gran cariño a su acogedor seto marrón. Seguía sin gustarle que tardara tanto en mudar de color en primavera, pero acabó admitiendo que merecía la pena esperar por el delicado verde de las hojas de haya. Como solo necesita una poda anual en agosto, sigo pensando que fue una buena decisión. Quizá podíamos haber elegido la variedad más común, de color cobrizo, pero me parece demasiado refinada para un huerto. En un jardín, en cambio, sí resulta encantadora, y me pregunto por qué no hay más gente que pone estos setos en el suyo. Conozco a varias personas que sí lo han hecho y sus jardines siempre me parecen


una preciosidad.

El jardín en terrazas

Mientras trabajábamos en el césped y el camino de entrada, tuve que hacer de peón a las órdenes de Walter y el jardinero, pero cuando terminamos todas las tareas, por fin quedé en libertad y pude consagrarme a lo que sería mi parte del jardín: los parterres de flores. Para entonces, llevaba mucho tiempo cavilando acerca de lo que debería hacerse en el terreno oeste de la casa, que dominaba el resto del jardín y subía en pendiente hasta el pequeño huerto. Era una suerte que tuviera varios niveles, pues en un jardín completamente plano es mucho más difícil crear entornos interesantes. Todos conocemos jardines que empiezan como un campo y terminan como un campo, por mucho que los propietarios empleen todos sus esfuerzos y dinero en crear algo más. El detalle más amable que puede tener el destino con nosotros es regalarnos un jardín que se extienda en pendiente desde la casa. La cuesta arriba es más difícil de manejar, pues hay que tener mucho cuidado de que no se vuelva engorrosa al llegar a la cima.

Cuando compramos la casa, esta parte del jardín subía en una pendiente bastante escarpada hacia el huerto, sin camino ni forma alguna. El agente inmobiliario había puesto unos miserables arbustos de grosella, pero estaban ahogados por la grama. En realidad, era un terreno silvestre que no inspiraba la menor ilusión para hacer de él un jardín.

Como Walter no tenía ninguna opinión sobre lo que podría hacerse en dicha parte, se limitó a consentir que pusiera flores y olvidó el asunto. Sin darnos cuenta, dividimos el trabajo del jardín: él se hizo cargo del césped, los caminos, los muros y los setos y me dejó las flores —y casi toda la limpieza—.

Cuando empecé, estaba a punto de llegar el invierno. Pasé varios días estudiando el terreno, contemplándolo desde todos los ángulos, dibujando planos en un papel y, poco a poco, las ideas fueron cobrando forma.

Para empezar, había que abrir un camino hacia el huerto, y decidí trazarlo en una ligera curva. Como la disposición era irregular, no podía hacer nada demasiado formal, sino más bien sencillo y rústico en armonía con la casa larga y baja. Para llegar a la primera terraza, construí unos escalones bajos de piedra y un muro bastante alto a fin de contener la tierra. En este nivel hice varios caminos anchos para dar una mayor sensación de amplitud. En tiempos de Walter, tenían grava, pero después puse unos adoquines y ahora conforman una terraza muy elegante. Decidí cultivar a ambos lados del camino que ascendía al huerto, dispuestos en terrazas, y proteger cada terraza con un muro bajo que albergaría plantas de rocalla. Además, planeé abrir varios caminos entre las terrazas.

En ese momento no me daba cuenta de que me estaba planteando la tarea más difícil del mundo para cualquier jardinero. Es de todos sabido que los parterres más fáciles de cuidar son los que limitan con un muro o un seto. Un parterre doble que resulte atractivo

por ambos lados es difícil, pero lo que yo intentaba hacer era una doble hilera de parterres que debían quedar bien desde las cuatro esquinas, además de combinar con los de delante y detrás. Tenía tres terrazas a la izquierda y tres a la derecha, pero en uno de los lados tuve que encajar un cuarto macizo triangular para llenar el espacio.

También es de todos conocida la suerte del inconsciente. Cuando lo pienso ahora, me pregunto cómo tuve la audacia de emprender un proyecto tan ambicioso. Antes de llegar a Somerset nunca había cultivado un jardín, y desde luego no se me había ocurrido diseñar ninguno. Podría haber sido un fracaso estrepitoso, pero en ese momento ni siquiera se me ocurrió tal posibilidad. Mi único empeño era poner en marcha el plan antes de que Walter se interesara por él y me complicara la vida con sus críticas y consejos.

Ese año, las primeras nevadas cayeron muy pronto, y recuerdo salir a trabajar entre la nieve fresca para cumplir el plan a rajatabla. Walter era un jardinero de buen tiempo y no dudaba en buscarse otras ocupaciones con el frío, por lo que estaba segura de que me dejaría a mis anchas en esa época. Primero cavé unas zanjas y construí los muros bajos de piedra seca. Como las existencias de piedras eran muy abundantes, pude elegir las más parejas y hacer unos muros bastante presentables.

Una vez levantados, excavé la tierra delante de ellos para abrir caminos entre los parterres de las terrazas. Fue ahí cuando Walter hizo su aparición y se quedó horrorizado ante lo que veía. «¿Qué diablos son esos cañones?» Le expliqué que eran caminos y le rogué que tuviera un poco de paciencia. Aún hacía mal tiempo y tenía un montón de tareas pendientes dentro de la casa, así que acabó renunciando y me abandonó a mi suerte entre el barro y el caos.

Nivelar los parterres fue lo peor de todo. Sabía lo suficiente como para salvar la tierra de arriba y quitar la arcilla de abajo, el problema era cómo rellenar el suelo. Tenía montones de tierra buena por todas partes, así que me dispuse a quitar la arcilla de inmediato y arrojarla en carretilladas al jardín inferior. La única forma de acceder allí era bajando por una tabla dispuesta sobre los escalones de piedra. En esos días fríos y húmedos, todo estaba lleno de barro y la carretilla se me volcaba a cada momento mientras trataba de deslizarla con torpeza por la tabla llena de grasa. Por suerte, fue un invierno bastante templado, aunque lluvioso, y a principios de la primavera ya había hecho la mayor parte del trabajo, aunque —lo admito— el lugar tenía un aspecto bastante desolador y no obtuvo la aprobación de Walter. Cada mañana, en el desayuno, me saludaba con un «¡Piedras, piedras y más piedras!», o con un «¿Cómo está hoy la cantera floral?». Su cuarto de baño daba a esa parte del jardín, y como le gustaban los baños largos y los afeitados contemplativos, siempre aprovechaba para regodearse con horror en mis peripecias de la víspera.

Desde luego, dio muchas vueltas al asunto, porque cuando llegó el día en que terminé las tareas de construcción y me disponía a empezar la siembra, me dijo: «Ahora

tutoraremos unos rosales». «¿El qué?», pregunté espantada. Como la casa era baja y estaba asentada al final de la pendiente, en un nivel inferior a esta parte del jardín, tenía pensado sembrar los parterres de plantas bajas para crear un efecto tapiz en caída, y relegar las más altas al fondo y los lados. El camino serpenteaba entre los macizos y ahí, en sus orillas, iban a plantarse los rosales con sus tutores. Y sí, ahí se plantaron. No pude hacer nada para evitarlo, ninguna de mis razones surtió efecto. Walter me aseguró que serían el colofón de mi jardín, que acabarían por gustarme, así que se plantaron con el cuidado y la ceremonia que requería la ocasión, y entonces tuve que replantearme lo que sembraría alrededor.

Soy incapaz de recordar todas las rosas que elegimos; ninguna variedad destacaba salvo, quizá, la Cupido, una de las trepadoras más bellas, con sus grandes flores de color rosa pastel y sus estambres dorados. Tiene las espinas más devastadoras que conozco, pero puedo perdonarle ese vigor por la belleza de sus flores. También elegimos las variedades Chaplin's Pink, Lady Hillingdon, General MacArthur, Melody, Paul's Scarlet y algunas muy antiguas como Gloire de Dijon y William Allen Richardson.

Con el tiempo descubrí que no debía sembrar muy cerca de los rosales, no solo porque sus ramas errantes me arañaban el pelo y las manos, sino para mantener mis plantas lejos del abono que Walter les ponía como alimento. Era un firme creyente de sus bondades y tenía manga ancha. ¡Ay de la plantita mía que creciera cerca de ellas! Seguro que acababa muriendo de asfixia bajo las toneladas de abono con que Walter empastaba cada rosal. Todo el que podíamos conseguir se consagraba a las rosas y las dalias. En cuanto a las hortalizas, la verdad es que a ninguno de los dos nos interesaban mucho. Si alguna vez sentí que mis criaturas necesitaban un poco de estimulante, me vi forzada a robar a poquitos de las rosas cuando mi marido no miraba. Y cada vez que lo hacía, recordaba todas las veces que Walter decía que las mujeres no teníamos ningún sentido de la honestidad.

Cuando, tiempo después, pudimos conseguir más abono y se me concedió un poco, a Walter no le gustaba el modo en que lo usaba. Siempre me acusó de racanería, y nunca dejó de criticarme cuando lo ponía en mis macizos de flores.

Yo lo usaba con tanto miedo que siempre tenía buen cuidado de separarlo en trocitos pequeños y distribuirlo por todo el suelo, lejos de las plantas. Cuando recorríamos las carreteras de la zona, a Walter le encantaba señalar las enormes montañas de abono que surgían, muy juntas, en los campos, a la espera de que los agricultores lo esparcieran. «Así es como se usa el abono, y no como haces tú», decía. Aún sigo usándolo con moderación en los parterres. En el huerto también ponemos bastante, pero solo ciertas flores como las rosas, las dalias, el flox y las espuelas de caballero —todas ellas de gran apetito— se llevan una buena ración. A las rosas de Navidad les gusta tener un poco de abono en verano, lo cual ayuda a mantenerlas húmedas cuando el agua escasea. Muchos creen que si abusan del abono, el follaje del jardín crecerá con demasiada exuberancia a

expensas de las flores. Yo creo que depende del suelo y de lo que obtengamos de él. Personalmente, me gusta embutir las plantas en los parterres y alimentarlas bien, y mi suelo arcilloso necesita mucho humus. Aunque no nos guste mucho el abono, no está de más usar un poco disuelto en agua y regar las plantas con el líquido justo cuando empiezan a florecer. Si no disponemos de abono líquido ya comprado, podemos verter un paquetito en una regadera, dejar que la mezcla se asiente durante un rato y regar con ella. Las plantas nos lo agradecerán y veremos cómo florecen más y mejor.

Ese primer año aprendí mucho de jardinería gracias a Walter. Aprendí, sobre todo, que él sabía mucho más sobre el asunto de lo que yo pensaba. Yo era una completa novata, y creí que a él le ocurriría lo mismo. Sabía que había tenido jardines y jardineros pero supuse que, al estar siempre tan ocupado, había dejado toda la planificación y el trabajo en manos de ellos. Ahora puedo decir que, aquel primer año en la casa, me harté de un jardinero suyo que mencionaba mañana, tarde y noche, e incluso empecé a odiar su nombre. Todo lo que hacía aquel hombre era perfecto, nunca descuidaba el menor detalle y cumplía todas las tareas en el momento preciso. No me sirvió de nada decirle a Walter que, para mí, la jardinería era algo que debía intercalar entre los quehaceres domésticos y una cierta vida social. Según él, no cabían excusas por no hacer las cosas a su debido tiempo.

A otro de sus jardineros, en cambio, le tomé cariño, y creo que la historia de su perdición encerraba una lección para mí. El hombre tenía una sola alegría en la vida, que consistía en cultivar unos crisantemos maravillosos en macetas que ponía a resguardo dentro de la casa durante el invierno. Walter me contó que pasaba mucho tiempo acariciando los crisantemos, de manera que acababa descuidando el resto del jardín. Como sus protestas no surtieron ningún efecto, un día agarró un cuchillo y decapitó a las consentidas criaturas hasta que quedaron esparcidas por el suelo. A base de recordar este episodio, fui adquiriendo un sentido de la proporción y la equidad en mi cultivo del jardín, para no dedicar mucho tiempo a lo que me gustaba en detrimento del resto.

El primer indicio de que Walter tenía una visión fundada del asunto concernía al nivel de los macizos de flores. Yo siempre los había visto elevados con respecto a su entorno, ya fueran hierbas o camino, así que hice los míos de ese modo. Supongo que el motivo original era que la elevación permitía un mejor drenaje y una vista más completa de las plantas. Las rosaledas suelen construirse de ese modo tan habitual en la mayoría de parques y jardines públicos. Nunca se me ocurrió antes de que Walter lo señalara, pero en realidad la idea no tiene mucho sentido, y los parterres a ras de suelo lucen mucho más amplios y atractivos. Ahora que tengo los senderos adoquinados, estoy aún más entusiasmada con esta opción, pues me gusta sembrar hasta la misma orilla del camino para que las plantas se extiendan, la desborden y difuminen su rigidez. Cuando Walter vivía, yo cuidaba mucho de que nada se desparramara por el camino, por entonces lleno de grava, pues el rodillo no reconocía los derechos de las errantes. Una de las plantas que sale beneficiada de este tipo de siembra es la genciana azul *(Gentiana acaulis)*: como le gusta que la pisoteen, la planto muy cerca del camino y luego, cada vez que paso, le dedico toda clase de atenciones con los pies.

Para separar los parterres de los senderos de gravilla, recurrimos a las abundantes

piedras de que disponíamos. En mi ignorancia, primero las puse en vertical, de modo que sobresalían unos centímetros del suelo, pero luego se me advirtió —y tuve a bien comprobar— que el efecto era más agradable e igual de efectivo si las disponía lo más planas posible. Otra cosa que me enseñó Walter fue que deben evitarse distracciones innecesarias: hay que separar los parterres del camino, pero sin que la orilla acapare toda la atención en detrimento de las flores.

En jardines bien cuidados, no es raro ver —y resulta sorprendente— un camino de gravilla fundiéndose con un macizo de flores. Es algo muy perjudicial para el camino, pues la tierra acaba mezclándose sin remedio con la gravilla y la maleza campa a sus anchas. Así, lo mejor es encontrar una solución bella y natural, donde los componentes armonicen como en un cuadro. Puesto que teníamos la suerte de disponer de muchas piedras, pude escoger las más planas y uniformes con al menos un borde recto. Las colocamos con mucho cuidado para que quedaran rectas y niveladas, y con los bordes rectos marcamos la orilla del sendero. De haber sido derechos los caminos, habría empleado una cuerda, pero tuve que calcular las curvas a ojo para que fueran abiertas. Hay quien usa ladrillos, y suelen quedar bien si son planos y el camino también es de ladrillos. A veces se colocan en diagonal para obtener un bordillo dentado, y creo que es una lástima, una horrible reminiscencia de los pequeños azulejos tan queridos por los jardineros victorianos. Si fuera mi caso y no pudiera quitarlos, los cubriría con abundante vegetación. Otras veces se ven conchas en los jardines de las casas, que tal vez sean muy pintorescas, pero no resultan ni efectivas ni atractivas. Unas discretas molduras de cemento también pueden ir muy bien si se colocan a ras de suelo junto al camino, porque al desgastarse se confunden con la gravilla.

En algunos jardines, las mismas plantas pueden componer unos bordillos de lo más aparentes. Antes, cuando los espacios eran más amplios, los setos de boj eran la mejor opción, pero el actual coste de la planta, así como de la mano de obra, lo convierte en un lujo. Tanto la *Saxifraga urbium* como la armeria pueden cultivarse en una banda uniforme y necesitan muy poca atención. A veces se pone un seto bajo de lavanda, y en parterres anchos que requieren una profusión de plantas, la oreja de liebre *(Stachys lanata)*, la bergenia e incluso el acanto son opciones ideales si no hay problemas de espacio. Algunas saxífragas musgosas, que crecen muy apretadas, pueden hacer una transición muy pacífica del parterre al camino, o incluso esas margaritas dobles tan resistentes que alcanzan una altura de diez centímetros. También he visto nébeda podada como un seto, pero me parece un sacrilegio. Toda la belleza de la nébeda reside en su actitud elegante y relajada y en sus flores azul claro, por lo que ceñirla a la forma rectangular es improcedente. Con caminos adoquinados no hay problema, pues la tierra que llega a la orilla proporciona varios centímetros adicionales para poder plantar.

En general, sufrí muy pocas interferencias en la plantación de mis parterres, pero sí se me instó a evitar la monotonía con alguna que otra planta alta delante de estos.

Obedecí sin rechistar con unos altramuces que, al final, tuve que sacrificar porque se habían puesto enormes, así que a partir de entonces elegí con más perspicacia. Fue Walter quien me dio la idea de plantar lirios justo a la orilla del camino, para que el vigoroso impulso con que crecían contrastara con las plantas bajas de alrededor. También me enseñó el valor de los efectos en conjunto, por lo que, en lugar de plantar una sola espuela de caballero aquí y allá —como yo habría hecho en principio—, insistió en que las sembráramos en grupos de cinco o seis. Así, me di cuenta de que era el único modo de evitar un efecto manchado.

Al empezar a sembrar, pasé por momentos terribles. Pese a todos mis esfuerzos, quedaba bastante arcilla en el suelo, y los severos vientos de marzo lo azotaron hasta formar unos nódulos duros que se revelaron hogares muy hostiles para mis criaturas recién plantadas. Ahora ya tengo más experiencia y, aunque la tierra ha mejorado mucho en estos años, siempre uso una mezcla de arena y turba cuando voy a plantar, sobre todo cosas pequeñas, así puedo comprobar que las raíces están extendidas y que cada fibra de la planta está en contacto con estos materiales tan buenos a la hora de enraizar. El tratamiento hace que las plantitas se sientan a gusto desde el primer momento, y apenas se dan cuenta de que han sido trasplantadas desde otro sitio. Lo peor que podemos hacer a una planta es permitir que se forme una bolsa de aire cerca de la raíz, y eso es justo lo que yo hice —lo confieso avergonzada— al empezar a cultivar el jardín. Plantaba con tanta inseguridad que las plantas se tambaleaban en el parterre y el viento las arrastraba de un lado a otro. Como una mujer agarrándose el sombrero, estaban demasiado ocupadas en mantenerse en pie como para atender a cualquier otra cosa. Una plantación firme es un aspecto esencial del proceso de cultivo, y para asegurarnos de que cada ejemplar quede bien anclado, es muy útil darle un pequeño tirón. Con los esquejes sigo el mismo procedimiento, aunque no tan fuerte.

De hecho, la firmeza, en todas sus vertientes, es una cualidad esencial en la jardinería, no solo al plantar sino también al podar, dividir y entutorar. Las plantas son como los bebés y saben muy bien cuándo es un novato quien las maneja. Mis plantas lo sabían, pero yo no. Walter no toleraba ni una sola planta enferma o mal cuidada, y en cuanto veía algo con aspecto infeliz, lo arrancaba sin miramientos. Muchas veces salía y me encontraba toda una hilera de plantas enfermas, como una pila de ratas muertas. Establecí una especie de juego: si sabía que tenía una criatura enferma, hacía lo posible por que se recuperara alejándola de la nociva presencia de Walter. Lo cierto es que casi nunca funcionó, y ahora me doy cuenta de que él tenía razón al declarar que una planta que había empezado a crecer mal nunca se convertiría en una buena ciudadana, y solo quedaba eliminarla.

Los claveles del poeta fueron mi mayor calvario hasta que aprendí a hacer trampas. Tenían la horrible costumbre de exhibir un tallo larguísimo y desarreglado que, en lugar de mantenerse fuerte y erguido, se desplomaba y colgaba de un modo muy desagradable

a juicio del amo y señor. Me habría ahorrado muchas angustias de haber descubierto antes que pueden obtenerse grandes triunfos colocando los indecorosos tallos bajo el suelo para darles firmeza y asegurando un apoyo para cada espiga. He usado este método heterodoxo incluso con otras clases de claveles muy crecidos, para darles un aspecto presentable con motivo de alguna ocasión especial, aunque, por supuesto, el mejor método es plantarlos y cultivarlos de un modo adecuado.

Otra cosa que me enseñó Walter fue que las plantas deben ponerse en la tierra lo antes posible. Le dolía mucho que la gente comprara o recibiera plantas como regalo y tardara en ponerlas en la tierra. A veces veíamos parterres a medio hacer y, al lado, un montón de plantas abandonadas con las raíces expuestas al aire. Si no tenemos tiempo para plantarlas, lo más fácil es cubrir las raíces con sacos, lo cual supone una diferencia esencial.

Plantar se convirtió en la tarea más importante en nuestras vidas, y cualquier otra que tuviéramos entre manos debía abandonarse si llegaba alguna planta. Recuerdo un fin de semana en que vinieron a visitarnos unos amigos muy especiales con los que planeábamos salir a mostrarles los campos cercanos. Ese día, sin embargo, llegaron unos arbustos en flor con el correo del tren, de modo que los amigos tuvieron que divertirse por su cuenta mientras nosotros lidiábamos con los arbustos. Primero metimos las raíces en un cubo de agua mientras cavábamos los hoyos, y luego Walter los plantó con frenesí y yo los regué con agua abundante. Los visitantes nos miraban como si estuviéramos locos.

A veces ni con las mejores intenciones del mundo es posible plantar de inmediato, pero siempre puede cavarse un hoyo y tapar las plantas con tierra, o si los árboles o arbustos son demasiado grandes para ello, podemos cubrir las raíces con paja o arpillera. A veces he regalado plantas a personas muy amables y luego, semanas después, he visto esas mismas plantas amontonadas en un rincón, tal y como las dejé al sacarlas del cesto, sin un puñado de tierra ni un fajo de hojas encima. Cuando regalo plantas, me gusta envolverlas en musgo húmedo para que no sufran tanto si se descuidan. Eso puede hacerse con pequeños tesoros, pero cuando son plantas muy grandes o en mucha cantidad, lleva demasiado tiempo, y lo único que cabe hacer entonces es elegir bien a la persona a quien las entregamos.

Un error que cometen casi todos los principiantes es poner las plantas demasiado juntas. Oí muchos comentarios al respecto cuando me inicié en la jardinería e incluso varios chistes, y llegué a la conclusión de que los humoristas eran todos hombres, pues siempre era la mujer quien cometía esta clase de fallos tontos. Es muy difícil calibrar hasta dónde van a crecer las plantas, y muy natural querer cubrir la extensión de tierra desnuda donde plantamos lo más rápido posible. De hecho, si se ponen las plantas tan alejadas como es conveniente, la tierra tendrá un aspecto sombrío y desnudo durante mucho tiempo. Aun así, es lo único que podemos hacer. Mucha gente planta arbustos

demasiado cerca unos de otros, de modo que, al crecer estos, el efecto producido arruina el conjunto. Es mucho mejor plantarlos a una distancia adecuada y, al principio, llenar los huecos con plantas temporales. En ciertas ocasiones, si tenemos prisa, vale la pena plantar más arbustos de los que deseamos en realidad. Yo lo hice así con el euforbio mediterráneo *(Euphorbia characias wulfenii)* en un rincón donde quería una barrera protectora lo más rápido posible: puse tres plantas juntas y obtuve los primeros resultados al cabo de un año. La más fuerte de las tres se impuso ante las demás, que acabé arrancando. En los inicios del jardín, no tiene por qué verse la tierra desnuda si plantamos muestras temporales entre la colección permanente.

Dejar el espacio adecuado en la plantación requiere de mucha fe, pero cuando lo conseguimos, los resultados son sorprendentes. Por ejemplo, las margaritas de Michaelmas, si crecen bien separadas en intervalos de unos treinta centímetros —la mitad de la altura que alcanzan, más o menos—, se convierten en flores tan gruesas y tupidas que da gloria verlas —y necesitan un buen tutorado para sostenerlas—. En cuanto a las plantas anuales, debemos dejar toda piedad a un lado y separarlas bien: así, en lugar de tallos larguiruchos, obtendremos ejemplares lustrosos que nos demostrarán lo que sucede cuando tienen espacio para desarrollarse. He visto cómo una sola planta de alelí crepuscular formaba un arbusto de casi un metro cuadrado, y me temo que no fue gracias a mi empeño, sino a que sus hermanas murieron muy pequeñas y se quedó sola.

El tutorado

Cuando llegó el momento de entutorar, tuve muchos problemas. En primer lugar, cuando me puse a ello, ya era tarde, y mi mentor condenó varias flores muy hermosas porque estaban torcidas cuando las até. Nada puede enderezar una planta que se ha torcido. Cuando por fin me aventuré a entutorar, fui acusada de indulgencia. Mi idea era permitir que crecieran con la mayor naturalidad posible, de modo que planté unas cuantas cañas fuera de cada grupo y las até con una cuerda no muy apretada. Debo admitir que no fue buena idea, porque el viento volaba mis flores sin piedad, que se enredaban y doblaban en sus pequeños cercados. Se me advirtió que debía ser más drástica, pero no hice caso. Entonces recibí una buena lección. Walter sacó unos tutores bien gruesos —los míos eran finos porque no quería que se notaran mucho— y los clavó en el suelo con un mazo. Agarró por sorpresa a las pobres inocentes, les puso una cuerda alrededor del cuello y las ató con tanta fuerza al tutor que parecían estranguladas. Trasponía en sus gestos toda la exasperación que sentía hacia aquella mujer testaruda que se negaba a aprender. En ese momento me sometí a su voluntad, pues sabía muy bien lo que sucedería con mis flores si descuidaba el tutorado. Nunca alcancé la perfección que se me predicó sin cesar, esto es, una caña por cada tallo, pero fui más generosa con ellas y construí todo un entramado de cuerdas entre las flores para sujetarlas bien. Mucha gente usa ramas y obtiene buenos resultados en suelos corrientes, pero yo nunca lo conseguí porque no podía clavarlas en el suelo arcilloso a mucha profundidad, así que no quedaban firmes.

Podía usar tutores bien rectos y hundirlos con un mazo, y aunque ese recurso era más fatigoso, en realidad era el único posible. Existen, desde luego, otros métodos muy apropiados para dar sostén a las flores. En los parterres amplios llenos de plantas grandes, una red gruesa y extendida entre las cañas puede dar un magnífico apoyo. Para los ejemplares aislados existen unos círculos de alambre muy prácticos que se colocan en el suelo y se levantan sobre unos soportes verticales a medida que la planta crece. Este método permite enderezarla desde el principio y no da ningún problema, pero es difícil de usar en grupos grandes sin provocar un derroche de superposiciones.

Ahora uso soportes metálicos en forma de semicírculo con unas puntas largas que se clavan en el suelo. Copié la idea de una amiga y pedí al herrero que me hiciera un montón de ellos, de todos los pesos, alturas y tamaños posibles, y para conservarlos mejor y que no sean tan llamativos los he pintado de verde oscuro. A veces empleo dos a la vez para formar un círculo completo, o bien uno con una cuerda atada por detrás. En plantaciones grandes, pueden usarse media docena o más, situados en distintos ángulos, y son ideales para sostener las plantas de un muro, pues las flores cuelgan de un modo muy leve y natural. Tengo la costumbre de colocarlos muy temprano; al principio los clavo en el suelo a gran profundidad y a medida que los tallos crecen, voy extrayéndolos. Cuando un grupo de plantas ha dejado de florecer y ya no necesita más apoyos, quito el

soporte y lo coloco en el siguiente grupo que esté por venir.

Hay quien no admite la necesidad de entutorar las plantas, y sus jardines siempre ofrecen un aspecto lamentable. Solo existe una manera de librarse del tutorado: cultivar plantas que no necesiten ninguna clase de apoyo artificial, pero de tomar esta opción, ¡cuántas cosas magníficas nos perderíamos!

Walter nunca dejaba de repetirme una máxima del buen jardinero: «Pasear por el jardín siempre es agradable, y más con una azada en la mano». En mi caso, me inclino por unas tijeras de podar.

Cuántas veces vemos ramitas muertas, retoños, salientes y serpollos en nuestro paseo matutino. Esa poda tan oportuna ahorra muchos problemas y tiempo, y podemos realizarla mientras recogemos algún ramillete de flores para la casa.

De hecho, descabezar las flores marchitas es una de las tareas básicas de la jardinería, y no solo desde un punto de vista formal: una planta florecerá durante mucho más tiempo si van eliminándose las flores muertas con prontitud. Mantenerla en un estado continuo de maternidad frustrada hará que siga produciendo flores con la esperanza de que sus semillas se diseminen y reproduzcan. En mi jardín, por ejemplo, los farolillos suelen florecer tres veces gracias a mi persistente poda, e incluso me atrevo a cortar mis aclimatados narcisos para que no se deterioren. En casa tengo varios sables, uno de ellos afilado para esta precisa tarea. Se pueden descabezar muchas flores en apenas unos instantes.

A mis amigos no les gusta esta costumbre mía, pues los priva de muchas semillas codiciadas. Las únicas plantas a las que permito llegar a la madurez son aquellas que deseo ver proliferar, como las prímulas, el ciclamen, la genciana, la incarvillea y las amapolas azules.

Walter nunca se cansaba de hablarme de cierto gran jardín cuyo noble dueño se jactaba de no poder encontrar en él ni una sola flor marchita, un ideal maravilloso que a todos nos gustaría alcanzar. No obstante, muchas veces me he preguntado cuántos empleados trabajarían en aquel jardín, y si tendría muchos macizos de violetas.

Discutíamos a menudo sobre las tareas de podar y recortar. Walter solía pasearse tijeras en mano para cortar las rosas muertas, pero nunca las recogía. Yo me quejaba porque no era el quinto jardinero del señor y mi trabajo no consistía en ir recogiendo sus despojos, pero al final siempre cedía y los limpiaba, porque no soportaba ver los parterres llenos de flores muertas. El asunto acabó convirtiéndose en una broma familiar, y Walter me indicaba encantado los diversos rincones del jardín que requerían la intervención del quinto jardinero. Cuando hacía la poda general de los rosales, procedía del mismo modo y, al oír mis protestas, siempre me explicaba que lo importante era podar bien. Cositas como recoger los desmoches podían hacerse en cualquier momento, ¡pero él nunca encontraba ninguno para esas tareas insignificantes!

Creo que muchos jardineros tendrían mejores jardines si usaran las tijeras de podar más a menudo, pues la mayoría de plantas responden bien a las podas rigurosas. Las aubrietas, por ejemplo, deben cortarse a ras de suelo a partir del momento en que muestran señales de color parduzco y tallos demasiado largos. Reaccionan tan bien a este

tratamiento que muy pronto las veremos cubiertas con nuevos brotes de hojas verdes y tupidas, y antes de darnos cuenta asistiremos a una segunda floración. Hay quien usa tijeras largas, pero yo prefiero las cortas porque permiten una poda más precisa.

Hay que recortar las jaras cuando empiecen a verse desgreñadas, eliminar las partes muertas del flox de roca y hacer podas drásticas en plantas como la jabonera y la clavelina *(Dianthus)*. El canastillo de oro puede hacer honor a su nombre latino, *Alyssum saxatilis compacta*, si se corta bien después de la floración. Aunque es difícil pensar que pueda estar satisfecho con unas pocas cepas y un aspecto mutilado de por vida, en un período sorprendentemente corto lo veremos cubierto de brotes tiernos. Si no se poda así, los tallos crecen, pesan mucho en la copa y se rompen en los nudos.

La nébeda, por su parte, agradece la poda regular. Tan pronto como la primera floración empieza a decaer un poco, corto todas las flores y quito los tallos viejos, empezando por abajo. Así, la planta se renueva desde el centro y florece de nuevo con unos vaporosos ramilletes azules. La única época del año en que no debemos ser drásticos con la nébeda es a finales de otoño. En la poda final, es importante dejar un par de centímetros de tallo, porque si cortamos a ras de suelo, en primavera no nos saludarán los nuevos brotes, sino un montón de cadáveres dignos de la más honda aflicción.

Los lirios deben podarse después de florecer, aunque algunos piensen que es un error. Los expertos coinciden en que el procedimiento correcto es dejar las hojas con unos quince centímetros una vez terminada la floración. Luego empezaremos a ver hojas muertas que habrá que arrancar y limpiar, para que no quede vegetación muerta en el suelo —ideal para acoger babosas, caracoles y demás criaturas—.

Los lirios de Argelia *(Iris unguicularis)* necesitan unos cuidados muy estrictos que, en este caso, no se limitan a la poda de todo el follaje después de la floración, sino también a cualquier amago de hoja marrón. No me gusta nada que las flores me miren a través de una maraña de hojas muertas, cual ojos azules de un anciano brillando bajo unas cejas espesas como gabejos. El lirio de Argelia se vuelve muy tupido y desaliñado cuando no es feliz. No le gusta nada que lo recojan y lo dividan —de hecho, si llega a sufrir semejante tratamiento, permanece enfurruñado durante un par de años—, pero si se le quitan todos los elementos muertos, buena parte de la planta volverá a florecer. De este modo pueden mantenerse unas proporciones razonables y, además, obtendremos una floración más abundante. Algunos de los mejores lirios de Argelia que conozco están en un jardín de Devonshire, cuyas plantas reciben tratamientos estrictos y mano tan dura que las flores siempre crecen por encima de las hojas que les quedan, ofreciendo así un bellísimo espectáculo.

Hay quien se pone sentimental sin necesidad alguna a la hora de podar. Al encontrarse una planta casi toda muerta, salvo quizá una flor, lo cual no es mucho, dejarán esa flor sola y deprimida Dios sabe por qué —no por una cuestión de belleza,

pues no se ve muy bonita—. Vale más sacrificar esa flor y hacer una buena poda de toda la planta.

En el caso de las espuelas de caballero y los altramuces, la decisión de cortar a ras de suelo o bien a la mitad depende mucho de la destreza con que hayamos sembrado. Si hay otra planta creciendo delante que no tardará en florecer, lo mejor es cortarlas a ras de suelo porque así crecerán de nuevo y obtendremos una segunda floración. En cambio, si no hay nada delante que pueda ocultar la masacre, lo mejor es cortar las espigas de las flores y dejar las hojas de momento para componer un hermoso arbusto verde, aunque no tengamos una segunda floración.

Como todas las tareas del jardín, la poda puede hacerse bien o mal. En plantas como las margaritas de Shasta o los helenios, veremos brotes laterales de los que saldrán más flores a su tiempo, por lo que los tallos deben cortarse justo por encima de los nuevos brotes. Otras especies echan nuevos brotes si quitamos los viejos de la base nada más acabar la floración. Casi todas las variedades de *Erigeron* tienen esta bella costumbre, sobre todo las Mesa Grande, Quakeress y *azureus*, así que a la hora de cortar las flores muertas, mejor arrodillarse y proceder con sumo cuidado.

Los rosales pueden podarse al tiempo que cortamos las flores. Ya que recoger un ramo para la casa y podar las flores marchitas supone el mismo esfuerzo, haremos cortes limpios e inclinados justo encima de los brotes nuevos. Hay dos escuelas con sendas filosofías bien diferenciadas en torno a la poda de los rosales: la escuela dura defiende la poda drástica y no deja mucho arbusto en la primavera, pero produce un maravilloso crecimiento posterior. La segunda filosofía consiste en no hacer poda en sí, sino limitarse a recortar las ramitas muertas. Las rosas no crecen tanto, pero eso no debe importarnos si el rosal ya tiene la medida que queremos.

Una poda sensata puede marcar la diferencia en un parterre. Si tenemos, por ejemplo, una buena mata de margaritas de Michaelmas, no es mala idea cortar la mitad en el mes de mayo hasta dejarlas a una altura de quince centímetros. Así tendremos dos floraciones, puesto que la poda retrasará la primera varias semanas, y después vendrá una segunda. Es muy habitual cortar las flores de delante para que se expandan y ocupen el lugar de las de atrás. Si hay muchos helenios altos en un mismo parterre, podemos cortar la mitad y dejar que el resto florezca en libertad. Unas margaritas de Michaelmas muy altas necesitan un buen tutorado, pero si las dejamos a unos quince centímetros cuando aún son jóvenes, nunca nos darán problemas.

Es muy fácil que los colores se mezclen mal, en cuyo caso podemos emplear las tijeras para cortar las flores que no armonicen con el conjunto, dar forma a los arbustos que crecen de manera desigual y extirpar los miembros doblados o torcidos de las plantas que les otorguen un aspecto ofensivo.

Sí, siempre es útil tener unas tijeras a mano, por eso envidio los grandes bolsillos de los hombres, que pueden llevarlas escondidas en cualquier parte.

El riego

El riego era otra de las tareas del jardín sobre la que Walter tenía convicciones muy férreas. No soportaba esa máxima según la cual «mejor no empieces a regar si no vas a hacerlo cada día». Su teoría afirmaba que quienes deben regar a diario no lo están haciendo bien: rocían un poco, humedecen el suelo y levantan un agradable olor sin llegar a las raíces. De hecho, ese proceder tienta a las raíces a ascender a la superficie para echar un trago, y luego acaban furiosas si no obtienen su dosis diaria. Si escarbamos un poco el suelo después de regar de ese modo, descubriremos que el agua apenas ha penetrado bajo la superficie.

Walter seguía un método de riego de lo más exhaustivo. Tenía mangueras larguísimas con las que llegaba a todos los rincones del jardín, lo cual le llevaba varios días si seguía sus reglas. Eso, claro está, sucedió en los días en que estaba permitido usar la manguera y no había restricciones en el abastecimiento de agua.

Toleraba un aspersor en el césped, pero le gustaba regar los parterres con un fuerte chorro de agua directo a la raíz de cada una de las plantas, que se prolongaba varios minutos.

Puedo verlo ahora mismo en un caluroso día de verano con su viejo sombrero de paja, su camisa de manga corta y el chaleco de tusor que siempre se ponía para trabajar en el jardín y jugar al golf en verano —y de paso, esconder los tirantes, pues decía que no tenía figura para llevar cinturón—. Se pasaba todo el día con la manguera, llevando el agua nutritiva a las plantas sedientas, y solo paraba algún que otro rato para comer. Siempre estuvo convencido de que ese riego exhaustivo mantenía a las plantas en buenas condiciones durante al menos dos semanas, y lo cierto es que tenía razón.

Otra teoría de la que renegaba es que no debe regarse al sol, a la cual respondía con un «mejor regar al sol que no regar», puesto que era imposible regar a su manera al atardecer. Tenía mucho cuidado de no dirigir el chorro a las hojas ni a las flores, solo a las raíces.

Mi queja en todo este asunto del riego a fondo era que siempre sacaba a la superficie la sempiterna arcilla del suelo, de modo que al día siguiente la parte superior de los parterres era una sólida capa arcillosa que se cocía bajo el sol ardiente hasta ponerse dura como el hierro. Invariablemente, Walter elegía el momento en que yo acababa de remover todo el jardín con la horca para obtener la mayor cantidad posible de tierra cultivable, y así se lo hacía saber. Su respuesta habitual era preguntarme si acaso quería que el jardín entero se muriera de sed. Entonces, claro está, después de cada riego a fondo me tocaba arrodillarme y martillear los trozos de arcilla para descomponerlos y permitir que la tierra se aireara. El verdadero desastre llegaba cuando teníamos que marcharnos a algún sitio y no me daba tiempo a terminar la operación en todo el jardín.

Desde que empezó la guerra está prohibido usar la manguera, pues parece que hay

sequía cada verano. Mantener la tierra bien aireada ayuda mucho, pues permite que el rocío penetre hasta la raíz de las plantas. Cubrirlas con mantillo también las ayuda a pasar las épocas más calurosas: hay quien prefiere el serrín o el abono para ciertos casos, pero una capa de hierbas es lo más recomendable para todos. Cuando son pocas y finas no calientan mucho, pero si pretendemos poner una capa generosa, lo mejor es dejar que se enfríen antes de esparcirlas sobre nuestras plantas favoritas. Solo tenemos que acercarnos a un haz de hierba fresca recién cortada para sentir el calor que desprende e imaginar lo que pasaría si la apilamos en capas densas alrededor de las plantas sensibles.

Algunas especies, como las frambuesas y el flox, cuyas raíces se acercan a la superficie, se secan muy rápido y agradecen mucho el reconfortante manto húmedo. Las alubias acogen bien un mantillo de unos treinta centímetros de grosor. Darles el agua que requieren para saciarse puede ser una ardua tarea, pero si inyectamos un poco en las hojas y les ponemos un generoso manto a los pies, resisten muy bien el calor.

Me gustaría poder cubrir con mantillo todo el jardín, pero como es imposible, me concentro en las plantas que espero que sigan floreciendo todo el verano. Los rosales son prioritarios, y como casi todas las rosas que tengo son de la variedad multiflora, albergo la esperanza de que conserven su esplendor en la época estival. Las clemátides, si crecen bien, tienen que mantener una familia numerosa, de modo que las cuido con esmero; también las dalias, cuyas necesidades tengo presentes, pero solo quedan una o dos supervivientes en el jardín a causa de mi empeño —quizá algo desalmado— de dejarlas cubiertas en el suelo durante el invierno.

De todos los materiales posibles para componer un mantillo, creo que el pasto y el estiércol son los mejores, pues cuando quedan enterrados siguen haciendo mucho bien a las plantas.

Además de las rosas y las clemátides, Walter sentía una gran pasión por las dalias, y mejor cuanto más grandes, más brillantes y más frescas.

Casi al tiempo de comprar la casa, compró una amplia colección a un experto, y el primer verano disfrutaron de una temporada arrinconadas ante el seto que nos separaba de la casa vecina. Por entonces, no había otro lugar donde cultivarlas, y pensé que ese sería su estupendo rinconcito de por vida: un sitio para ellas solas con el seto al fondo. Sin embargo, Walter sintió que las ninguneaba allí apartadas, en segundo plano, y cuando me dispuse a plantar mi jardín en terrazas, me indicó que dejara un buen espacio para las dalias.

Por desgracia, ninguna de ellas venía con etiqueta, por lo que no sabía de qué color eran. Walter declaró que el color no importaba, pues todas eran maravillosas. Yo pensaba de otro modo, pero no fui lo bastante perspicaz como para inventarme un sistema de etiquetado. Lo intenté, pero en el proceso de recoger los bulbos, lavar los bulbos, secar los bulbos, espolvorear los bulbos con sulfuro y por fin enterrar los bulbos en cajas de cenizas, la posibilidad de que la etiqueta se mantuviera adherida a ellos era muy remota. La consecuencia de todo ese proceso fue que, al crecer, surgieron grandes amasijos de colores equivocados en mis esquemas planeados al dedillo, lo cual no les granjeó precisamente mi simpatía. Formaban la colección más escandalosa que he visto en mi vida; eran dalias de circo, como no me cansaba de repetir a mi marido.

Cuando empezamos a cultivar el jardín, lo único que Walter me permitía era contemplar el magnífico ritual de plantación de dalias —para futuras referencias—. Creo que al final también me dejó llevar y traer carretillas de abono y bidones de agua, pero no confiaba en mí para nada más. Años después, cuando ya no podía realizar las tareas más pesadas, yo me encargué de la plantación, pero él se quedaba a mi lado sin perder ripio, para comprobar que seguía sus reglas al pie de la letra.

Los dos días anuales en que cerraba la Bolsa inglesa, el 1 de mayo y el 1 de noviembre, fueron los elegidos para las ceremonias de plantación y recogida de las dalias.

Primero, Walter cavaba un hoyo bien ancho y profundo. Le traía sin cuidado si para ello pisoteaba mis plantas o las asfixiaba arrojándoles montones de tierra encima, así que empecé a dejar un buen radio de protección en el que renuncié a sembrar nada. Una vez cavado el hoyo, dejaba caer una generosa cucharada de abono en el fondo y lo cubría de tierra. El siguiente paso consistía en clavar un enorme tutor que ayudara a sostener el exuberante crecimiento de la planta y, a continuación, Walter enterraba el bulbo en el hoyo con gran reverencia, acurrucándolo junto al tutor para facilitarle las cosas en su próxima vida.

Entonces tamizaba un poco de tierra «de lujo» —y con ello me refiero a un buen

abono o una buena mezcla para macetas— alrededor del bulbo y luego le echaba una parte —no toda— de la tierra excavada. En lugar de taparlo para rematar bien la tarea, tenía que dejar una especie de palanganas que atrapaban la humedad del aire o de la regadera. De nada me servía decirle que aquello parecía como si el gato se hubiera entretenido escarbando, y el aspecto de mi parterre no importaba en absoluto, siempre y cuando la dalia gozara de todas las comodidades humanamente posibles. Una vez que Walter terminaba y se marchaba, yo me quedaba por ahí quitando la tierra sobrante que se amontonaba después de cada plantación, y aunque ganas no me faltaban, nunca me atreví a devolverla a su hoyo. Hay cosas que son sagradas.

Regar las dalias era una de las supuestas tareas de las que debía encargarme y a menudo eludía. Cada vez que Walter me veía con una regadera en la mano, refrescando a alguna criatura suelta o bien preparando la siembra, yo sabía que me aguardaba un «¿Vas a regar las dalias?». Me temo que al final me acostumbré a regar en su ausencia. No me habría importado de haber sido un poco de agua, pero había que verter nada menos que una regadera entera —muy despacio— en cada uno de aquellos espantosos hoyos, cuando esa misma medida de agua servía para dar una nueva vida a muchos de mis pequeños tesoros.

A veces, incluso la estaca más recia acababa como una caña quebrada y las bajas llenaban la casa de pesadumbre. Hoy en día, gracias a Dios, apenas se ven ya esas dalias altas y carnosas con flores como platos de sopa, tan pesadas que apenas pueden sostener la cabeza. Me alegra que los gustos actuales se decanten por dalias más pequeñas, menos exuberantes, más fáciles de cultivar y, sobre todo, de incorporar a un jardín corriente para crear un efecto agradable.

El problema, en mi caso, se ha solucionado porque nunca se me dio muy bien conservar los bulbos en invierno. A diferencia de los lugareños, cuyo lugar favorito para guardarlos es el cuarto de invitados, yo solo tengo cobertizos, todos ellos fríos y expuestos a las corrientes de aire. Un invernadero también es un buen lugar para conservarlos, pero tampoco tengo invernadero, y por mucho cuidado que ponía en envolverlos en montañas de paja, el frío siempre los pillaba desprevenidos y fueron menguando poco a poco, invierno tras invierno, hasta que me quedaron dos únicos bulbos rojos muy corrientes, uno doble y uno común, que ahora dejo enterrados durante todo el invierno. Florecen año tras año, y siempre me alegra verlos de nuevo.

Como jardinera, fui un calvario para mi marido, y ahora, en retrospectiva, me maravillo de la paciencia que tuvo conmigo. Él quería que me concentrara en cosas sencillas como los altramuces y las espuelas de caballero, y no en extravagancias con las que, según él, no obtendría ninguna gratificación. Mostraba escaso interés por las plantas insignificantes con las que a mí me gustaba experimentar y, cuando las descubría, me exigía que le devolviera el dinero que me habían costado. La única manera de evitarlo era fingir que yo no compraba plantas y que todas las novedades que aparecían en el jardín eran un regalo. No es que le importara mucho el dinero, sino que, como yo no cuidaba bien las plantas —es decir, no regaba las dalias lo bastante a menudo—, era una tontería seguir llenando el jardín con ellas.

Todos los jardineros experimentan fascinación por lo desconocido, y cuando ya tienen una serie de plantas que crecen bien, surge la tentación de atreverse con algo distinto. Esa es una faceta muy emocionante de cultivar un jardín, que mi marido nunca compartió. Cuando me veía enfrascada en los catálogos noche tras noche, fingía no darse cuenta, pero cuando yo trataba de abordar al cartero con discreción cada vez que esperaba un paquete para el jardín, siempre se enteraba.

En general, yo estaba de acuerdo en que era absurdo tratar de cultivar plantas que no sentían ningún aprecio por mí —y me lo demostraban sin ambages—, sobre todo si el suelo no era el más adecuado para ellas. No obstante, hay algunas de naturaleza caprichosa e impredecible que supone todo un reto cultivar. Una de ellas es la capuchina de llama (*Tropaeolum speciosum*, en su nombre científico). Sabía muy bien que podía crecer en esta parte del mundo porque la había visto trepando sin reparos en los jardines de varios amigos, pero a mí no me crecía aunque lo intenté en una docena de lugares distintos y le di todo lo que creí que podría gustarle. La planté cerca del muro y el seto de la cara norte para que pudiera abrirse camino hacia el sol, y me esforcé cavando grandes hoyos para recibirla que luego rellenaba con una mezcla de turba y tierra fértil. A veces ella sacaba la cabeza para decidir si le gustaba el mundo, decidía que no y volvía a hundirse enfurruñada. Casi nunca se molestaba en mostrar alguna hojita. Una sola vez sucumbió a mis insinuaciones, pero ¡ay!, tuvo la temeridad de elegir como sostén uno de los queridos rosales exploradores de Walter, y justo cuando estaba lista para abrir sus vívidas flores escarlatas, mi marido decidió podar el rosal y mi enredadera desapareció. Aunque a día de hoy sigo luchando, nunca más he vuelto a conseguir una señal de cooperación como aquella. Hay un par de lugares donde asoma casi todos los años, aunque no es raro que falte a la cita y desaparezca durante una o dos temporadas. En ciertas ocasiones, llega a echar alguna que otra exigua florecilla a finales de la estación, pero, desde luego, no pone el alma en ello. El rincón donde mejor crece ahora es una ladera orientada al este de tierra arcillosa y pesada donde también crece un arbusto

doble de aulaga. He visto cómo la capuchina intentaba trepar a la copa del arbusto en varias ocasiones, sin ningún éxito reseñable.

Otra de las plantas que he probado a cultivar varias veces —con distinta suerte— es la espuela de caballero roja *(Delphinium nudicaule)*. Una vez me tomó tanto cariño que llegó a producir unos brotes gruesos y muy buenos, que me detenía a contemplar emocionada a diario hasta que un día, para mi desgracia, la vi decapitada. Walter había confundido los brotes con vainas de semillas y los arrancó. Cuando clamé airada contra aquel crimen, el único comentario que recibí fue que había sido sin querer, y que más me valdría limitarme a las espuelas de caballero de toda la vida.

Nunca llegué a descubrir si trataba de enseñarme a olvidar la jardinería experimental mientras aprendía a cultivar las plantas corrientes como es debido. Yo suponía que esos lamentables incidentes no eran intencionados, pero puede que formaran parte de la campaña.

Otra cosa sobre la que nunca estuvimos de acuerdo concernía a mi voluntad de tener flores todo el año en el jardín. Él estaba convencido de que lo importante era tener un buen jardín de verano, pues solo en esa época se disfruta de verdad. Rara vez asomaba la nariz durante el invierno, y tenía la impresión de que llenar el jardín de plantas que florecían muy pronto o muy tarde suponía quitar un espacio vital para el despampanante espectáculo veraniego. Sé que muchos piensan lo mismo, y si me marchara a Escocia cada mes de agosto, podría consagrarme a las flores de primavera y principios de verano; o si me fuera de vacaciones en primavera, podría centrarme en la temporada de junio y julio para dar todo su esplendor al jardín. En realidad, desde que empecé a cultivar este lugar he dado muchas vueltas al asunto y le he dedicado dos capítulos de este libro,[2] pero en aquella época, Walter creyó que yo estaba intentando algo imposible y, en aras de su tranquilidad, tuve que apiñar tantas flores estivales y ostentosas en los parterres como pude. Aun así, traté de prolongar la temporada plantando lo máximo posible en los muros y entre las piedras, de modo que a principios de año aparecían los primeros alisos, arabis, aubrietas y saxífragas como una espuma por los caminos y los escalones. Para el despliegue de otoño, las margaritas de Michaelmas obtuvieron el visto bueno, pero se me instó a no permitir que demasiadas flores amarillas se colaran en el jardín otoñal. Para Walter siempre había demasiado amarillo en primavera y en otoño, y siempre nos esforzábamos por poner más rojo y fuego en esas estaciones.

En otoño, la solución más obvia eran los gladiolos, pero los encontrábamos poco agraciados. Lo mejor, desde luego, es cultivarlos en el huerto para luego cortarlos, porque cuando traté de ponerlos en un parterre mixto con otras flores me di cuenta de que eran demasiado rígidos para mezclarse con gracia. A Walter se le ocurrió plantarlos entre los rosales para que acapararan el interés del sitio cuando las rosas se acabaran, con una capa de alisos blancos o violetas en el suelo. Sin embargo, la idea tampoco cuajó, de modo que acabamos desterrando los gladiolos de nuestro jardín.

Desde el principio nos esforzamos en mejorar la calidad de nuestra penosa tierra de arcilla. Encendimos incontables hogueras, y luego Walter siempre intentaba que yo esparciera las cenizas por el jardín antes de que la lluvia se llevara parte de sus bondades. Yo no veía la necesidad de semejante ritual; siempre tenía algo más importante que hacer y solía pasar una semana antes de que me dignara a pulular con las cenizas entre los parterres. Ahora, por supuesto, soy una defensora tan ferviente de las cenizas como Walter cuando vivía. Todas las que consigo de la lumbre las esparzo de inmediato por las plantas, sobre todo entre las aficionadas a la potasa como las magnolias y los lirios. También echo unas pocas a las frambuesas, doy su ración a los manzanos en invierno y, cuando me animaba a cultivar patatas y tomates, estos las recibían como agua de mayo. Para distribuirlas de manera uniforme, ahora las incorporo al abono casero que fabrico.

Todo el mundo tiene una teoría sobre el abono casero. Yo saqué mi receta de un libro estadounidense y creo que funciona muy bien. Pongo todo los restos vegetales en un montón para que vayan descomponiéndose poco a poco. No utilizo maleza ni material de hoja perenne, pero todo lo demás —incluidos los desechos de la cocina, el césped cortado, grandes montañas de nébeda, aubrieta, margaritas de Michaelmas y toda clase de restos herbáceos— va a parar al montón. Guardo los desechos de la cocina en un pote de barro —conocido como «la sima»— que está en el alféizar de la ventana detrás del fregadero, donde acumulo las hojas de té, las peladuras de las manzanas, las pieles de cebolla y los posos del café. También las cáscaras de huevo machacadas acaban ahí. Walter armó un gran alboroto a causa de ello: las odiaba tanto que no entendía cómo yo podía guardarlas, cuando por unos cuantos peniques teníamos un montón de cal. Sin embargo, yo creo que mis plantas disfrutan con una dieta sana y en modo alguno les negaría esos pedacitos, que trituraba muy finos para que pasaran desapercibidos ante la mirada del señor. Durante una visita a los Jardines de Kew reparé en los grandes montículos de café que había por todas partes, por lo que estoy segura de mi proceder; en cuanto a las hojas de té, solo hay que ver lo que ocurre al vaciar una tetera sobre una planta marchita. He conocido árboles y arbustos resucitados gracias al té y las hojas de té que se les administraban después de cada comida, y estoy segura de que una de las razones de que las azucenas prosperen en muchos jardines y no en el nuestro se debe a las raciones de té, agua de fregar y otras cosas buenas que se les ofrecen a diario. A mí no me gusta arrojar las hojas de té sobre los macizos de flores porque queda muy feo, pero sí que las uso, junto con el té sobrante, para hacer abono. Es un líquido muy eficaz y, de hecho, necesario, puesto que, cuando el tiempo es muy seco, el abono necesita agua en abundancia para acelerar la descomposición.

Dejo el montón hasta que adquiere un tono parduzco, luego lo combino con otros

ingredientes y lo dejo reposar de nuevo durante un tiempo más o menos largo según la velocidad de descomposición y la provisión de los materiales. A día de hoy he acumulado tantas reservas que preparo el montón definitivo en invierno, y al otoño siguiente tengo una provisión enorme de alimento con que enriquecer el jardín.

Dispongo el montón final en cuatro capas que se repiten hasta agotar las existencias de materia prima. La primera, bien generosa, está formada por mi abono descompuesto, después viene una de estiércol de igual grosor, luego se cubre con otra de tierra sobre la que se espolvorean densas cenizas de madera. Hay que insertar tubos en vertical a intervalos regulares para que el montón esté bien ventilado. Me gusta usar estiércol reciente, que conserva más el calor, porque este mata las semillas de maleza que puedan estar acechando al abono. Como mi tierra es arcillosa y muy pesada, apenas cambia a lo largo del año que permanece en el montón: es una masa tan sólida y pastosa como un mazapán navideño. Por eso ahora uso arena en lugar de tierra, y remato las capas superpuestas con una de hierbas arrancadas del huerto. Al volcar el montón, las hierbas mantienen el calor y este hace su trabajo a fondo. También puede emplearse serrín viejo en lugar de arena, siempre y cuando esté muy gastado.

Como nadie podría decir que un montón de abono es bonito, escondo el mío en un lugar discreto, un pequeño recinto rodeado, como ya he explicado más arriba, por nuestra amiga *Lonicera nitida*. Más allá, otro recinto esconde un hoyo profundo donde guardo hojas de roble y haya para obtener mantillo y dos montones, uno de turba y otro de estiércol.

Para evitar que la sustancia del abono se filtrara en el suelo mientras lo dejo ahí guardado, puse cemento. No es un suelo nivelado, sino que traza una leve pendiente, y por la parte más baja tiene unos treinta centímetros de cemento —en realidad, unos bloques de hormigón—. Ambos recintos están situados sobre una acequia, por lo que me resultó muy fácil construir tres pequeños conductos de drenaje. Todo el líquido que rezuman los montones —muy rico en purines— va a parar a unos receptáculos que lo almacenan, por lo que siempre dispongo de abono líquido, un acicate tan pegajoso como magnífico para las plantas que están a punto de florecer. En verano, el maíz dulce es un afortunado destinatario de esta dádiva.

Según una teoría, si el abono se compone sobre una base de cemento, las lombrices de tierra desaparecen. Yo no sé de dónde vienen, pero lo cierto es que mi abono está lleno de lombrices rosas y muy animadas, así que puedo asegurar que tener una base limpia no me ha privado de esas pequeñas y afanosas trabajadoras subterráneas.

Poco a poco, la tierra del jardín se ha vuelto más fácil de cultivar. Cuando llegamos a la casa, solo había un pequeño trozo de terreno de calidad que, según me dijeron, era justo donde un antiguo panadero que tenía el horno en la casa arrojaba las cenizas de la leña con la que cocía el pan. Además de las cenizas, ese trozo de terreno también debe de haber tenido mucho carbón, comparado con el resto del jardín.

Walter siempre me daba envidia cuando me contaba las maravillas del suelo de su jardín en Sydenham. Después de unos años trabajándolo, era un terreno muy fértil y oscuro donde las plantas, al verse acogidas, no podían sino dar lo mejor de sí mismas. Yo comparaba mi arcilla amarillenta con el suelo de otros jardines que llevaban muchos años siendo jardines y me preguntaba cómo podía florecer allí lo que fuera. Lo cierto es que florecía, y desde el principio obtuve resultados muy sorprendentes, antes de convertirme en una jardinera quisquillosa e incapaz de desatender su jardín ni un momento.

El primer verano vino a visitarnos una de mis hermanas y al ver flores en ese páramo estéril, despachó el milagro frívolamente: «Será por la buena tierra y por la suerte del principiante». Lo primero no era cierto, lo segundo sí. Desde luego, incluso el barro húmedo encierra su poquito de bondad, y podemos extraer resultados sorprendentes de un suelo virgen, pero para ello debemos darle todo cuanto queremos que nos devuelva. Esta perogrullada puede aplicarse tanto desde una perspectiva física como mental. La jardinería, como todo en la vida, nos devuelve lo que le damos. Nadie puede hacer un jardín comprando un paquete de semillas y dedicando una tarde a arrancar las malas hierbas. Debemos poner todo nuestro amor en él, y entonces, como todo jardinero sabe muy bien, ese amor se verá recompensado mil veces.

Siempre he pensado que mi familia ha sido muy comprensiva conmigo. Antes de casarme, jamás me acercaba al jardín. Cada fin de semana, cuando mis hermanas salían a trabajar en el jardín de nuestra casa cual peones de obra, yo me iba de excursión en bicicleta y jugaba al golf. Me divertía soltando comentarios mordaces sobre los jardineros, sobre lo tontos que eran por estar siempre trabajando y no disfrutar de sus jardines, porque ¿de qué servía tener un hermoso jardín si no había tiempo para sentarse a disfrutarlo? Nunca olvidaré aquella vez que fui a pasar unos días con mis primos de Cheshire, en una época del año que ellos llaman verano pero en la que hace un frío inequívoco. Un domingo después de comer nos pusimos el abrigo y salimos al jardín con unos libros y unas tumbonas. Cuando me estaba quedando adormilada, abrí un ojo y vi a mi prima escabullirse del grupo para atacar un alejado parterre de flores, horca en mano y con ademán vigoroso, y pensé que se había vuelto loca. En realidad, la loca era yo. Ahora sé que el verdadero placer del jardín está en el trabajo, y que a un jardinero le resulta muy difícil sentarse a disfrutar contemplando el panorama sin reparar en las tareas pendientes. Y me pregunto cómo es que ninguno de los esforzados jardineros de mi familia me clavó la horca durante los oscuros años de mi ignorancia.

Me llevó casi un año deshacerme de los rosales tutorados que invadían mis jardines en terraza. En septiembre de 1939, con el inicio de la guerra, alquilamos la casa y nos fuimos a vivir a Londres. Walter empezó a trabajar como asesor de prensa en el Departamento de Censura y yo como su secretaria hasta junio de 1940, cuando regresamos a nuestro jardín.

Creo que verlo en el estado en que se hallaba supuso una conmoción tanto para Walter como para mí. Nuestros inquilinos estaban muy ocupados cuidando de su familia en tiempos de guerra, de modo que se habían limitado a las tareas esenciales como cortar el césped, sin ejercer ninguna clase de control o moderación sobre el jardín de flores, que se había convertido en una jungla tropical. Los rosales, olvidando que estaban constreñidos a trepar por los tutores, lanzaban sus antenas a derecha e izquierda. Unas atractivas pero invasoras margaritas de Michaelmas ocupaban todo el jardín. Se trata, es cierto, de una especie muy engañosa. En la superficie, sus blancas flores, finas y ligeras, son la compañía ideal para otras flores más rígidas como las zinnias y las dalias, pero bajo tierra, las raíces corren de aquí para allá como hormigas en un hormiguero. Se arrojan a las matas de otras especies, se entrelazan con los guijarros y los adoquines y se cubren con una infinidad de raicillas peludas que arraigan por todas partes. Mi pobre jardín era una masa oscilante de maleza. Todo lo alto se había hecho más alto, nada estaba tutorado y la casa baja se vislumbraba a lo lejos, enterrada bajo la crecida maraña.

Volver a poner orden en el jardín solo era una cuestión de tiempo y crueldad extrema, pero una vez impuestos ambos, las resentidas rosas, atadas a sus cañas, descargaron su venganza sobre mí con sus garras venenosas. Parecían más altas y desproporcionadas que nunca.

Al final, fue Malcolm Keen quien se deshizo de ellas. Empezó su campaña preguntándome si alguna vez había pensado en solicitar asesoramiento personal de algún estudio de diseñadores paisajistas. Respondí con extrema altivez que ni lo había pensado ni tenía intención alguna de hacerlo, y el asunto quedó zanjado, pero, al cabo de unos días, volvió al ataque. Eligió un momento en que Walter estaba presente y empezó soltando una disertación sobre jardines en general y jardines isabelinos en particular. Tal y como pretendía, muy pronto captó el interés de Walter y pudo ampliar el tema de debate. El resultado fue que un feliz y victorioso día los rosales y sus horrendos palos abandonaron de repente mi jardín para establecerse junto a los altos muros que rodean la casa. En su lugar se instalaron unos pequeños y bien formados cipreses *(Chamaecyparis lawsoniana fletcheri)*.

La mejora fue sorprendente y nunca dejo de maravillarme ante el efecto creado. Son lo bastante altos y distinguidos como para marcar la curva del camino que serpentea

hacia el huertecito de arriba, y gracias a una poda sensata se han mantenido a la altura que fijamos en un principio. El vivero que nos suministró los ejemplares se encarga de ello cada mes de agosto: vienen a cortar la parte superior del tronco principal cuando es necesario y recortan la copa para conservar la forma de flanes puntiagudos de los cipreses. Su follaje gris verdoso contrasta muy bien con las flores de los parterres y creo que, agregando un poco de arena y turba al suelo alrededor, el ciclamen, que es muy resistente, queda magnífico al amparo de las ramas colgantes.

Esos pequeños árboles han supuesto una diferencia asombrosa y me han llevado a la conclusión de que es necesario incluir especies de árboles o arbustos perennes en cualquier proyecto de jardín. Si optamos por un jardín formal, este requerirá ciertos arbustos bien recortados. Ahora, a ambos lados de los empinados escalones que conducen al jardín superior, un par de tejos irlandeses otorgan sentido y énfasis al conjunto, un arbusto perenne reviste un rincón incómodo y, cuando no es posible enseñar a las trepadoras a subir por un muro, se plantan unas buenas coníferas para que erijan sus siluetas contra la piedra desnuda. Hace años visité la Universidad de Princeton y lo único que recuerdo de todos aquellos edificios es el acierto con que estaban dispuestos los árboles, cuyas hojas destacaban la belleza de cada construcción.

La mayoría de las rocallas se ven más bonitas si jugamos bien con las coníferas enanas, de crecimiento lento, y disponemos especies sólidas y sustanciales en los parterres que ayuden a definir el paisaje cuando no hay flores. Tengo varias plantas perennes alineadas contra el muro alto y largo de la entrada, incluidos un evónimo abigarrado y un naranjo de México *(Choisya ternata)*, que dan un toque verde muy reconfortante cuando el paisaje está desnudo.

Los setos provocan un efecto parecido, y un jardín con una estructura de ese tipo podrá conservar su carácter en todas las épocas del año gracias a esta clase de recursos.

Al plantar arbustos y árboles perennes, es importante recordar el tamaño que alcanzarán de adultos. Cuando veo un jardín pequeño y nuevo inundado de arbustos que, con el tiempo, serán árboles enormes, me estremezco al imaginar el bosque impenetrable en que se convertirá todo aquello. Hace poco vi unos cedros de Monterrey plantados a escasos metros de un minúsculo jardín, no como un seto sino como árboles individuales. Cuando a estos cedros se les permite crecer sin restricciones, se convierten en árboles gigantescos, con unos troncos que, en la vejez, pueden alcanzar los veinte metros de altura. Por lo general, como los vemos formando un seto, rara vez viven lo bastante como para hacerse muy grandes.

Errores que cometimos

En nuestros empeños por que el jardín fuera más atractivo, cometimos todos los errores posibles, y ahora me fastidia pensar en la cantidad de horas empleadas en deshacer los frutos de nuestro trabajo previo.

Desde el principio nos propusimos crear vistas en todo el jardín, estampas que le otorgaran interés y enjundia. En un jardín pequeño es difícil crear un efecto sorpresa, algo inesperado. Por el contrario, un jardín grande ofrece un margen de acción muy amplio, con setos, muros, distintos niveles y espacios. Todos conocemos jardines que, pese a los esfuerzos de sus cuidadores, carecen de personalidad propia. Nosotros queríamos dar matices insinuantes al nuestro, porque así como una casa siempre debería provocarnos un destello de emoción que incite a explorar, un jardín debe ser un lugar que nos conduzca de un sitio a otro. No tiene que exhibirlo todo a la vez, sino insinuar para que nos preguntemos por lo que surgirá al doblar ese recodo.

Nuestro jardín tenía dos muros que nos separaban del huerto, y redujimos el más alto a fin de que el huerto fuera más accesible. Entonces, para integrarlo aún más en el jardín, a Walter se le ocurrió la idea de hacer un camino hasta el final. Una vez terminado, declaró que debía seguir, y sugirió hacer un pequeño jardín empedrado con un banco.

Así, trajimos unas cuantas carretillas de guijarros para empedrar un patio redondo rodeado de un muro bajo detrás y a los lados. Siguiendo instrucciones, sembré un macizo de plantas altas y perennes detrás del muro. Aunque tomaba el pelo a Walter llamando a aquel rincón su «santuario» o su «gruta», me esforcé en disponerlo tal y como él lo creía necesario. Durante mucho tiempo, me dediqué a comprar narcisos baratos para aclimatarlos bajo el manzano, para que lucieran bonitos en primavera, cuando el tiempo invitara a recorrer el largo camino y sentarse en el banco de piedra al final.

Sin embargo, nunca llegamos a construir el banco, y muy pronto el santuario pasó a llamarse «el disparate», porque no tardamos en descubrir que nos faltaba mano de obra para mantener aquel camino que atravesaba el huerto lleno de maleza enmarañada, y nuestro patético jardincito empedrado estaba fuera de lugar. Entonces recibí instrucciones para desmantelarlo y, con el paso del tiempo, todas esas piedras colocadas con sumo cuidado se vieron arrastradas a otros rincones para diversos usos.

Una acequia marcaba el límite entre nuestro huerto y el vecino, y reclamé una parte, la más cercana a la antigua maltería, para hacer un pequeño jardín de lirios. Ese proyecto tampoco llegó a buen puerto porque, en realidad, era un lugar demasiado sombrío como para que los lirios se calentaran en verano, de modo que florecían sin el debido entusiasmo. No obstante, el amago dio a Walter otra idea: si pudiéramos adueñarnos de toda la acequia, yo me encargaría de hacer un jardín acuático. Así, compramos una franja del huerto vecino y, con ella, adquirimos un montón de

manzanos, la acequia entera y la posibilidad de componer un jardín silvestre.

Ahora, en lugar de una acequia, teníamos una cerca como límite de nuestro terreno, y Walter me sugirió que plantara un seto que nos resguardara del huerto vecino y los altos árboles perennes que teníamos delante. El seto fue muy fácil de poner, solo unos cuantos esquejes de *Lonicera nitida* a intervalos regulares, y completé el rincón con algunas de las plantas que poblaban el santuario abandonado.

También fue una idea estúpida. Los huertos y los jardines florales no pueden ni deben combinarse. Era imposible mantener el macizo de flores libre de la maleza del huerto, y muy pronto las plantas perennes se vieron invadidas de ortigas, grama y acederas. Así, desenterré las sufridas flores una vez más y devolví el parterre al huerto, que era su legítimo dueño.

Seguí plantando narcisos bajo los manzanos, comprando paquetes baratos cuando podía y recogiendo y dividiendo los que ya habían salido. Fueron una alegría inmensa, porque los narcisos, sin duda, como mejor lucen es meciendo la cabeza entre las altas hierbas. Aun así, al final también los quitamos, pues cuando surgió el problema de tener que ir hasta allí para cortar el césped, nos rendimos una vez más ante la falta de mano de obra. Teníamos un cortacésped de motor, pero a nadie dispuesto a usarlo. Pedimos a algunos granjeros del pueblo que nos cortaran el césped con sus segadoras a cambio de heno, pero el huerto estaba en el antiguo gallinero y el terreno era tan desigual que causaba estragos entre las cuchillas. Se imponía vallar el huerto y dejarlo para pasto, y eso fue lo que hicimos. Las vacas no comen narcisos si tienen cualquier otra cosa a mano, pero los pisotean de una forma desgarradora, así que la mitad de los capullos nunca tuvieron la oportunidad de abrirse. No quedaba más remedio que desenterrarlos y trasplantarlos a otros rincones del jardín. Incluso de haber podido resolver el problema de la siega para dejar que la hierba se convirtiera en heno, la idea no habría funcionado: si quitamos toda la hierba, debemos dar a los árboles algo a cambio para que se nutran. Así, la manera más natural de hacerlo es acogiendo a las vacas o las ovejas en el terreno, que mantienen la hierba baja y dejan preciosas ofrendas de agradecimiento.

Un día descubrimos por casualidad un bonito muro de piedra que rodeaba el huerto en un extremo, completamente oculto por una ladera. El huerto estaba situado más de un metro por encima de esa parte de la calle, y durante muchos años la tierra había invadido un buen tramo de carretera.

La ladera que rodeaba el huerto estaba en unas condiciones lamentables, llena de zarzas, acederas, ortigas y espinas. Nadie se había preocupado por ella durante muchos años. Comparada con nuestro pequeño y cuidado seto de haya en la parte de arriba, parecía incluso peor de lo que era. Walter y yo estuvimos de acuerdo en que el muro expuesto quedaría muy bonito si pudiéramos limpiar la ladera, nivelarla y plantarla de valeriana. El problema, claro está, era la mano de obra. Walter y el jardinero estaban ocupados en otros asuntos, y se consideró que la tarea sobrepasaba mis fuerzas.

Sin embargo, al final lo conseguí gracias a una de mis hermanas, que vino a pasar las vacaciones como enviada de la providencia y me ayudó a desbrozar la ladera. Pasamos ratos fantásticos porque, además de la maleza común, había grandes cantidades de enredaderas. Ambas llegamos a la conclusión de que no hay mejor deporte en el mundo que despejar un terreno de enredaderas; ni punto de comparación con el golf o la pesca. Rastrear los orígenes de esta obstinada Judas y arrancarla sin dejar el menor pedacito requiere destreza y paciencia; la recompensa es una carretilla repleta de blancas raíces obscenas y retorcidas y la alegría que supone quemarlas.

Pasé varias semanas de un lado a otro, llevando carretilladas de tierra que extraía de un extremo del muro para arreglar la ladera en el otro. Con el tiempo, la ladera bien perfilada quedó a la altura del limpio y cohibido muro, y pude dedicarme al embellecimiento de ambos. Pusimos centenares de plántulas de valeriana en la ladera y en el muro. Durante un par de años, las de la ladera florecieron y se multiplicaron, como una alfombra resplandeciente en tonos blancos, carmesíes y toda la gama de rosas. Sin embargo, al cabo de un tiempo empezaron a desaparecer y hoy ya casi no queda ninguna. Nunca pudimos esclarecer las razones de tal desaparición —a menos que encontraran la tierra que extraje del muro demasiado rica—.

Walter y yo nos llevamos un disgusto, pues ambos sentíamos una gran admiración por los terraplenes ferroviarios de la zona, revestidos de luminosas valerianas. En cuanto a las plántulas del muro, nunca miraron atrás para tomar ejemplo y muy pronto se convirtieron en plantas gigantes que criaron familias enormes. Cada año quitaba miles de brotes del jardín y los plantaba en la ladera con la esperanza de que crecieran, hasta que me di cuenta de que era una pérdida de tiempo, así que ahora me limito a tirarlos. En lugar de las valerianas, tengo plantados bulbos de narcisos sueltos, algún que otro grupito de jacintos azules y gladiolos salvajes de color magenta *(Gladiolus byzantinus)*; los cuales, por supuesto, no revisten la ladera de color durante todo el año, como hacía la valeriana.

Nos esforzamos mucho por mantener los márgenes de césped alrededor de la casa bien cuidados y cortados para comprobar, una vez más, que la agricultura y la jardinería no deben mezclarse. Las vacas pasaban dos veces al día por ahí, ¿y quién podía culparlas por preferir la suave hierba al duro asfalto de la carretera? Cuando el tiempo era húmedo, dejaban la orilla como una ciénaga, y los tractores que se detenían al otro lado causaban más o menos los mismos estragos. Seguimos pasando el cortacésped cerca de la puerta y debajo de los muros, pero no muy a menudo porque no merecía la pena.

En otra ocasión, Walter sintió la necesidad de mejorar las vistas de la ventana del comedor. Al otro lado de la carretera había un tosco triángulo de hierba descuidado y lleno de ortigas, y se propuso desbrozarlo, nivelarlo y dejarlo bien limpio. Pasamos mucho tiempo enfrascados en la tarea y todavía quedan en pie algunas de las valerianas que me ordenó plantar, pero, una vez más, acabamos dándonos cuenta de que era un

propósito disparatado. En efecto, el terreno pertenecía a perros, niños, vehículos agrícolas, gallinas vagabundas y un sinfín de gatos, y luego también a un poste de teléfonos y una cabina. No teníamos ningún derecho a interferir en los hábitos de todos ellos; después de todo, los intrusos éramos nosotros. Todo aquel que viva en una comunidad rural debe aprender cuanto antes que la labranza está por encima de todo lo demás, y ahora me sonrojo al pensar en lo que pretendíamos. El pueblo pertenece a las vacas y a los tractores, y nadie puede tratar de convertirlo en un parque londinense.

Ahora bien, pese a que nosotros no tuvimos mucho éxito a la hora de llevar nuestro jardín a la carretera, admiro a quienes lo han conseguido. Sí, durante mis viajes y excursiones paso por delante de algunas casas ante las que no puedo menos que detenerme llena de admiración. En ellas, la hierba siempre está bien cortada y exhibe unos bordes definidos, a diferencia de otras que muestran un aspecto desaliñado de puertas afuera, con el suelo lleno de ortigas, hierbajos enmarañados o zarzas que surgen del fondo de sus muros.

Cuando compramos la casa, la acequia que hacía las veces de linde siempre estaba llena de agua, y compramos una franja del huerto vecino con la idea de hacer un jardín silvestre por donde el agua corriera en libertad. Para ello, debíamos domeñar las laderas de ambos lados y plantarlas, dejando los sauces tal y como estaban cuando la acequia tenía una mera función utilitaria. Una vez más, nos llevamos una gran decepción, porque en cuanto ensanchamos el fondo de la acequia y lo llenamos de guijarros para crear pequeños estanques y cascadas, el agua desapareció. Nunca averiguamos la razón de esa pérdida, ya que ambos huertos desembocaban en la acequia y en esta parte del mundo nunca escasean las lluvias. Lo único que se nos ocurrió fue que tal vez habían excavado un nuevo pozo en alguna parte del vecindario. El caso es que nos quedamos sin acequia, y ahora el agua solo corre después de una lluvia intensa y poco habitual.

Mis amigos están más preocupados que yo por la desaparición del regato, creen que un día resurgirá como por milagro y me preguntan por él a menudo. Lo cierto es que la ausencia de agua facilita el trabajo en la zanja vacía, donde paso bastante tiempo. Ahora, la ladera este se ha transformado en una serie de cavidades con trozos de piedra de Somerset donde cultivo mis prímulas y alguna que otra rosa multiflora. En la ladera opuesta, una mitad del espacio está consagrado a las fresas alpinas, mientras que de la otra extraje toda la arcilla para hacer una turbera. Aunque es un alivio no tener que preocuparme por las botas de goma cuando trabajo en esa parte, debo admitir que me gustaría tener un arroyo en algún rincón del jardín. El agua siempre es una agradable compañía, y por mucho que mis prímulas japonesas prosperen bajo los árboles en un suelo con bastante humus, no pueden compararse con el maravilloso efecto de las que se cultivan junto al agua.

En la parte trasera de la maltería, el límite original formaba unos ángulos rectos muy bruscos con el fin de que el agua corriera hasta el fondo del jardín. Un sauce crecía retorciéndose sobre lo que tenía que haber sido agua, y parecía un rincón ideal para construir algo con piedra. Así, cavamos unas terrazas y construimos unos escalones bajos hasta el arroyo, y al otro lado hicimos un patio empedrado con unos escalones empinados que subían al huerto. Al doblar el recodo, quitamos un buen montón de arcilla e hicimos un ancho sendero con piedra típica de aquí.

Plantamos prímulas, lirios japoneses *(Iris ensata)* y amapolas azules del Himalaya *(Meconopsis betonicifolia)* con la intención de verlas crecer en el muro que rodeaba el jardín de arriba, y por el lado del huerto puse unas grandes piedras en la ladera empinada donde planté fucsia de California *(Zauschneria)*, azucenas amarillas *(Sternbergia)*, jaras y androselas. Walter pasó mucho tiempo construyendo un salto de agua en la parte más escarpada. Distribuyó unas tuberías a lo largo del huerto y colocó unas piedras grandes sobre las que vendría el agua para caer arroyo abajo. Todo estaba

listo salvo el agua, y la única que tuvimos fue de la lluvia ocasional.

Siempre nos referíamos a esta parte del jardín como el Lido, pero no era fácil explicar por qué, cuando no había ni rastro de aguas refrescantes que bañaran sus orillas.

Al final planté unas prímulas japonesas en lo que debería haber sido el lecho de nuestro arroyo, pues era una lástima no aprovechar un rincón tan acogedor para ellas. Así, excavé la tierra para sacar la arcilla pesada y llené el lecho con una mezcla de mantillo, arena y abono, y ahora las Bartley, las Postford, las Miller y sus conocidas disfrutan de la vida con las raíces hundidas en la tierra húmeda y las cabezas al sol.

La rocalla

Nuestro jardín no se prestaba a albergar una verdadera rocalla, de hecho, creo que eso sucede en muy pocos jardines. Para resultar convincente, una rocalla tiene que dar la impresión de que los estratos pedregosos forman parte del suelo en un conjunto de grandes dimensiones. En Forde Abbey, cerca de Chard, hay una rocalla deliciosa que serpentea entre unas altas laderas, con rocas enormes de aspecto magnífico. Las rocallas de Wisley, Kew y Edimburgo también lucen muy espléndidas, pero a menos que dispongamos de un verdadero afloramiento rocoso, una hondonada profunda o una ladera muy escarpada y capaz de albergar rocas muy grandes, creo que debemos adoptar técnicas flexibles y heterodoxas. No hay nada más deprimente que unas cuantas piedras emergiendo cohibidas de un césped provinciano, una estampa casi tan horrible como las llamadas «rocallas victorianas», que no eran otra cosa que horribles colecciones de rebaba y bloques de cemento apiñados en un rincón húmedo y umbrío donde solo crecían helechos.

Con todas las piedras de que disponíamos, era inevitable pensar en la posibilidad de un jardín de roca.

El primer hogar de los tesoros alpinos, en los dos lechos rocosos que bordeaban las paredes del patio, surgió más por conveniencia que por intención. El segundo también fue forzado y no fruto de mi elección: el Coliseo apareció al tener que excavar el suelo que se había encenagado hasta el extremo oeste de la casa. Cuando nos instalamos en la casa, no entendíamos por qué esa parte estaba tan fría y húmeda, siempre con un extraño olor a cueva. Pasó un tiempo hasta que nos dimos cuenta de que, por la parte exterior, el muro de la casa recibía el abrazo de una tubería de arcilla porosa que se prolongaba durante casi dos metros.

Al excavar en la arcilla, descubrimos los restos de una enorme chimenea detrás de la actual, lo cual resolvió el problema de qué hacer con ese suelo a más de un metro por encima del nivel de los cimientos. Construimos una escalera a cada lado de la chimenea gracias a nuestras enormes provisiones de piedras, de ahí el nombre tan descriptivo del lugar.

Se me ordenó plantar lo que pudiera entre las piedras para aliviar el rigor de todos aquellos ángulos rectos. En esa época se trataba, sobre todo, de arreglármelas con nada y menos, puesto que apenas tenía recursos. Después de unas cuantas vueltas por el jardín, descubrí un poco de sedo bastardo y me precipité sobre él como si al fin hubiera hallado respuesta a mis plegarias. No había mucho, así que lo corté en trocitos y lo distribuí entre las piedras. No tenía ni idea de que esta hierba, cuando se establece en un lugar, se embarca de inmediato en la fundación no de una familia, sino de toda una dinastía. Creo que su nombre científico es *Sedum spurium*, el invasor más implacable que he conocido nunca. A veces, en verano, el corazón se me enternece al ver sus bonitas rosetas planas

de color rosa, pero el resto del tiempo lo pasamos enzarzados en una lucha feroz. Sus tallos redondos y marrones se arrastran por los muros, se entrelazan con sus más refinados vecinos, avanzan bajo las piedras y a través de los caminos y se adueñan de todo con sombría determinación. Si, por un descuido, se le permite quedarse en un rincón de un macizo de flores durante más de un minuto, en apenas dos o tres el macizo se habrá convertido en una sólida alfombra de sedo bastardo de una calidad especialmente exuberante. Cada año lleno varias carretilladas con restos de esta planta, y sé que la historia seguirá repitiéndose hasta el día de mi muerte.

Un error quizá aún más grave fue introducir la *Soleirolia soleirolii*, conocida como colchón de novia o madre de mil, lo cual da una pista de su comportamiento. La había visto burbujeando en las macetas de las ventanas de ciertas casas, y cuando la descubrí derramándose una vez en el invernadero destartalado de un caserón abandonado, me pareció muy verde y hermosa y pensé que me ayudaría a suavizar las sombrías piedras de la antigua chimenea y el Coliseo. Así, cuando una amiga me ofreció un poco, acepté entusiasmada. Me la trajo enrollada como una alfombra, y yo la corté con cuidado en cientos de pedacitos, los deposité con amor entre las piedras, los regué con esmero y esperé ansiosa a que una bonita línea verde surgiera entre mis piedras. La madre de mil resulta más agradable a la vista que el sedo bastardo, pero es incluso más efusiva que este, y sé que, una vez más, me moriré sacándola a carretilladas de los parterres y entre las piedras. Intenté cubrir el tubo de la chimenea con esta alfombrilla, pero como la luz del sol le importa un pimiento, trepaba hacia los lados y por todos los rincones húmedos salvo por donde yo quería. Más tarde probé con el tomillo rastrero para cubrir los pedazos más feos de muro roto, y como esta especie sí que busca los rincones secos y soleados, me hizo un buen servicio.

Una vez acabado el jardín en terrazas, tenía muchos muros y no sabía qué hacer con ellos. Planté unas semillas de aubrieta y toda clase de arabis, incluida la variedad doble y la de los tonos rosados; y también *Arabis blepharophylla*, que apenas se ve por aquí pero es una excelente planta de pared, con sus apretadas rosetas de hojas verde intenso y sus pétalos rígidos de color magenta. Una planta de rosa clavo *(Dianthus gratianopolitanus)* me dio incontables esquejes, y aprovechamos las campanillas de roca hasta el infinito. Dispuse las saxífragas entre las grietas y planté gipsófilas en algunos lugares para que formaran espuma sobre las piedras, y en otros jabonera de roca *(Saponaria ocymoides)*. El *Geranium traversii* de la variedad Russell Pritchard queda muy bien en los muros altos, puesto que exhibe unos zarcillos muy generosos; mientras que el *Geranium sanguineum striatum lancastriense* luce muy bien en las grietas entre las rocas o bien en la parte superior de los muros.

El tosco muro que levantamos alrededor del césped era otro de los lugares donde podía poner plantas de roca, y allí crecieron jaras y androselas, etionemas y arbustos de tomillo. También cultivo montones de alisos, más de la variedad color limón que de la

dorada, y aquí y allá crece una lavanda pequeña, una planta plateada como el *Helichrysum plicatum* o un clavel del poeta *(Dianthus barbatus)*, de hojas verdes y flores color cereza brillante, con su versión asalmonada en la variedad Emil Paré. Los alhelíes y los erísimos, que son perennes, resultan excelentes para un muro como ese, pues no crecen mucho a lo alto, sino que tienden más bien a asentarse y extenderse a lo ancho con infinita gracia. La variedad de erísimo llamada Harpur Crewe crece muy bien en los bordes, puesto que se convierte en un arbusto bastante grande que se deja mecer por el viento; en cambio, las variedades *hieracifolia,* Moonlight, *mutabilis*, *capitatum* y Rufus son muy serviciales en cualquier parte.

Los tomillos rastreros enseguida cubren una superficie, y la variedad Alecrim da serra *(Thymus micans)* trepa feliz por los lados verticales de las piedras. La siempreniña se autosiembra, y sus pequeños pétalos redondos cubiertos de blanco, rosa o carmesí son maravillosos. Me gustan por igual la margarita cimarrona *(Erigeron karvinskianus)*, con su amplio y duradero manto blanco y rosado, y el té del Pirineo *(Dryas octopetala)*, con sus flores color crema y sus hojas dentadas como las del roble, que caen en cascada.

No solo las plantas de roca crecen en los muros. A la piramidal *(Campanula pyramidalis)* le gusta crecer en las grietas de los muros; de hecho, las prefiere antes que los macizos. He visto aloes creciendo felices entre las piedras, y creo que es el lugar más conveniente para las nébedas. Las pongo dentro de las piedras, en los bordes de los muretes de soporte, encima de los muros altos y debajo de los erigidos en el empedrado para que el resplandor azul compense la frialdad de tanta piedra.

Las prímulas pequeñas y escondidas al pie de los muros son muy atractivas. La variedad Wanda, al crecer entre las piedras, forma una guirnalda, muy distinta de la que los pájaros picotean entre los tulipanes o los nomeolvides —y luego dejan unos horribles espacios vacíos—. Algunas variedades como Kinlough Beauty, E. R. Janes y Jill lucen encantadoras cuando asoman tímidas por debajo de los muros, y si hay que rellenar grietas anchas, un buen ramillete de rosas multiflora resulta más cálido y acogedor que un diseño formal.

Otro lugar estratégico para las plantas de roca es el espacio entre las piedras que separan el césped del parterre. Yo puse unas piedras anchas en el borde del césped con el lado recto hacia la hierba y el lado irregular hacia el parterre. El flox de roca y las silenes son muy felices entre las piedras, igual que los lirios enanos *(Iris lutescens chamaeiris)*, como el de monte, en toda su variedad de colores. La mosca pegajosa *(Lychnis viscaria)* no es una planta de roca propiamente dicha, pero sabe encajarse entre las piedras y dar un vívido toque color cereza en un fondo de flores más pálidas. La campanilla azul *(Convolvulus sabatius)*, con sus flores brillantes, destaca sobre una alfombra verde hasta noviembre, y la *Pterocephalus perennis* forma una bella loma verde suave con flores de color rosa pálido y triste.

Para alentar el crecimiento de las plantas en un viejo muro, lo mejor es elegir un día

húmedo, encontrar una buena grieta y raspar para quitar la mayor cantidad posible de argamasa. Rellenamos el hueco con algún tipo de humus, como estiércol bien descompuesto u otra clase de abono, y comprobamos bien que no quedan bolsas de aire. Cuanto más pequeña sea la planta, más feliz se encontrará, porque hay que hundirle las raíces en una bola de tierra antes de introducirla en la grieta y presionar bien. Para mantener la tierra húmeda, yo la cubro de musgo, y si el tiempo cambia de repente y hace calor, debe regarse con una jeringa. A veces también podemos colocar una piedra sobre la grieta para conservar la humedad.

Si es posible, la plantación en un muro de soporte debe realizarse mientras este se construye, para que las raíces queden bien ancladas. La pared debe inclinarse levemente hacia atrás y debe colocarse una piedra grande a intervalos regulares para presionar el suelo por detrás y sostener bien la estructura.

Si levantamos una tapia sin cemento, deberá ser un poco más estrecha arriba que en la base. Hay que tener mucho cuidado para que no queden bolsas de aire, y debe apisonarse la tierra con fuerza y paciencia a cada estrato. También en este caso hay que colocar piedras grandes, del ancho de la pared, a intervalos para reforzar la estructura. La altura debe oscilar entre los treinta y cuarenta centímetros para una pared de piedra en seco.

Hay quien prefiere levantar un muro doble, por ejemplo como linde del jardín delantero, y para ello debemos levantar dos muros estrechos con argamasa y tierra entre ellos. El drenaje es importante, y además de una gruesa capa de escoria de hulla debajo, es buena idea colocar unas pequeñas tuberías de drenaje a unos treinta centímetros del borde superior. Entre las tuberías deben quedar espacios rodeados de gravilla. En un extremo debe haber un orificio para poder regar con la manguera entremedias, ya que las plantas se secan muy rápido en estos muros dobles. Las rosas multiflora enanas suelen cultivarse en esta clase de muros junto con plantas trepadoras alpinas, que caen hacia la parte exterior del muro. Los geranios tienen una floración muy larga y también pueden cumplir esa función.

El único jardín delante de la casa era una estrecha franja que completaba el espacio en forma de ele de la casa hasta formar un rectángulo. Cuando la compramos, era un bosque de laureles enmohecidos en una tierra tan pesada y muerta que ninguno de ellos mostraba el menor entusiasmo. Había parterres altos y abombados que llegaban a la mitad de los muros.

Después de arrancar los laureles, excavamos el terreno y lo empedramos. Era nuestro primer intento de empedrar y no salió bien porque el suelo no estaba lo bastante nivelado para unos adoquines tan irregulares. Además, dejamos grietas demasiado anchas entre las piedras, las cuales no encajamos en muescas de cemento.

Planté todo lo que pude entre las piedras, pero no bastó para disuadir a la maleza. Así, las piedras irregulares se cubrieron de tierra que, al empaparse de lluvia, alentó la aparición de más maleza.

Walter decidió que había que empezar de nuevo y empedrarlo todo con cemento. Se me permitirían unos pocos —muy pocos— hoyos donde poner algunas plantas adecuadas al espacio, pero no debía verse ninguna grieta. Por desgracia, la codicia fue mi perdición. Me acerqué al albañil encargado de poner el cemento y le indiqué qué agujeros debía dejar. Eran tantos que la ira de mi marido cayó sobre mí sin piedad, de modo que al final casi todos se rellenaron.

Una vez terminado el jardín, se veía despejado, demasiado despejado. Para este empedrado, usamos arenisca azul, que a diferencia de la cálida piedra color miel típica de la región, es muy fría. Como lo hicimos al poco de llegar a la casa y empezar nuestra vida jardinera, aún no conocíamos las posibilidades de la piedra local para empedrar.

Hice lo que pude con los estrechos parterres que quedaron bajo los muros, en cuya parte superior puse valeriana y plantas alpinas de varios colores con la esperanza de dar un toque de alegría al conjunto, pero este siguió ofreciendo un aspecto de lo más triste y anodino.

Por fortuna, los materiales en tiempos de guerra eran de poca calidad, así que el cemento que anclaba las piedras se deterioró muy pronto —impelido, cabe añadir, por la ayuda clandestina de una palanca y un martillo—, y poco a poco pude introducir algunos seres vivos en aquel lúgubre escenario.

Para ello, recurrí a todas las clases de tomillo rastrero que fui capaz de conseguir: el serpol *(Thymus serpyllum)*, el tomillo rastrero rojo *(Thymus coccineus)* y el tomillo lanoso *(Thymus pseudolanuginosus)* formaban unas magníficas esteras lanudas, con algún toque ocasional de *Thymus ericoides*, de color broncíneo.

Las numerosas variedades de lirios —como el lirio enano de monte—, siempre muy temperamentales, sacarán lo mejor de sí mismas entre el cemento y la maleza. El lirio blanco es más alto que los azules, morados y rosas. La espadilla azul *(Sisyrinchium*

angustifolium) tiene unas hojas muy delicadas, como de hierba, y un largo período de floración. La variedad amarilla, *Sisyrinchium convolutum*, es un poco más alta. Ambas son de siembra fácil y aparecen en las fisuras más diminutas.

La clavelina o *Dianthus deltoides* es muy adecuada para el empedrado, pues forma un manto verde oscuro cubierto de flores en un tono carmesí profundo que dura varios meses. La bella rosa clavo (*Dianthus gratianopolitanus*) se siente como en casa entre las piedras calizas y no tarda en ocupar zonas bastante amplias.

Las verónicas postradas también son muy buenas para tapizar el suelo, y además de las variedades azules, más habituales, también tenemos la verónica Mrs. Holt, de un rosa delicado, y la Silver Queen, de color plateado. La *Veronica pectinata rosea*, de hojas muy atractivas de color verde grisáceo y textura lanosa con unas florecillas rosadas diminutas, luce en todo su esplendor cuando reviste una superficie amplia, lo cual sucede en muy poco tiempo. La *Veronica amoena* tiene unas hojas muy finas, casi filiformes, y unas flores de color azul claro.

El farolillo de los Cárpatos *(Campanula carpatica)* crece muy bien en jardines empedrados, en cuyos bordes o lados debe plantarse porque hay menos trasiego. Despliega varios tonos de azul, morado y blanco. Las tres variedades que cultivo se llaman Isabel, de un azul muy bonito; Wedgwood, también azul y muy delicada, y White Star.

Dos plantitas que siempre resultan muy agradecidas son la *Helichrysum bellidoides*, una margarita diminuta de color marfil, y la *Antennaria dioica alba* o *rosea*, cuyas hojas plateadas se aprietan entre las piedras para arrojar al exterior miles de flores esponjosas de color blanco o rosado.

El bálsamo *(Saxifraga paniculata)* es una planta muy cuidadosa a la hora de plegarse en espacios pequeños, pero generosa al desplegar su magnífico ramillete de flores espumosas blancas o rosas. Las variedades de *Erodium*, dobles o sencillas, son ideales para los jardines empedrados, igual que la globularia, que, tal y como su nombre indica, forma un sólido montículo de follaje verde oscuro que luego queda adornado con flores azul claro, como un gorro. Las variedades de *Frankenia* tienen un follaje parecido al brezo que se torna broncíneo en otoño y forma un pesado manto cubierto de florecillas rosadas en julio y agosto. La *Raoulia* es una planta tapizante con diversas variedades, la más popular de las cuales —con razón— es la *Raoulia australis* o alfombra de plata, pues no hay nada más plateado que la sábana reluciente que forma sin levantar la cabeza de las piedras. Sus flores, microscópicas y sin tallo, también pueden ser amarillas. La *Raoulia glabra* compone una alfombra esmeralda con esponjosas flores de color crema, mientras que la *Raoulia lutescens* produce una sencilla capa verde amarillenta que se vuelve plateada en otoño.

Todas estas plantas aquí mencionadas no se confinan en los espacios donde están plantadas, sino que forman extensos mantos que revisten grandes superficies

empedradas. Otras plantas tapizantes se arrastran entre las piedras llenando las grietas de verdor pero sin apenas invadir el suelo. Mi favorita entre todas es la menta de Córcega *(Mentha requienii)*, diminuta y rastrera, con hojas de un verde muy brillante y unas flores minúsculas malva pálido. Exhala un fuerte aroma al presionarla con el dedo, que agradezco sobre todo en invierno, mientras despejo el empedrado de nieve y aspiro sus aromáticos efluvios. Antes pensaba que la menta poleo *(Mentha pulegium)* era tan limpia y modesta como la de Córcega, pero cuando conviví con ella descubrí que le gusta extenderse en bucles, con modales caóticos y aturullados, aunque tiene un aroma tan penetrante como agradable del cual no puedo prescindir. Las plantas del género *Acaena* ofrecen novedosas y coloridas variedades en sus hojas: la *Acaena buchananii* es de color gris plateado con semillas espinosas, mientras que la *Acaena microphylla* (o *Acaena inermis)* tiene unos tonos más broncíneos, unas hojas parecidas a las del helecho y unas flores espinosas de color carmesí. La *Arenaria balearica*, una vez que empiece a crecer, cubrirá cualquier superficie a la vista. Le gusta trabajar en lugares húmedos y umbríos, y entonces se vuelve tan activa como la *Soleirolia soleirolii*, pero a nadie le importa porque tiene unas hojas tan finas y brillantes y unas flores blancas tan diminutas y estrelladas en abril y mayo que siempre luce magnífica. Las plantas del género *Cotula* no son muy llamativas, pero forman céspedes minúsculos entre las piedras de color verde brillante y quedan muy bonitas. Las margaritas Dresden China siempre están entre las mejores plantas que pueden cultivarse en un jardín empedrado, pues agradecen mucho la frescura de las raíces, proliferan rápido y nunca rebasan el terreno asignado. Sus flores rosadas, pequeñas y brillantes siempre merecen una buena acogida, y existe una versión blanca llamada The Pearl que luce fantástica en cualquier rincón oscuro. Por lo que respecta a la mayor margarita carmesí, la variedad Rob Roy, yo prefiero ponerla en los macizos junto a los caminos empedrados porque me parece demasiado carnosa como para crecer entre las piedras. En un macizo puede extenderse a sus anchas y componer una deliciosa estampa carmesí.

Me costó mucho decidir qué plantas pondría en los estrechos parterres que bordean el jardín empedrado. Walter plantó tantos rosales trepadores como pudo escalando los muros, y obtuvimos una variada selección de rosas Paul's Scarlett, American Pillar y Madame Abel Chatenay. Después de su muerte, he añadido una preciosa clemátide blanca de las variedades *Henryi* y King George V, muy elegantes en sus tonos blancos y rosados. Nunca nos pusimos de acuerdo sobre las hortensias: a él le gustaban azules y a mí me parecían mejores las rosas. Así, no pude plantarlas en los parterres estrechos y en su lugar tuve que emplear toda una gama de plantas herbáceas que, a decir verdad, nunca me han convencido del todo. En este jardín no hay espacio suficiente para una selección que dé flores todo el año, y Walter nunca parecía satisfecho con mis esfuerzos en ese sentido. A veces me las arreglaba con plantas anuales robustas, como las zinnias o los antirrinos, y un año tuvimos dalias pequeñas, pero el color de la insolente rosa

American Pillar era muy difícil de combinar en armonía.

Ahora he recurrido a las hortensias, cuyos tonos van desde el rosa pálido hasta el fucsia más intenso. Planto nébedas en los bordes de los parterres para que se desparramen por las piedras y, poco a poco, trato de inducirlas para que también crezcan fuera del muro. Unos cuantos penstemones llenan los huecos sueltos, y creo que estos macizos son ideales para plantar rosas de Cuaresma *(Helleborus orientalis)* y hierba de ballesteros *(Helleborus foetidus)*, pues ambas especies florecen cuando todo lo demás permanece inactivo.

En la esquina noreste del jardín planté una hortensia azul *(Hydrangea macrophylla mariesii)* y ha sido todo un acierto, pues ha dado unas flores enormes hasta muy avanzada la estación. El eléboro de Córcega *(Helleborus argutifolius)* también está magnífico en ese rincón umbrío, y sus grandes ramilletes de flores verdes salen de enero a junio. Lo acompañan el beleño o eléboro verde *(Helleborus viridis)* y una deliciosa manzana rosa de eléboro negro de Hipócrates que siempre crece con el frío y asoma ilesa después de cada ventisquero. Me pregunto por qué todos estos eléboros no se ven más en los jardines, pues dan flores muy bellas en todos los tonos, desde el blanco verdoso hasta el morado intenso, justo en la época en que más necesitamos flores, y todas ellas son de floración muy larga. Ahora alcanzo a verlos desde la mesa, ahí fuera, enfrentándose a los rigores del invierno, y no puedo sino admirar su gracia y fortaleza.

En la cara sur del jardín empedrado, cerca de la enorme chimenea, tengo unos parterres que albergan toda clase de tesoros delicados. Las fresias plantadas en otoño florecen en abril. Las azucenas de Guernsey o nerines y los lirios belladona en otoño, y los agapantos duran todo el año y ofrecen una magnífica floración en verano. La única incerteza es el gladiolo de Abisinia *(Gladiolus murielae)*: a veces consigo algunas flores fragantes y manchadas antes de que las heladas se lleven todas mis esperanzas, pero muchos años no sale ni una sola flor. Como me dijeron que la mejor manera de que florezcan es poniéndolos en un sitio cálido en invierno, un año los envolví en una bolsa de papel y los metí en el armario donde pongo a secar la ropa, pero un ratoncillo hambriento los descubrió y solo me dejó unos cuantos bulbos minúsculos. Aun así, sigo poniéndolos en el armario durante el invierno y los inspecciono con frecuencia.

Los jardines empedrados solucionan muchos problemas, y depende de nosotros que requieran un mantenimiento fácil o den muchísimo trabajo, según el espacio que haya entre las piedras. Conozco una amplia terraza dedicada por entero a un jardín empedrado, repleto de delicias que surgen entre las piedras, que necesita de cuidados constantes para mantenerlo libre de maleza, podarlo y despejarlo con regularidad… No es un jardín adecuado para personas con poco tiempo, como sí lo es un terreno empedrado cuyas piedras estén unidas con cemento, con huecos ocasionales para las plantas. Creo que los adoquines son una opción muy buena para los jardines pequeños porque las plantas pueden crecer pegadas a las piedras y desparramarse entre ellas, lo

cual otorga un toque muy colorido a ese pequeño espacio, y es más agradable que un césped convencional.

Los jardines que deben funcionar a su libre albedrío, como los de las casas donde pasamos el fin de semana, siempre lucen limpios y ordenados si ponemos un empedrado en lugar de césped, y sé de varios casos en que el adoquinado se usa como si fuera césped, con parterres entremedias llenos de rosales y pequeños arbustos. Otra ventaja del empedrado es que no se estropea con la lluvia. Los parterres que rodean el césped reciben escasos cuidados cuando este está empapado, pero cuando el suelo es de piedra, es posible salir a trabajar en cuanto cesa la lluvia.

Hay muchas variaciones que permiten adaptar el jardín empedrado a nuestros gustos y necesidades, así como distintos niveles de introducción de estanques y fuentes. Los muros añaden interés al conjunto, y siempre podemos jugar con estatuas, relojes de sol o bebederos para pájaros para crear efectos maravillosos. Las urnas de piedra llenas de flores dan mucho color, o si no disponemos de nada más, podemos plantar arbustos simétricos o árboles pequeños en lugares estratégicos.

La forma de las piedras regirá la disposición del conjunto. Si tenemos piedras de formas dispares y extrañas, de esas que suelen llamarse irregulares, la plantación también puede ser tan irregular como deseemos. Con losas grandes y rectangulares, en cambio, debemos ceñirnos a una estética más contenida. Sin embargo, la naturaleza es muy amable y siempre sabe dónde colocar una semilla extraviada, de modo que hasta los diseños más severos muy pronto se tornan humanos, con pequeñas plantas valientes asomando aquí y allá. ¡Incluso en el Jardín de la Real Sociedad de Horticultura de Wisley, la humilde margarita cimarrona se atreve a penetrar por los resquicios de los muros, entre plantas mucho más espectaculares!

¿Quién no ha soñado con tener un jardín de hierbas, un pequeño oasis de plantas antiguas de fragancia delicada, con setos recortados de boj o lavanda, romero o santolina? Ahora bien, hace falta un jardín muy grande para poder permitirnos un rincón semejante, así como disponer de mucho tiempo, pues estos jardines, como los ramilletes victorianos, requieren un sinfín de cuidados para ofrecer un aspecto decente.

Incluso si no tenemos un jardín de hierbas como tal, estas siempre parecen prestarse a tratamientos muy originales. Según me han contado, hay quien coloca una rueda de carro en el suelo y pone distintas plantas entre los radios, y a veces, si el espacio es largo y estrecho, se emplea una escalera de mano para la misma operación. No obstante, nunca he llegado a saber cómo se logra tener las hierbas confinadas en sus respectivos recintos. La mayoría son bastante leñosas y crecen en sistemático desorden. Desafío a cualquiera a confinar la salvia en un cerco limitado, y aunque quizá el perejil, la cebolleta y la ajedrea podrían permanecer entre barrotes, el estragón y la menta no tardarían en deambular bajo tierra para surgir, de la manera más descarada, en territorio ajeno.

Otra cosa que nunca podré entender es por qué la gente cultiva las hierbas tan lejos de la cocina. Antaño, cuando la cocinera encargaba las tareas al jardinero por la mañana, para este no suponía ningún esfuerzo llevar las hierbas a la cocina junto con las hortalizas, pero hoy en día son las atareadas amas de casa quienes se encargan de la cocina y todos los demás quehaceres domésticos, y no tienen tiempo de ir al huerto cada vez que necesitan una ramita de perejil o un manojo de tomillo. Algunos huertos están bastante lejos de la casa, y cuando veo que albergan bosques de perejil y extensas laderas de salvia, caigo en la cuenta de que todas esas hierbas lucen tan magníficas porque nadie las usa. Como conozco muy bien la impotencia de sacrificar tiempo del jardín para dedicarlo a cocinar, sé que no caminaría ni medio kilómetro para recoger hierbas.

Las mías crecen a un paso de la puerta trasera, donde quedó espacio para un pequeño parterre entre la casa y el seto que pusimos a fin de ocultar las vergonzosas instalaciones traseras. Walter estuvo de acuerdo en que ese era el lugar para las hierbas, pero solo cultivo las de uso frecuente. Aunque es divertido recogerlas, pueden contarse con la mano aquellas que empleamos a diario en la cocina.

El perejil, por supuesto, es la primera que me viene a la mente, y ella misma, muy amable, se encarga de proliferar lo justo para que yo pueda encontrar una nueva planta cuando las viejas ya están muy marchitas. Tampoco podría vivir sin el estragón, el verdadero estragón francés, que en invierno puede usarse para hacer vinagre, sazonar los filetes de carne o decorar huevos en gelatina. Recojo el poleo, la mejorana y la ajedrea junto con el perejil para formar un ramillete *(bouquet garni)*, que supone una gran

diferencia si se añade al rabo de buey o la ternera. Las cebolletas son un ingrediente básico de cualquier plato con un toque encebollado, o bien picadas en ensalada, con puré de patatas o en aperitivos variados. Antes cultivaba rábanos picantes, pero acabaron apropiándose del parterre y, de todos modos, cuando nos instalamos aquí no había carne en ningún lado, así que lo desterré oficialmente, aunque de vez en cuando sigue haciendo alguna aparición ocasional a modo de disculpa. También cultivo dos clases de menta: menta de manzana, para cocinar con guisantes y patatas nuevas, y menta común para salsas y gelatina.

Las hierbas están deliciosas si hacemos con ellas una sabrosa mantequilla y la servimos con carne o pescado asado, o bien la untamos en el pan. Como soy muy chapucera en la cocina, siempre me decanto por la manera más rápida, que consiste en cortar unas ramitas de perejil, unas cebolletas y unas cuantas hojitas de estragón, y después de lavarlas y secarlas, hay que sujetar bien el ramillete con la mano izquierda mientras las cortamos muy finas con las tijeras de cocina sobre la mantequilla. Tras añadir unas gotas de esencia de anchoa, se licúa la mezcla con un cuchillo de paleta. Para servir con carne o pescado, la mantequilla se divide en porciones que pueden conservarse en la nevera hasta el momento de consumirlas.

La alcaravea es otra de las plantas cuya presencia tolero en el jardín de hierbas. Es como un perifollo verde refinado y sale cada dos años, pero es de fácil siembra. El pastel con sus semillas es pura ambrosía para quien guste de las semillas, claro. Todas aquellas que escapan de tal destino se cosechan y almacenan para el invierno. Casi todas las demás hierbas son demasiado decorativas como para tenerlas escondidas tras el seto.

La ruda, con su punzante acritud, debió de usarse como hierba purificadora en la época isabelina, cuando se esparcía en el suelo de las casas por sus propiedades fragantes, astringentes o desinfectantes. Aunque tiene un sabor demasiado fuerte para emplearse en la cocina, sus hojas son muy bellas y siempre es bienvenida a cualquier macizo. La variedad más común, *Ruta graveolens*, tiene unas hojas de color verde pálido y conforma un arbusto bastante tupido. Las flores amarillo pálido son bastante agradables, sobre todo combinadas con las hojas de otras flores en tonos amarillos más intensos. Sus matices delicados brindan un toque luminoso a cualquier rincón oscuro.

Existen muchas variedades de salvia ideales para los bordes, tantas que es difícil elegir unas pocas, pero creo que la esclarea *(Salvia sclarea)* es mi favorita. Es una planta digna y encantadora, con sus flores en tonos pastel rosa y malva y sus grandes y suaves hojas. Es bianual y produce una innumerable descendencia cada año, pero, para asegurar la sucesión, necesitamos empezar la estación con dos generaciones, tía y sobrina, puesto que esta variedad tarda un par de años en florecer. La *Salvia nemorosa* comparte el encanto de la esclarea porque, al terminar la floración, los tallos púrpura de las flores y las brácteas permanecen y siguen dando color durante mucho tiempo. La salvia de los prados *(Salvia pratensis)* queda muy bien porque crece suelta, pero debe entutorarse con

cuidado para evitar que se haga demasiado grande. La salvia blanca *(Salvia argentea)* es una de las más bellas de la tribu. Las lluvias abundantes no le afectan, pues tiene unas gruesas hojas como de fieltro, y es feliz cuando le ofrecemos un rincón donde crecer en vertical, lo cual no es muy fácil, pues alcanza grandes alturas. La salvia verde que se emplea en la cocina es una excelente planta perenne que debería estar en todos aquellos lugares que necesiten un montículo de follaje; además, existe una variedad muy bonita con flores moradas. La variedad de hojas moradas y la multicolor (morada, blanca y rosa) también lucen magníficas cuando se requiere un buen follaje. Si queremos aportar un poco más de luz al conjunto, existe otra de un color verde muy suave con jaspeado en oro.

El hisopo exhibe unos recios arbustos que se arrellanan en los parterres cual mujeres inclinadas en reverencia. En los jardines del patio he puesto las variedades azul, blanca y rosa, y para el jardín en terrazas, creo que el hisopo azul es una buena elección para dejarlo crecer entre otras plantas herbáceas más frágiles. Por desgracia, el hisopo se vuelve muy leñoso a medida que envejece, y llega un momento en que hay que deshacerse de los ejemplares más viejos en beneficio de otros más jóvenes y pequeños. Hace poco descubrí alborozada un hisopo azul que conserva un tamaño bastante pequeño y no exhibe los nudos que caracterizan a los ejemplares de su edad.

Compré una angélica *(Angelica archangelica)* con la idea de confitar sus tallos verdes huecos o bien añadirla a algún pastel, como hago con el ruibarbo. Me avergüenza confesar que aún no la he usado para nada de eso, pero creo que es una de las plantas más decorativas que tengo en el jardín. Se ha adueñado del macizo que hay detrás del seto, y ella misma se ocupa de proliferar de la manera más generosa y espontánea, hasta el punto de que es necesario frenarla un poco. La he dejado formando una doble hilera de plantas detrás del seto donde se alza majestuosa, con sus bellas hojas verdes y sus grandes umbelas verdes de flores. Tiene buen porte y siempre está hermosa, incluso muerta. Los aficionados a los arreglos florales siempre buscan sus inflorescencias. Las flores naturales tienen aún más encanto, y cada año las pongo en una jarra de peltre en el comedor, con cuyas paredes forradas de madera de roble combinan de maravilla. Como todas las plantas de tallo hueco, tiene una larga vida si los tallos se llenan de agua al principio. Es algo bastante fácil de conseguir: solo hay que poner el pulgar bajo el tallo lleno y mantenerlo ahí hasta que la planta quede sumergida en el agua dentro del recipiente.

El hinojo es otra planta de gran belleza formal y buenas hojas que merece de verdad cultivarse en rincones donde pueda apreciarse su hermosura. Desde un punto de vista práctico, me gusta porque sus hojas son parecidas a las del helecho, y picadas muy finas pueden usarse en la cocina para dar un toque de sabor a las ensaladas y las salsas de pescado, pero lo cultivo, sobre todo, por su maravilloso color y su crecimiento. Después de una buena lluvia, los arbustos de hinojo parecen humo azul. Los tallos son lisos de

color gris verdoso, como cañas de bambú recién salidas, y las flores amarillo verdoso. Un arreglo floral de hinojo y santolina es muy agradable, aunque en un cuarto pequeño el olor puede resultar demasiado intenso.

Las hojas de bergamota se utilizan en popurrís de flores secas, y sus flores aportan colorido al jardín. La mayoría de gente conoce la monarda escarlata, pero las variedades blanca y rosa, carmesí, lavanda y morada no se ven con tanta frecuencia. Una vez, en una feria de horticultura, vi un puesto entero dedicado a las monardas, y me sorprendió ver la gama de preciosos colores que puede desplegar esta flor. Las bergamotas tienen raíces muy superficiales, y aunque les encanta el sol a raudales, no les gusta tanto quedarse secas.

El romero es otra hierba con usos infinitos. Crece de manera informal, por lo cual resulta muy adecuado para rincones sueltos y difíciles que no requieran plantas muy definidas. Me gusta la variedad rastrera extendida por un camino y la variedad común crecida en vertical contra un asiento o pedestal de piedra.

El cantueso *(Lavandula stoechas)* es otra planta muy buena para crecer contra la piedra, en concreto alrededor de la base angular de un adorno de jardín, o bien sobre unos escalones. Creo que la mayoría de las variedades merecen cultivarse solas, no amontonadas en un seto. Un pequeño y alegre arbusto de lavanda siempre surge como una agradable sorpresa entre otros arbustos, o entre flores. Podemos obtener variaciones muy agradables mezclando tonos rosas, blancos y morados con otros más habituales.

Hablar de hierbas me recuerda a las plantas melíferas. Siempre es buena idea crear un jardín con ellas: un despliegue de todas aquellas plantas que las abejas gustan de tener junto a sus colmenas. En teoría es algo hermoso, pero en la práctica resulta muy difícil, porque las abejas se concentran tanto en las flores que cuesta mucho acercarse a desbrozar o limpiar sus dominios. Lo mejor es darles muchas flores, desde luego, pero combinadas con espacios de plantas que no les parezcan tan irresistibles.

Cada cual tiene sus propias ideas sobre lo que desea cultivar en un jardín. Cuando yo empecé, tenía la idea de alargar la temporada lo máximo posible, pero mi marido no me brindó ninguna clase de apoyo. Walter era un jardinero de buen tiempo y no le interesaba lo que sucedía en el jardín durante el invierno. Quería lucir su escenario bajo el sol, cuando podía disfrutarlo, y a lo largo de su vida aquí nunca me permitió poner muchas plantas de floración temprana o tardía.

Sin embargo, en los últimos años he descubierto varias especies interesantes que florecen muy pronto, a primeros de año, y por lo general pueden plantarse en su temporada baja, junto a las flores habituales de la estación, logrando pasar bastante desapercibidas.

Los eléboros que prosperan tan bien en el jardín delantero se plantan entre las hortensias y son bastante invisibles la mayor parte del año, pero cuando florecen —siempre muy temprano— tienen el escenario para ellos solos. Muchos se quejan de que las exquisitas rosas de Cuaresma no sirven como flores ornamentales una vez recogidas. El secreto está en cortarles el tallo por donde las primeras hojas, así durarán mucho tiempo. Si al recogerlas se ven un poco mustias, revivirán al sumergirlas en agua caliente hasta el cuello.

Mi única queja sobre las rosas de Cuaresma es que las hojas lucen feas y desordenadas mucho antes de que las flores se marchiten. Cuando ya están hechas jirones y de color marrón, les quito las partes más mustias porque ninguna flor, por bella que sea, puede resistir un fondo ajado y un follaje costroso. Los eléboros tienen unas hojas bellísimas y diminutas cerca de cada flor, de modo que pueden seguir muy bien sin esas hojas marchitas que ya no son dignas de ellos.

Las pulmonarias florecen muy temprano. Incluso la variedad común es muy hermosa cuando no hay nada más en flor, y lo sensato es plantarla donde más adelante no llame la atención, ya que sus grandes hojas siguen creciendo una vez terminada la floración. En cambio, las variedades menos extendidas no tienen por qué relegarse del mismo modo. La *Pulmonaria angustifolia azurea* queda preciosa en una rocalla, pues sus hojas nunca son demasiado grandes y desaparecen por completo la mayor parte del año. La pulmonaria de Belén (en sus dos variedades, *Pulmonaria saccharata rubra* y *Pulmonaria saccharata* Mrs. Moon) es apropiada para un primer plano, pues sus hojas siempre resultan muy atractivas.

El zarapico *(Iberis umbellata)* es otro madrugador que tiene la gran ventaja de ser perenne. Sus hojas oscuras siempre producen bienvenidos cambios en el conjunto, por lo cual se gana la vida incluso después de que sus flores blancas y estrelladas hayan desaparecido. Ciertos jardineros quisquillosos han renegado de mis abundantes matas de zarapico porque, según ellos, es una planta demasiado ordinaria, pero a mí me gusta su

crecimiento lento y siempre procuro vestir mis macizos con sus flores para que no se vean desnudos en invierno.

Las rosas multiflora y las prímulas florecen muy pronto, y me gusta esconder todas las que puedo en rincones sueltos para ver sus alegres caritas saludándome sonrientes en marzo y abril. Ambas son mucho más efectivas así que en regimientos en fila o agrupadas en extensas áreas. Reunidas en pequeñas matas entre los arbustos resultan muy hermosas, y parecen muy felices al pie de los muros y entre sus grietas, siempre y cuando la tierra sea lo bastante húmeda. Asimismo, prosperan muy bien bajo los setos y entre las plantas herbáceas altas y, en realidad, en cualquier otro rincón inesperado que se nos ocurra. Estoy segura de que estas plantas de bosque no disfrutan a plena luz del sol, y he notado que si alguna especie cercana y más alta les da sombra, forman ramilletes mayores con flores más finas. Antiguamente, las rosas multiflora siempre parecían demasiado amarillas y anaranjadas, pero ahora hay tonos rosados y crema muy bellos, y algunos azules magníficos.

El doronico es una planta muy bienvenida a comienzos de la primavera, con sus brillantes flores amarillas. Existen diversas variedades, entre ellas una con flores de cabezas magníficas y tallos de dos pies. Cuando terminan la floración, ya no debemos preocuparnos por ellas hasta la siguiente; por eso, pese a las hojas tan bonitas que tienen, no les permito ocupar un puesto central en el parterre y siempre las relego al borde trasero.

Luego está la saxífraga oreja de elefante, ahora llamada bergenia. La variedad común de color rosa a veces empieza a florecer en octubre y noviembre, pero alcanza su esplendor en febrero. Siempre espero ansiosa sus rechonchas flores rosadas, apretadas y encantadoras en sus pistilos verdes. La *Bergenia cordifolia*, más conocida como hortensia de invierno, tiene un color más oscuro y las flores, con tallos rojos de dos pies, salen más tarde. Tengo una variedad de bergenia más pequeña cuyas hojas miden unos cinco centímetros, pero tiene una floración muy discreta. La bergenia es una planta de lo más agradecida, con un follaje que luce muy bien todo el año, sobre todo en otoño, cuando adquiere un color especial. Nada hay más atractivo que una buena mata de esta planta entre otras especies más pequeñas y menos definidas, y resulta ideal para unir un camino con un parterre incómodo. De hecho, hay quien la usa para limitar parterres, pues puede controlarse con facilidad eliminando los tallos más anchos y carnosos de vez en cuando.

En la primavera legítima, el verano y el comienzo del otoño no tendremos problemas de floración, pero en octubre y noviembre, cuando las margaritas de Michaelmas y los crisantemos se hayan terminado, apenas nos quedarán flores si el jardinero ha sido poco previsor.

Aquí entra en escena la planta obediente *(Physostegia virginiana)*, cobrando toda su fuerza y a menudo floreciendo hasta bien entrado noviembre, con sus flores lila claro cuya exuberancia tropical es bastante exótica. Es tan recia que no necesita tutores y

aguanta muy bien en agua. Como muchas otras plantas que crecen bajo tierra, florece mejor en una zona delimitada, como un parterre estrecho al lado de un camino, donde no tendrá la tentación de desviarse y desperdiciar su sustancia en las raíces en lugar de las bellas flores color lila que despliega. Antes creía que se llamaba planta obediente porque crecía muy recta y apenas daba problemas, pero he descubierto que la verdadera razón se debe a sus flores, que crecen en filas a lo largo del tallo y, si las inclinamos de un lado o de otro, se mantienen en la misma posición haciendo gala de su docilidad.

La *Verbena rigida* florece a base de espasmos en verano, pero se porta muy bien a finales de la floración, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Suele considerarse una planta frágil, pero si la ponemos cerca de un camino empedrado donde pueda escarbar a sus anchas, nunca la perderemos.

Aquellos afortunados que gozan de suelos poco calcáreos también podrán disfrutar de las gencianas de otoño, que se ven más bonitas cuando crecen en multitud, a la orilla de un camino o en zonas amplias de las rocallas. La *Gentiana sino-ornata* es la más popular y la segunda favorita es la *Gentiana macaulayi*, cuyas flores son de un azul más claro, pero yo creo que la variedad Kidbrook Seedling es la más generosa del lote, pues tiene una larga floración que a veces se prolonga hasta diciembre. La variedad Inverleith tiene flores de un azul deslumbrante, pero también unos tallos muy largos cuyas hojas tienden a amarillear, y a veces se ponen marrones antes de que las flores desaparezcan, lo cual elimina gran parte de la belleza de esta planta.

No obstante, las gencianas también pueden cultivarse en suelos calcáreos. Para ello, vale la pena hacerse con un bebedero de piedra y llenarlo con turba y un poco de arena o, si no es posible, se puede construir un recipiente con piedras unidas con cemento, sobre todo si podemos aprovechar un muro como pared lateral. También pueden cultivarse así en algún altiplano de la rocalla o en un parterre elevado a base de trozos de turba.

La mayoría de las persicarias crecen con tanto entusiasmo que acaban convirtiéndose en un fastidio, pero hay dos variedades de floración tardía que no se desperdigan mucho por el terreno: la *Persicaria vaccinifolia* tiene hojas verdes y flores rosa claro, mientras que la *Persicaria affinis* es más grande, tiene espinas de color coral y hojas coriáceas que se vuelven broncíneas en otoño.

La *Serratula tinctoria* no es una planta capaz de arrancar grititos de éxtasis en pleno verano, cuando hay flores mucho más llamativas, pero resulta muy agradable encontrarla en una mata florida en noviembre. Las flores, de un tono entre rosa y malva, son bastante pequeñas y peludas, y parecen un cruce entre aciano y cardo pequeño. Las hojas tienen un mantenimiento delicado y suelen alcanzar los treinta o cuarenta centímetros.

Los ceratos *(Ceratostigma)* exhiben sus hermosas flores azules a últimos de año y son valiosos incluso después de la floración, cuando las hojas adquieren tonos rojos y

brillantes. El falso plumbago *(Ceratostigma plumbaginoides)* debe ocupar un puesto principal en los parterres, pero crece en cualquier lugar —a veces de forma un tanto embarazosa, ya que tiende a usurpar territorios ajenos—. El plumbago chino *(Ceratostigma willmottianum)*, menos entrometido, crece feliz orientado al sur.

Siempre disfruto de la *Felicia amoena* en los frescos días otoñales. Sus florecillas azules, tan valientes y amables que me recuerdan a los martines pescadores, luchan hasta que las primeras heladas logran vencerlas. No obstante, para evitar que eso suceda siempre podemos desenterrarlas y trasplantarlas a un invernadero frío, donde seguirán floreciendo. Lo más prudente es cortar unos esquejes cada año para asegurarse una provisión abundante de estas flores al año siguiente. La margarita azul *(Felicia amelloides)*, con sus hojas más anchas y oscuras, es una pariente muy cercana de la anterior, y le gusta que la traten del mismo modo. Otra margarita que florece ya entrado el otoño es la *Felicia hirsuta*, originaria de Sudáfrica, que crece como la margarita azul, con una masa nebulosa de tallos rastreros, pero las flores son más grandes y de color azul más pálido.

Durante años, el arbusto de gloria de la mañana *(Convolvulus cneorum)* ha tenido la poco envidiable reputación de planta difícil y no muy resistente, pero en realidad se porta bastante bien alejado de las corrientes de aire, con un muro u otra clase de protección detrás y orientado al sur. En estas condiciones, es capaz de resistir el clima más severo. Sus hojas grises satinadas siempre son encantadoras, y sus capullos rosados y flores blancas no salen hasta noviembre. A su humilde pariente, la campanilla azul *(Convolvulus mauritanicus)*, también le gusta florecer a últimos de año. Una vez arraigada, forma un extenso tapiz que inunda el empedrado o cae por los muros, un manto de vívidas flores azules con forma de lapa invertida. En climas muy severos no es del todo fiable: a veces pensamos que ha sucumbido y poco después vemos asomar sus minúsculas hojitas. Para evitarles ardores, es aconsejable taparlas con helechos o paja en caso de heladas fuertes.

En ningún jardín deberían faltar la salvia celeste *(Salvia uliginosa)* ni la salvia azul *(Salvia azurea)*. Cuando casi todas las demás flores dan por hecha la temporada, estas encantadoras criaturas asoman las ondulantes cabezas de color azul intenso muy por encima de sus compañeras moribundas. Existen dos variedades de salvia tiernas y arbustivas, la salvia rosa *(Salvia microphylla)* y la salvia de otoño *(Salvia gregii)*, que seguirán floreciendo hasta que las heladas acaben con su sucesión de flores carmesíes, pero para ello es necesario hallar un nicho muy bien resguardado que las proteja.

Las nerines y los lirios belladona salen en septiembre y octubre y prolongan su floración hasta mediados de noviembre. Les encanta la orientación sur, y las nerines crecen muy bien cuando las plantamos a unos veinticinco o treinta centímetros de profundidad. En mi opinión, estas son más consistentes que los lirios, los cuales a veces se pasan enfurruñados un año entero y luego un día, por fin, ceden y levantan sus

capullos desnudos, sin vestigios de vestido verde, cuando menos lo esperábamos.

Las azucenas amarillas, que florecen a mediados de octubre, se adaptan muy bien a los distintos ambientes y crecen en cualquier sitio. Sus flores resplandecientes me animan durante todo el día cuando las veo florecer en una época del año tan avanzada. Para atrasar aún más la floración, podemos desenterrar algunas matas en verano: el proceso de división y replantación les supone un leve disgusto y, para mostrar su descontento, aplazarán la floración una o dos semanas.

Junto a uno de los muros de la parte sur tengo una mata de cebollas africanas *(Tulbaghia violacea)*, cuyas cabezas malva siguen abriéndose hasta finales de noviembre. Parecen cebollas y huelen como cebollas, es decir, son muy semejantes a las cebollas salvo por el hecho de que florecen en otoño.

Ahora bien, la reina del otoño es el lirio kafir *(Schizostylis)*, cuyos ramos en tonos rosa y escarlata son tan brillantes que parecen indecentes en habitaciones iluminadas por la luz del fuego. Sin embargo, estas hermosas flores, que recuerdan a unos gladiolos en miniatura, duran mucho en agua y siguen abriendo los capullos. Las primeras en florecer son la *Schizostylis coccinea* —que puede aparecer ya en septiembre— y otra variedad muy buscada de tamaño gigantesco, un rojo más carmín y una forma más estrellada: la Professor Barnard. Después viene la Mrs. Hegarty, con sus hermosas flores de color rosa fuerte y más redondeadas que en las otras variedades. La Viscountess Byng, que florece la última, es la más recia del clan, tiene unas espigas florales más largas y unas flores esbeltas como de satén rosado. He llegado a ver un jarrón lleno de estas flores recogidas en Navidad.

A los lirios kafir les gusta llevar una dieta saludable, con buena humedad y luz solar, que disfrutan mucho. Si están felices, proliferan rápido y, al parecer, les va bien dividirse con regularidad. También he notado que los que están en un lugar resguardado florecen primero, por lo que ahora planto algunas raíces de la delicada variedad Viscountess Byng en una zanja profunda y las cubro con campanas de vidrio para resguardarlas de la lluvia invernal.

Los lirios kafir siempre me provocan una inmensa alegría, sobre todo cuando los encuentro en lugares inesperados: la maravillosa floración de la variedad *Schizostylis coccinea* que vi en el jardín de una mansión de Exmoor fue mucho más emocionante que la reunión que tuvo lugar en el interior. También encontré algunos de ellos espiando con fingido recato desde el seto de una casa en el norte de Devon, una vez que fuimos de visita a tomar el té, pero la mayor sorpresa me la llevé el día que los descubrí en un cementerio de Cornualles. La iglesia de Morwenstow es imponente, y su cementerio bastante grande para una aldea tan pequeña. Los vimos un día húmedo y lúgubre de mediados de octubre, pero su resplandor escarlata iluminaba el sombrío cementerio. Me pregunté quién los habría plantado y quién los cuidaría. Era obvio que quienquiera que fuera, los amaba de corazón, tal y como atestiguaban las generosas ofrendas de estiércol

de vaca extendidas por los parterres; y también se veía a la legua, por la profusión de sus flores, que aquellos lirios eran muy felices. No digo que crecieran en condiciones ideales, con aquellos grandes tejos tan cerca, pero quizá allí, entre las lápidas, gozaban de una leve orientación hacia el sur, y quizá habían hallado algo más que les gustaba.

Tengo una amiga que está probando a cultivar lirios kafir muy cerca de un estanque, para que crezcan prácticamente en agua. Hasta ahora, los resultados han merecido la pena, pues algunas espigas han abierto hasta el último brote, lo cual nunca sucede en condiciones normales.

Entre los arbustos que prolongan la temporada de floración se encuentra la verónica de la variedad Bowles híbrida. Se trata de un arbusto diminuto con hojas minúsculas, por lo que puede plantarse en casi cualquier sitio. De lejos, sus flores parecen un suave encaje azul que cubre la planta como una delicada neblina. Vale la pena observarlo de cerca porque, aunque son pequeños, exhiben una forma exquisita. Como deja adivinar su nombre, la verónica Autumn Glory llega a su esplendor en octubre y noviembre, así como la pequeña pero impecable Blue Gem, de follaje levemente broncíneo y flores más claras que las Autumn Glory. Otra variedad de la misma época es la Warley Pink, mayor pero menos resistente que las otras, de crecimiento más flexible y con espigas más grandes rosa claro y muy generosas.

Alguna olearias también florecen tarde. La *Olearia waikariensis* tiene hojas verdes grisáceas revestidas de plata que recuerdan a las del olivo, y toda ella se cubre de unas pequeñas margaritas blancas que nunca corto, porque luego se convierten en bolitas de pelusa marfil y se quedan así todo el invierno.

No sé si la mía es una excepción, pero la carolina del jardín *(Coronilla valentina glauca)* que se asienta en la rocalla cerca de la puerta principal, apoyada contra el muro sur de detrás, nunca cesa de florecer. Cuando debería estar preparándose para el invierno, entra en un absoluto frenesí y se cubre de pequeñas flores amarillas parecidas a las del guisante.

Creo que, además de todas estas, hay muchas otras plantas que hacen que la primavera se adelante y el otoño se demore.

Los propietarios de jardines muy grandes tienen infinitas posibilidades a la hora de separar las diversas especies, si así lo desean. A mí no me gusta separarlas porque intento que cada parte del jardín resulte interesante en todas las épocas del año.

No puede negarse que un jardín de lirios en plena floración es una preciosidad, pero el follaje de los lirios siempre es bonito, de modo que si ponemos una mata aquí y otra allá, combinadas con otras plantas, no nos costará mucho crear un conjunto de lo más armonioso. Los lirios son una opción excelente en rocallas pequeñas y formales, y cuando los veo plantados en masa, siempre me da la impresión de que pierden parte de su encanto.

Un jardín o un parterre repleto de margaritas de Michaelmas es muy hermoso en otoño, pero aburridísimo durante el resto del año. Estas margaritas son de gran ayuda para dar un toque resplandeciente y atractivo al jardín común, y no sé cómo la gente se arregla sin ellas para exhibir los últimos despliegues florales del verano. Tienen colores, alturas y costumbres tan variados que siempre hay sitio para ellas en los huecos libres de cualquier diseño, y me parece un desperdicio agruparlas todas juntas, pues de ese modo se desmerecen entre sí.

Los parterres blancos y los jardines blancos son preciosos, y soy partidaria de ellos siempre y cuando haya espacio suficiente para tales delicias. El hermoso jardín blanco y plateado de Sissinghurst es una maravilla, y no hay nada más hermoso que unas plantas blancas y plateadas con viejos muros sombríos de fondo, como pueden verse en los patios y jardines de los conventos. Un parterre en tonos oro y plata también es un lujo para quienes disponen de grandes jardines, y puede ser muy divertido elegir las plantas más adecuadas para crearlo. Ahora bien, la mayoría debemos tejer la plata y el oro en el tapiz del jardín entero.

Por otra parte, nunca me han entusiasmado las rosaledas porque siempre parecen encerrar algo artificial y forzado. El jardín de rosas más feliz que conozco se encuentra en Cranborne. Rodeado de bellos y antiguos muros de ladrillo rosado, los rosales se cultivan en parterres bastante estrechos separados por senderos de ladrillos, y se sitúan casi a ras de suelo, no en los típicos macizos elevados tan formales. Cuando los vi, yacían acolchados con generosos mantos de paja y estiércol, y nunca hasta entonces me había topado con unas rosas tan cómodas y satisfechas.

Las rosas cultivadas en grandes macizos siempre me dan la impresión de estar cohibidas. Hay quien trata de plantar debajo, pero eso no resuelve el problema puesto que las violetas, los alisos o las lobelias no sirven en este caso. Creo que la clave está en cultivar los rosales en parterres mixtos, o bien de manera informal en algunos arriates sueltos. Una forma de conseguir algo de color duradero en una parte del macizo consiste en agrupar varios arbustos de alguna variedad de rosas multiflora. En mi opinión, la

Frensham es una de las mejores a la hora de obtener un buen despliegue de colores intensos. La Little Dorrit es muy apropiada para plantar delante, pues es baja y extiende muy bien su precioso rosa coral a la hora de mezclarse con otros tonos lavanda o azul claro. La variedad Betty Prior es de un rosa muy vívido y un poco más alta, la familia Poulsen ofrece posibilidades infinitas y la Break of Day, de color rosa pastel, es exquisita cuando se une a la nébeda o el lirio pálido *(Iris pallida)*. La Ingrid Stenzig tiene florecillas apretadas de un rosa muy intenso, que crecen en grandes ramilletes de tallos altos. Florece hasta diciembre y es una variedad muy vigorosa y servicial. Otra de floración tardía es la Cocorico, de un escarlata deslumbrante, semidoble y con tallos dorados y peludos.

Los rosales silvestres y las variedades anticuadas han vuelto para quedarse, sin duda, pero me gustaría que sus dueños las plantaran de una en una y no las agruparan como si fueran arbustos, pues de ese modo pierden todo su encanto y singularidad. Se hacen grandes y crecen en desorden, apoyándose unas en las otras, mientras que un solo ejemplar en la parte trasera de un macizo o contra un muro es una estampa muy bella. Los jardines de Cranborne también nos ofrecen una lección acerca de cómo cultivar rosas antiguas: en un macizo estrecho en mitad de un largo jardín, con bordes a ambos lados. Las rosas están rodeadas de césped y es muy agradable pasear por el recinto contemplando su belleza.

Mis parterres combinan todos los elementos de la jardinería: arbustos, bulbos, plantas de hoja verde e incluso pequeños trozos de terreno con plantas anuales para llenar los huecos vacíos. Quizá sea algo muy poco ortodoxo, pero soy una mujer codiciosa y quiero un poco de todo, para que siempre haya algo en flor. Mi marido lamentaba esta costumbre mía y nunca entendió la emoción de hallar algo inesperado en flor cuando todo lo demás está adormecido.

Tengo la suerte de contar con pequeños muros que no solo sostienen y resguardan los macizos de flores, sino que, además, me ofrecen muchas alternativas de plantar pequeñas y encantadoras criaturas rocosas para que se extiendan, formen espuma o caigan en cascada sobre las piedras, según su naturaleza. También hay grietas y aberturas entre la parte inferior de los muros y los caminos empedrados para las prímulas de colores y las pequeñas margaritas, donde a veces incluso surge algo más grande como la zamarrilla de los muros *(Teucrium chamaedrys)*, el geranio español *(Geranium endressii)* o la nébeda.

En épocas pasadas, muchos jardineros extraían los bulbos cada año una vez que estos florecían para volver a plantarlos en otoño, salvo los aclimatados, claro está. Hoy en día no hay mano de obra para ello y la mayoría de los bulbos se quedan en el jardín todo el año, arriesgándose a sufrir las embestidas de la horca del jardinero.

Casi todos los bulbos que hay en mis parterres son de tulipanes que aparecen cada año, pues sé más o menos dónde los he plantado. Algunas matas aumentan de forma notoria, y de que otras no sean tan complacientes echo la culpa a los ratones de campo.

Tengo una variedad de color amarillo muy pálido que queda preciosa en cualquier lugar. Luego está la Niphetos, de un blanco verdoso muy bonito, y nada me gusta más que admirar estas bellas matas de flores blancas como la nieve. Los tulipanes lucen mucho mejor plantados en grupo y bastante juntos, de modo que puedan crecer como una familia feliz. Con el tiempo, las flores tienden a hacerse un poco más pequeñas, y entonces llega el momento de recoger, dividir y replantar los bulbos con la ayuda de abundantes dosis de harina de hueso.

Los jacintos de Sudáfrica *(Ornithogalum candicans)*, agrupados en un rincón oscuro, aportan una bella luz a finales de otoño que siempre es bienvenida. Este bulbo suele manejarse de modo incorrecto, pues siempre debería plantarse en grupos de al menos seis flores y nunca de forma individual. Al igual que la campanilla de primavera y la camasia azul claro, debería tener su hogar entre los arbustos o bien en un jardín arbolado. En mi jardín solo admito la presencia de la camasia azul intenso, que no prolifera como su hermana más clara y brinda un maravilloso toque de color azul. La falangera *(Anthericum liliago)* es una flor que siempre me alegra encontrar en un jardín, una planta pequeña y delicada que, como no trepa, es ideal para la orilla del camino. En cuanto a las anémonas, creo que deben crecer en un macizo propio, ya que tienen la mala costumbre de autosembrarse en los rincones más extraños. Creo que un macizo pequeño rodeado de arbustos y plantado en el césped es el mejor sitio para cultivarlas, pues así no se inmiscuyen en el crecimiento de los arbustos y solo compiten con las malas hierbas, las cuales, de todos modos, no deberían estar presentes.

Hoy en día, casi todos ponemos unos cuantos arbustos en los parterres, pues aportan solidez y estabilidad al conjunto, además de realzar la belleza de las plantas herbáceas perennes de alrededor. Pueden dividirse, más o menos, en cuatro categorías: primero, los árboles formales de hoja perenne situados en puntos estratégicos para conformar el esqueleto del jardín alrededor del cual se plantará la carne, es decir, las flores.

En segundo lugar tenemos los arbustos ornamentales, y con ello me refiero a los informales, que siempre pueden plantarse aquí y allá para evitar el aspecto desnudo y sombrío del jardín en invierno; por ejemplo, una buena mata de salvia púrpura o una extensión baja y oscura de viburno chino *(Viburnum davidii)*.

A continuación vienen los arbustos grises como el flomis, el senecio, la santolina o el helicriso, cuya función consiste en suavizar el paisaje y actuar como fondo de colores más vivos.

Por último, tenemos los pequeños y elegantes arbustos que se mezclan dichosos con todas las demás plantas. En este grupo se incluyen dos variedades de *Ceanothus* especialmente idóneas para nuestro propósito: Chas de Fosse, de un azul tan intenso que parece morado, y Marie Simon, de un suave color rosado. Ambas son enanas y florecen a finales de verano.

La barba azul *(Caryopteris clandonensis)* es un arbusto pequeño y encantador que

nunca crece demasiado, y sus hojas plateadas y flores azules son muy esperadas en otoño. Los tallos son muy quebradizos y es fácil estropearlo si lo tratamos mal. Le gusta crecer apoyado en un muro, lo cual es una buena forma de sacarle el máximo partido.

El plumbago chino es otro arbusto de floración tardía que, aunque no es muy resistente, se porta bien en lugares resguardados. El viburno chino es un arbusto bajo que se extiende con gracia en la parte delantera o las lindes del parterre, o bien agachado bajo un muro. La bola de nieve *(Viburnum farreri)* forma un bello e impecable arbusto que, durante todo el invierno, se cubre hasta asfixiarse de unas florecillas rosadas con aroma celestial.

Hay dos variedades de *Osmanthus* que no crecen demasiado: una es el acebo de oliva o falso acebo *(Osmanthus heterophyllus)* —llamado así por el parecido de sus hojas con las del acebo—, que florece en octubre, y otra la aceituna de té *(Osmanthus delavayi)*, con unas hojas como cajitas y unas flores blancas y perfumadas que salen en mayo. La corona del poeta *(Spiraea bumalda)*, de flores rojas, crece hasta casi un metro de alto y tiene unas hojas de lo más agradables que cambian de color, lo cual supone un atractivo añadido.

Me encanta el aspecto multicolor del sinforicarpo *(Symphoricarpos)*, cuyo follaje verde y dorado luce magnífico entre las flores. Para obtener un arreglo floral muy bello, recomiendo mezclarlo con unas cabezas de hinojo amarillo anaranjado y unas hojas plateadas y doradas de siempreviva *(Helichrysum splendidum)*.

Algunos de los arbustos de verónica más pequeños son muy pulcros y aportan colores diversos al fondo verde perenne. Hay dos variedades de hojas grises que crecen a unos treinta centímetros de altura: *Hebe carnosula* y *Hebe pinguifolia*. La variedad Autumn Glory mide casi el doble y tiene un follaje oscuro que contrasta con las flores azul violeta. Sin embargo, la que más me gusta es la *Hebe cupressoides*, que forma un arbusto redondeado de casi un metro de alto y desprende un perfume delicioso. Las florecillas diminutas color malva no son muy llamativas, pero añaden un toque discreto e interesante cuando salpican el plumoso follaje de color verde grisáceo.

Hay muchos otros arbustos; de hecho, hay tantos que debemos elegirlos con cuidado para no cometer excesos. Las plantas herbáceas son los verdaderos pilares de mis parterres y mi verdadero amor, pero los arbustos aportan la solidez y estabilidad de un buen jardín durante todo el año.

¿QUÉ PLANTO?

Cuando empecé a trabajar en mis macizos, la insistencia de mi marido en tener plantas bien cultivadas y mi voluntad de tener flores durante todo el año me llevaron a buscar esas dos cualidades en las plantas que elegía. Sabía que no podía entutorar tanto como Walter creía necesario, sobre todo de forma individual, por lo que traté de encontrar plantas que no necesitaran ese soporte. Además, como cultivaba un jardín con vistas a todo el año, buscaba especies cuya floración fuera lo más larga posible.

Por supuesto, hay excepciones a estas reglas generales. Las espuelas de caballero y los altramuces son flores de temporada bastante frágiles, pero es imposible abstenerse de ellas. Un jardín tampoco sería digno de contemplarse sin sus peonías, que apenas duran unas semanas y necesitan fuertes soportes para crecer, y tampoco cambiaríamos la efímera fragancia de los lirios por la longevidad de otras plantas menos voluptuosas.

Hay ciertas plantas indispensables, y si puedo tenerlas en igual medida que mis favoritas —esto es, las que cumplen con los requisitos arriba mencionados—, entonces será más fácil mantener el jardín atractivo todo el año. Todos hemos oído eso de «hace unos días estaba preciosa» o «en dos o tres semanas ya verás», pero el jardín ideal no debería pedir disculpas, sino lucir hermoso y acogedor todos los días del año.

Me gustan las plantas que, una vez que empiezan, siguen floreciendo hasta el final de la estación. La nébeda es un buen ejemplo, pues inicia una floración a principios de año que, con unos buenos cuidados, se prolonga hasta las primeras heladas. El tratamiento más adecuado para ello consiste en cortar las flores marchitas a medida que se agotan, para que haya una sucesión constante de nuevos brotes. La mejor forma de conseguirlo es trabajar de abajo arriba: levantar las faldas de la dama y cortar las flores viejas a partir del pie del tallo. Los nuevos brotes surgen del centro y ofrecen una sucesión de flores frescas. Al final de la temporada pueden cortarse la mayoría de las flores, pero es aconsejable dejar tres centímetros por encima de la corona para proteger la planta de las inclemencias del tiempo. Con dicha protección, la nébeda es bastante resistente, pero he conocido a jardineros que, por exceso de celo, han perdido todas sus plantas en invierno por haberlas cortado a ras de suelo.

La suave neblina de la nébeda queda especialmente bonita en un jardín como el mío, donde hay mucha piedra, pues difumina los contornos más afilados y, si se planta cerca de un camino empedrado, se derrama por él llena de felicidad. En mi opinión, un macizo de flores de nébeda resulta bastante anodino, además de un desperdicio de tierra buena; en cambio, queda preciosa junto a una casa de piedra, encima de un muro o surgiendo como espuma de las grietas. La variedad Six Hills Giant forma una hermosa mata sobre una extensión del empedrado, y me encanta llenar los huecos entre las plantas altas con la variedad florida de *Nepeta sibirica* Souvenir d'André Chaudron, bastante distinta de las otras por su crecimiento más erguido y un olor muy intenso que no todo el mundo

aprecia. La *Nepeta nervosa* también es distinta al resto, con sus cabezas puntiagudas azul claro bien erguidas sobre los tallos. Al igual que las demás, tiene una floración muy larga y resulta muy útil en cualquier parterre estrecho, por ser la más compacta de la tribu.

Los geranios tienen todas las cualidades que busco en una planta. El geranio armenio *(Geranium armenum)*, alto y con flores malva intenso y centro negro, tiene unas hojas con un corte muy limpio que no necesitan tutorado. No florece durante tanto tiempo como el geranio español *(Geranium endressii)*, de talla baja y hojas verdes grisáceas salpicadas de delicadas flores rosa asalmonado que duran todo el verano. El geranio vivaz *(Geranium macrorrhizum)* crece hasta los treinta centímetros, tiene unas hojas muy perfumadas y tres posibles colores: morado purpúreo, blanco o rosa. El geranio de Renard *(Geranium renardii)* tal vez no es tan espectacular, con sus flores blanquecinas con listas negras, pero sus hojas grisáceas y arrugadas son una belleza. El *Geranium traversii* queda muy bien cayendo en cascada de un muro. Sus hojas lanudas en gris plateado y sus flores color magenta son una combinación de lo más acertada, como acertado es su modo de crecer hasta el final de la estación.

No todo el mundo coincide conmigo en afirmar que merece la pena cultivar la variedad Cerise Queen de la milenrama *(Achillea millefolium)*, por mucho que nunca deje de florecer. La queja al respecto es que comienza exhibiendo un vigoroso carmesí que se desvanece hasta un rosa tristón, pero es justo esa variación en el color lo que me resulta más atractivo de esta flor, pues me recuerda a la antigua tela de chintz, que siempre me ha fascinado. Necesita un poco de ayuda para crecer, pero con una operación de tutorado basta para toda la temporada. Ahora superviso la mitad del jardín con mis soportes semicirculares, mientras que antes solía hacer un entramado con hilo verde y cañas cortas y delgadas de bambú.

El erigeron también es una planta muy valiosa. Es cierto que, después de una primera vez al inicio de temporada, nunca vuelve a florecer en profusión, pero sí mantiene un agradable flujo de flores durante todo el año. Disfruto del a veces despreciado *Erigeron philadelphicus*, cuyos brotes cuelgan modestos hasta que, al abrirse, levantan la cabeza para mirar al cielo. La mejor manera de cultivarlo, a mi parecer, es plantando grandes matas muy juntas para que formen una suave neblina rosada. El erigeron es propenso a una autosiembra bastante indiscriminada, pero cualquier mata suelta que surja en el empedrado o a la orilla del camino siempre es bien acogida.

De las otras variedades, la más conocida es, probablemente, la Quakeress, de color malva rosado, y su homóloga blanca. También está la Pink Pearl, menos exuberante, la Mrs. F. H. Beale, y otras como *azureus*, *specious*, Moerheim Beauty o Beauty of Hale. La Mesa Grande es un gran recurso, pues florece hasta noviembre y exhibe un color más intenso a medida que avanza la estación. Para mantener una abundante sucesión de flores, es preciso cortar los tallos que crecen cerca del suelo y no las flores secas. La variedad Darkest of All es una recién llegada muy bienvenida de color violeta intenso,

con un centro amarillo verdoso, pero no tan pródiga a la hora de reconsiderar la floración como otras. Tampoco la de tonos asalmonados, llamada E. B. Ladhams, ofrece una segunda floración regular, aunque podemos encontrar un par de flores de vez en cuando. La variedad de roca, *Erigeron glaucus*, tiene una floración larga, como sus hermanas, y es una planta muy útil cuando necesitamos un elemento audaz y sustancial en un muro o una rocalla.

De todas las flores que conozco, creo que los penstemones cumplen mis expectativas mejor que cualquier otra. Por alguna razón, tienen fama de frágiles, pero creo que ya es hora de desmentir esa calumnia. Pueden perderse si se cortan de forma salvaje a principios del invierno, pero si se retrasa el ritual hasta pasado el peligro de las heladas, lo más seguro es que no haya ningún percance. Sé que es difícil controlarse con las tijeras de podar cuando el sol brilla y unas ajadas hojas marrones estropean el paisaje, pero más vale abstenerse para evitar disgustos.

Cuando alguien me pide consejo para cultivar un macizo estrecho delante de un muro o un pretil de piedra, siempre le sugiero los penstemones, pues ofrecen una estampa colorida durante mucho tiempo, y no hay nada más bello que estas campanillas ondulantes de tonos lavanda, rosas, blancos y carmesíes con un trasfondo de piedra. La única atención que requieren durante la temporada de floración es que deben descabezarse, pero no necesitan tutores y no son nada exigentes en cuanto al suelo, el clima o la posición. Con un poco de suerte, duran muchos años, pero a veces hay incidentes, y como llega un momento en que las más veteranas ya están deformes —igual que sucede con los seres humanos—, merece la pena guardar unos cuantos esquejes de reserva.

Además, los penstemones son muy útiles para animar las zonas más sombrías de las lindes. Algunos crecen mucho si los alentamos a ello, por lo que deben plantarse al fondo del macizo, donde lucirán mejor en su altura. La variedad azul Alice Hindley alcanza el metro, y la *Penstemon isophyllus* crece más e incluso se comporta como una especie tapizante si la adosamos a un muro capaz de resaltar sus campanitas de color coral. Yo la he visto en todo su esplendor tapizando el porche de una casa. En cuanto a la variedad Hon. Edith Gibbs, es muy adecuada para los rincones oscuros, por sus tonos crema con matices rosados.

Ciertas variedades de flores más pequeñas tienen mucho encanto. Mi favorita es la Hewell’s Pink Bedder, con sus graciosas y elegantes ramitas y sus flores asalmonadas. Su homóloga blanca es bastante más pequeña, así como la Purple Bedder, de un morado intenso casi iridiscente. Cuesta mucho describir los tintes de piedra lunar que presenta la Stapleford Gem (o Sour Grapes), a la que solía llamar «luz de luna» hasta que descubrí su verdadero nombre.

La variedad *Penstemon campanulatus* Evelyn, que apareció como una planta de rocalla hace ya unos años, es aún más pequeña, pero destaca en un macizo de flores cuando se

planta en grupo. Su hermana mayor, llamada Garnet, es magnífica si se deja crecer, pues se convierte en un arbusto enorme. La *Penstemon heterophyllus*, con sus grandes flores y sus hojas broncíneas, no es muy exigente con el suelo, pero su pariente más aristocrática, la *Penstemon heterophyllus* True Blue, crece mejor en suelos ácidos. Yo le doy mucha turba y se comporta como una dama.

Los verdaderos penstemones de rocalla suelen presentar dificultades. A falta de otros incentivos, pueden crecer entre las cenizas. La excepción es la variedad Six Hills: como desea complacer a toda costa, se cubre de flores azules transparentes y a veces exagera tanto que acaba muriendo asfixiada. Sin embargo, su naturaleza bien dispuesta es de gran ayuda para obtener esquejes, de modo que no hay excusa para perderla del todo.

A la hora de combinar los colores del jardín, cabe recordar que cuanto más oscuros sean los matices, más cuidadosa debe ser la planificación. Todos tenemos nuestras preferencias, y las mías se inclinan por los tonos pastel, ya que por muchos colores que se combinen, nunca habrá discordancias muy llamativas. Los rosas, lavandas, azules claros y lilas, con mucho blanco y crema, nunca desentonan, y para resaltar, podemos poner un toque púrpura aquí, azul oscuro allá y violeta de vez en cuando, todo lo cual contribuirá a crear un armonioso conjunto. Me cuesta lidiar con los tonos más intensos de amarillo y naranja, así como con el color yema, y para mí no hay suficientes matices como los de las prímulas. No obstante, un jardín debe tener tonos amarillentos. ¿Alguna vez habéis luchado con un arreglo floral hasta caer en la cuenta de que faltaba el toque amarillo? Una forma de incluirlo es combinado con blanco, pues ambos colores viven muy felices el uno al lado del otro.

Hay quien segrega las espuelas de caballero, pero a mí me parece —quizá sea una herejía— que de ese modo pierden la mitad de su encanto, pues resultan frías y repulsivas, igual que solas en ramo. En realidad, se necesita muy poco para realzarlas: basta mezclarlas con unas cuantas escabiosas.

Hay algunos colores que no combinan con nada, como el naranja intenso y el rojo lacre. Durante muchos años traté de colocar una cruz de malta *(Lychnis chalcedonica)* junto a otras plantas, pero nunca logré un resultado satisfactorio. Trasladaba sin cesar a la pobre criatura de un sitio a otro a traición, y creo que con el paso de los años incluso aprendió a caminar. Poco a poco, fui apartándola del centro del jardín hasta asentarla en el lugar donde ya lleva unos años, a saber, delante de una clemátide *jackmanii* en la parte trasera, casi fuera de la casa. Puesto que fue una de las pocas plantas perennes que logré sembrar con éxito, me niego a que abandone del todo mi jardín y mi vida.

Los vínculos fraternales con otros jardineros, así como el placer y el interés que supone visitar sus jardines, son partes esenciales de la jardinería. Todos tenemos mucho que aprender, y cada nuevo jardín encierra una nueva oportunidad de hallar inspiración: flores nuevas, composiciones distintas o un tratamiento novedoso de los asuntos de siempre. Aunque nos sepamos de memoria un jardín, el año tiene doce meses, y cada mes ofrece un jardín diferente con muchos hallazgos inesperados.

Nunca he visitado un jardín que no me haya aportado ideas nuevas, y es sorprendente lo mucho que podemos aprender de los jardines que, en un principio, creemos incapaces de guardar algún secreto. En este pueblo había un jardín diminuto delante de una casa lleno de colimbia sólida *(Corydalis solida)*, una especie que suele encontrarse solo en los jardines de los más expertos. Y una vez, en una fiesta de la iglesia en el jardín de la rectoría, di con un ancho macizo de *Penstemon confertus caeruleus*.

En un jardín que unos amigos míos alquilaron en Charmouth vi por primera vez mi preciado azulín *(Othonnopsis cheirifolia)*, del cual corté un pequeño esqueje que ha producido cientos de plantas para mí y varios amigos. Aparte de esa planta, el jardín no albergaba ningún otro interés. Y fue muy emocionante dar con aquella felicia rosa y encantadora en el jardín de otra amiga, y aún más cuando me ofrecieron algunas plántulas suyas. Ahora debo ser muy severa con la señora, pues se cree en posesión de ciertas partes de mi jardín, pero lo cierto es que no podría vivir sin ella.

No siempre tendremos la suerte de conseguir plantas, pero las ideas siempre están ahí, al alcance de quien quiera llevárselas. Hay un jardín que conozco casi tan bien como el mío. Un día de primavera reparé en lo que al principio creí una nueva planta que crecía en una linde y estaba cubierta de delicadas florecillas amarillo pálido sobre unos tallos rígidos. Sin embargo, al preguntar descubrí que no se trataba de una planta nueva, sino de nuestro viejo amigo el epimedio o flor de elfo, cuyas hojas se habían cortado. Cultivamos esta planta por sus bonitas hojas y nos olvidamos de la belleza de sus flores, que cuando salen, las hojas ya están hechas jirones, ajadas y estropeadas, así que lo más sensato es quitarlas para que la belleza de las flores y las hojas nuevas, de un gris pálido con tonos rosas, adquiera el protagonismo que merece.

En ese mismo jardín pude darme cuenta de lo bello que resulta el cantueso plantado con vistas a difuminar las líneas rectas de las piedras. Allí, unos anchos escalones conducían a una terraza con un pilón de agua. El vago crecimiento y los tonos borrosos del cantueso brindan una apacible sensación de gracia duradera. A veces la piedra puede resultar bastante arisca, pero una plantación adecuada siempre puede dulcificarla.

Me apropié de la idea para adaptarla a mi jardín. Alguien me sugirió que un viejo banco de piedra quedaría de maravilla en mi terraza, y por entonces lo único que pude encontrar para tal propósito fue un lavadero de piedra antiguo. La parte delantera estaba

rota y reposaba sobre dos bloques de piedra, y la estructura parecía muy tosca. No pude soportar la visión del armatoste hasta que quedó parcialmente oculto por las plantas: una grande de *Limonium platyphyllum* en primer plano ofreció un follaje tupido durante todo el año, así como una nube floral de un azul muy delicado. Una vez más, el romero acudió al rescate, un ciprés prostrado formó un remolino de color gris verdoso contra la piedra, y una suave alfombra de oreja de liebre se extendió hacia el asiento. Y lo que es mejor, ahora veo unas plántulas surgiendo entre las grietas. La amable naturaleza está haciendo mi trabajo con una naturalidad espontánea mucho más agradable que todos mis esfuerzos.

Otro amigo jardinero me sugirió uno de los proyectos de plantación que mejor ha prosperado en mi jardín. A la izquierda del sendero que conduce al patio, la parte más elevada del terreno está sostenida por un muro de piedra. En el lugar en que el suelo está al mismo nivel que el muro planté un *Cytisus kewensis* que se extiende sobre el macizo y tapiza el muro. Cada año espero ansiosa contemplar cómo el rincón se transforma en un manto beis oscuro bordeado por una nube de nomeolvides, con un lecho de nébedas y rosas al fondo; una visión sonriente y deslumbrante bajo el sol primaveral que emociona incluso a quienes no son jardineros y no saben nada de jardinería.

Ese mismo amigo me sugirió plantar un euforbio mediterráneo en la terraza superior con el fin de formar una pantalla protectora y destacar el conjunto, lo cual fue otra idea genial. Nunca he visto un euforbio más feliz y exuberante que este, y el lugar donde se encuentra ensalza toda su magnífica belleza.

Podría seguir y seguir, y de eso justo trata la jardinería, de seguir y seguir. Mi marido contaba divertido lo que respondía un primo suyo cada vez que le preguntaban cuándo pensaba terminar el jardín: «Espero que nunca». Creo que esa respuesta puede aplicarse a todos los jardineros.

1 Alusión al monólogo *Showing the Garden* de la actriz Ruth Draper (1955), en el que encarna a una orgullosa mujer inglesa que enseña su jardín a una visita, la señora Gruffer. (N. de la T.)

2 Véanse «Pronto y tarde» y «¿Qué planto?». (N. de la T.)



Walter y Margery Fish en el día de su boda, 1933.



Margery Fish en su jardín.



La casa.



El corral.

Índice